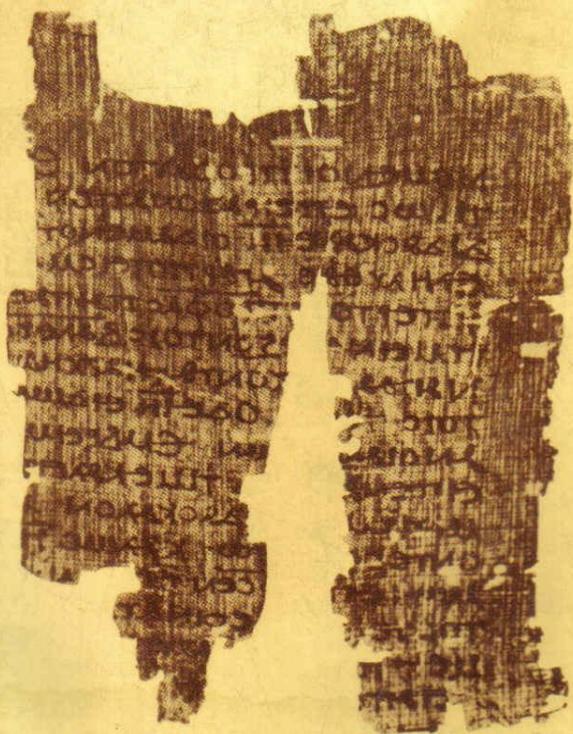


William Barclay

**INTRODUCCION
A LA BIBLIA**




CUPSA

William Barclay

INTRODUCCION A LA BIBLIA

EDICION CONJUNTA DE:

CASA UNIDA DE PUBLICACIONES, S.A. Aportado Postal 97 Bis
06000 México, D. F. México

PUBLICACIONES EL FARO, S.A. de C.V.

Abasolo 93, Col. *del Carmen*, Coyoacán 04100 México, D. F. México

Publicación en español autorizada por The Bible Reading Fellowship

Título original:

INTRODUCING THE BIBLE por William Barclay.

St. Michaels House, 2 Elizabeth St., Londres, SW1W 9RQ Y The International Bible
Reading Association of Robert Denholm House, Nutfield, Redhill, Surrey RH1 4HW.
Inglaterra

Versión en castellano:

Juan leandro Garza y revisado por:

Alfredo Tepox y Luisa Elena Ruiz Pulido.

Textos bíblicos, versión Reina- Valera, 1960

© 1987, CASA UNIDA DE PUBLICACIONES, S. A. ISBN 968-7011-19-X 4

Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial. Registro No. 441.

Tipografía y formato:

Rodolfo Espinosa C.

Todos los derechos reservados.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EDICION CONJUNTA DE

CASA UNIDA DE PUBLICACIONES. S. A. Apartado Posta197-Bis
06000 México, D. F. México.

PUBLICACIONES EL FARO, SA. de C.V. Abasolo 93, Col. *del Carmen*, Coyoacán
04100 México, D.F. México

Impreso y. hecho en México, 1987

INDICE

Presentación	7
Oraciones para el estudio Bíblico	9
Prefacio	11
Capítulo I Un Libro Antiguo	13
Capítulo II Desarrollo del Antiguo Testamento	23
Capítulo III Desarrollo del Nuevo Testamento	54
Capítulo IV Los Apócrifos	80
Capítulo V Como estudiar la Biblia	108
Capítulo VI Un libro inspirado	168
Bibliografía en Español	183
Bibliografía en Ingles	186
Versiones de la Biblia	187

PRESENTACION

La Biblia, que desde la Reforma del siglo XVI dejó de ser el libro de unos pocos para convertirse en el Libro para todos, es paradójicamente un libro relativamente desconocido. Aunque es el libro que más se ha traducido y difundido, hay aspectos de su contenido y de su devenir histórico que, hasta ahora, han sido la provincia de los especialistas. La literatura que en torno de la Biblia se ha generado a través de los siglos, aunque vasta y altamente informativa, no ha estado al alcance del lector promedio. Tal es el caso, por ejemplo, de los estudios que sobre el desarrollo histórico del texto y canon de la Biblia existen: no se han escrito pensando en el lector promedio de la Biblia, ni han buscado responder a las interrogantes que ese mismo lector promedio se plantea como resultado de una lectura cuidadosa de la Biblia.

Por tanto, bien recibido es un libro como *Introducción a la Biblia*, del Dr. William Barclay, que definitivamente viene a llenar un notable vacío en la literatura hispana sobre texto y canon de la Biblia. En sus páginas, el autor conduce al lector hasta los más remotos orígenes del texto bíblico, y lo hace con magistral sencillez pedagógica. En los seis capítulos que integran este libro, el lector se informa acerca del desarrollo histórico del Antiguo Testamento, a partir de la Reforma del rey Josías (621 a.C.) y hasta el Concilio de Jamnia (90d.C.). Igualmente puede el lector seguir la huella de la historia del Nuevo Testamento, desde los primeros escritos del apóstol Pablo (49-62 d.C.) hasta la Epístola de Atanasio (367 d. C.).

Un tema que ha ocupado a los eruditos bíblicos, y preocupado a los creyentes sencillos, es el de la presencia en el canon bíblico de los llamados Libros Apócrifos, o Deuterocanónicos. El autor aborda el tema con singular erudición y claridad, señalando abiertamente los problemas que esta cuestión plantea y manifestando, al mismo tiempo, su propio sentir, que es resultado de su propia reflexión y

evaluación de estos libros y de la evidencia histórica.

El Dr. William Barclay es ampliamente conocido en Gran Bretaña y en el mundo como expositor de la Biblia, lo mismo que como escritor y radiodifusor. Su evidente interés por la comunicación lo ha llevado a combinar la erudición con la sencillez, de modo que su estilo es al mismo tiempo informativo y ameno. En el presente libro, expresa su convicción de que la Biblia debe ser no sólo leída sino estudiada. "La Biblia", nos dice, "es un libro difícil, porque proviene de diferentes lenguajes y civilizaciones y aborda los temas más escabrosos... Como toda obra suprema, recibimos más de la Biblia mientras más esfuerzo invertimos en ella".

La versión castellana de *Introducción a la Biblia*, realizada por el Dr. Juanleandro Garza Marroquín, contribuye en gran manera a destacar el terso estilo del original inglés. Esperamos que los lectores de la Biblia en nuestros países de habla hispana disfruten de la lectura de este libro, y que la información que aquí ha quedado recogida los conduzca a un mayor y más profundo conocimiento de la Biblia y del Señor de la Biblia.

Los editores
Octubre 31, 1987
Aniversario de la Reforma.

ORACIONES PARA EL ESTUDIO BIBLICO

La oración del salmista era:

Abre mis ojos, y miraré
las maravillas de tu ley (Sal. 119:
18).

Oh Dios y Padre nuestro, Al

estudiar tu palabra,
abre nuestros ojos e ilumina nuestro entendimiento.

Concédenos que

nuestra mente pueda conocer tu verdad y

nuestro corazón pueda sentir tu amor.

Y luego confirma y fortalece nuestra voluntad para que
salgamos a vivir lo que hemos aprendido, en el nombre
de nuestro Señor Jesucristo Amén.

Oh Dios,

Ayúdanos a estudiar tu palabra.

No sólo para saber más de nuestro bendito Señor, sino
también para conocerlo.

No sólo para aprender acerca de él, sino
para encontrarnos con él.

Que no sólo crezcamos en conocimiento, sino

que también aumente nuestro amor. Que no

sólo lo amemos con el corazón,

sino que también lo obedezcamos con la vida.

De tal modo que, al conocerlo, y amarlo, y obedecerlo,
podamos también decir: Para mí el vivir es Cristo. Esto lo
pedirnos confiados en tu amor. Amén.

Oh Dios,

Concédenos persistencia al

estudiar tu palabra

para que no abandonemos su estudio

hasta penetrar en su significado.

Aleja de nosotros el prejuicio,
pues cerraría nuestros ojos a la verdad.
Nunca nos permitas amar a los sistemas más
que a ti.
Y concédenos luego humildad para aceptar y obedecer tus
enseñanzas y mandamientos,
por medio de Cristo nuestro Señor. Amén.

Oh Dios y Padre nuestro, al leer
tu palabra
y contemplar tu santidad, concédenos humildad, y
danos consuelo al recordar tu misericordia.
Humíllanos al darnos cuenta de nuestra bajeza y
restáuranos al contemplar tu amor.
Ayúdanos, con tu palabra, a
conocer nuestro pecado
y encontrar a nuestro Salvador. Por
Cristo, nuestro Señor. Amén.

Oh Dios y Padre nuestro,
en el estudio de tu palabra ayúdanos a encontrar
orientación en nuestros problemas,
fortaleza en nuestras tentaciones,
poder en nuestras tareas,
consuelo en nuestras aflicciones,
y tu compañía en nuestra soledad.
Que cuando sintamos pereza y letargo,
tu palabra nos lleve a pensar y actuar.
Que, cuando estemos inquietos y distraídos,
tu palabra calme nuestro turbado corazón
con la paz que sobrepasa todo entendimiento.
Al estudiar tu palabra, abre tu mano
y suple toda necesidad nuestra
mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Comienzo por agradecer al Compañerismo de Lectura Bíblica y a la Asociación Internacional de Lectura Bíblica el haberme otorgado el privilegio y la responsabilidad de escribir este libro. Llevo trece años de dar clases de Biblia en una congregación y veinticinco en la universidad, y por eso agradezco la oportunidad de poner por escrito las cosas, como creo que son, y de escribir algunas técnicas de estudio bíblico.

Vivimos en una época particularmente favorable al estudio bíblico. Nunca antes existieron tantos y tan buenos materiales auxiliares de estudio. Durante mucho tiempo se escarneció a los teólogos a causa del nebuloso lenguaje que los caracterizaba. Es un hecho que muchos de ellos escribían sólo para impresionar a sus colegas. Pero existe hoy el deseo fresco de comunicar la teología al laico, más que al experto en la materia. Existe un mayor deseo de comunicarse, como en mucho tiempo no lo ha habido.

Existe hoy además, y esto es más importante, la disposición de sentarse a estudiar juntos, lo cual es algo inusitado.

Hoy vemos a católicos y protestantes estudiar juntos la Biblia. Hay nueva simpatía entre conservadores y liberales, entre fundamentalistas y radicales. Nadie abandona su posición o convicción, pero todos están dispuestos a juntarse a conversar, aun cuando no estén de acuerdo. Y no han faltado ocasiones en que el diálogo les permite descubrir que no están tan distanciados como creían estarlo. He aquí una nueva situación que ofrece un gran potencial.

Agustín Birrel solía decir que cada estudiante debiera leer obligatoriamente obras con las que estuviera en total desacuerdo. Igualmente, el estudio bíblico resulta más

provechoso en un grupo mixto, donde hay gran variedad de puntos de vista, que en una piadosa reunión de mentes afines. Los desacuerdos pueden ser el mejor estímulo para el pensamiento y la motivación para nuevos descubrimientos, ya que mal podremos estar seguros en una posición que aún no hemos tenido que defender.

Otra nueva actitud en el público consiste en ver a la Biblia como libro de estudio y no de simple lectura. Nuestro venerable sistema de leer un capítulo diario, y sólo leerlo, ha caído en desuso. Y nuestro clásico grito de guerra, de que el mejor intérprete de la Biblia es la Biblia misma, no puede aceptarse más. La Biblia es un libro difícil, porque proviene de diferentes lenguajes y civilizaciones y aborda los temas más escabrosos. Por ello debe aprovecharse toda ayuda que facilite su estudio. Como toda obra suprema, recibimos más de la Biblia mientras más esfuerzo invertimos en ella.

Este libro no tiene el propósito de ganar adeptos a mi manera de pensar, sino de ayudarlos a pensar. Es mi deseo y oración que estas páginas capaciten al pueblo a entender mejor la Biblia, a amarla más, y a que por medio de ella pueda encontrarse más claramente a Jesucristo.

*William
Barclay*

Universidad de Glasgow, Escocia.

CAPITULO 1

UN LIBRO ANTIGUO

El título del primer capítulo de la *Confesión* de Fe de *Westminster* es "De las Sagradas Escrituras". En el principio mismo de este documento básico para la Iglesia de Escocia se establece que los libros de la Biblia "fueron dados por inspiración de Dios como nuestra regla de fe y práctica". Sigue explicando la confesión que la autoridad de las Escrituras "depende totalmente de Dios" y son, por tanto, "la palabra de Dios". Agrega más adelante que "en las Escrituras se expresa todo el consejo de Dios sobre todo lo que es necesario para su propia gloria, la salvación del hombre, la fe y su práctica, o bien, puede deducirse de ellas por buena y necesaria consecuencia, y a las cuales nada debe agregarse en ningún tiempo aunque sean nuevas revelaciones del Espíritu o simples tradiciones humanas", y que las Escrituras constituyen la última corte de apelaciones en toda controversia religiosa.

Tal es la posición que se da a la Biblia. Desde el primer momento ésta destaca con una posición extraordinaria. La Biblia comenzó a escribirse hace unos tres mil años y su parte más reciente se escribió hace unos mil ochocientos años, no obstante lo cual, la Iglesia la reconoce como su autoridad definitiva e inapelable.

En cierto sentido, tal posición de la Biblia es única. Es verdad que existen todavía libros muy antiguos, pero ninguno de ellos es visto como autoridad definitiva e inapelable. Nuestros médicos ya no nos aplican tratamientos según Galeno o Hipócrates; los arquitectos han dejado de lado las directrices de Vitrubio; los agricultores han olvidado los dictámenes de Varrón; y los astrónomos ya no se guían por

los estudios de Ptolomeo. Estas obras siguen aún leyéndose, mas como etapas, no como la meta del camino; son interesantes, y se leen como curiosidades, pero no como autoridades. Sin embargo, aunque la Biblia tiene libros más antiguos que cualquiera de tales obras, para el cristiano sigue siendo la regla suprema de fe y práctica.

En otro sentido, existen ciertos paralelos. Mientras haya quien lea poesía, habrá quien lea a Homero; mientras haya quien estudie filosofía, habrá quien estudie a Platón y Aristóteles; mientras haya quien se interese en la ética de la "buena vida", habrá quienes busquen a Epicteto y a Marco Aurelio; mientras haya quien ame la belleza, habrá quien escudriñe los estatutos de Praxíteles. Las cosas no se descartan simplemente por ser antiguas. Muchos productos de la antigüedad se encuentran entre las más valiosas posesiones de la humanidad. No obstante, no hay libro que pretenda tener la autoridad absoluta que la Biblia reclama para sí; ningún otro libro declara, como la Biblia, que no hay nada más que agregarle, como lo afirma la *Confesión de Fe de Westminster*. ¿Qué de especial, pues, tiene este libro?

1. La Biblia posee tal belleza intrínseca que, al margen de otras cosas, tan sólo eso la convierte en una obra inmortal de la literatura. Con sólo repasar unas breves líneas siente uno que se le encoge el corazón ante el encanto de sus palabras:

Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos. Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor, de cierto lo menospreciarían (Cnt. 8:7).

Saúl y Jonatán, amados y queridos; inseparables en su vida, tampoco en su muerte fueron separados (II S. 1:23).
¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío! (U S. 18:33).

Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su

tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado (Is. 40: 1-2).

Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos (Ap. 7:16-17).

Sería fácil llenar la mitad de este libro con pasajes semejantes.

Cada uno de nosotros tiene sus propios pasajes y versículos con su inescapable belleza, estampados indeleblemente en la memoria.

Si sólo fuera cuestión de belleza, la Biblia tendría ya derechos indisputables a la grandeza. Coleridge opinaba que el estudio constante de la Biblia libraría a todos de caer en la vulgaridad de estilo. No importa cual sea la fe que uno profese o no profese, nadie puede pretender haber adquirido una sólida educación hasta haber leído este monumento literario.

Longino, retórico griego, escribió una de las obras cumbres de crítica literaria, titulada *De lo Sublime*. Para Longino, la suprema cualidad del escritor era la sublimidad. Una moneda que cae al suelo deja escapar un tintineo, que denuncia la calidad de su aleación metálica; Longino expresó de manera inimitable que lo sublime es el retintín del alma. Todavía el mundo no ha encontrado otro libro que posea la sublime calidad de la Biblia.

Ciertamente la Biblia es acreedora a la grandeza por su belleza indiscutible. Pero, en cierto sentido al menos, esto catalogaría a la Biblia como un lujo y no como una de las necesidades esenciales de la vida. Así que para explicarnos la singularidad que la Biblia reclama tener, necesitamos ir más allá de la belleza.

II. La Biblia es indispensable como texto de historia. Su trasfondo son los movimientos históricos de los grandes imperios del Oriente Medio: Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Grecia y Roma. Sin la Biblia la historia del mesoriente carecería de importantes datos.

Cierto, la historia para los judíos no corresponde al concepto que de ella tiene el historiador profesional. En la historia bíblica se mide la estatura de los personajes por la obediencia o desobediencia a Dios. Por ejemplo, del rey Asa se dice que a los ojos de Jehová "hizo lo recto" (I R. 15: 11), Y del rey Joram que "hizo lo malo" m R. 3 :2). A Omri de Samaria se le dedica sólo unas cuantas líneas, para decir que hizo lo malo ante los ojos de Jehová (I R. 16 :25-28) ; sin embargo, la historia secular ve a Omri como uno de los reyes más destacados, políticamente hablando. El historiador bíblico dedica más tiempo a hablarnos de Elías y Eliseo que al trasfondo de los acontecimientos de impacto mundial. A las maniobras del rey Acab para apoderarse de la viña de Nabot se le dedica todo un capítulo (I R 21). Todo esto es cierto, pero sin los historiadores y profetas del Antiguo Testamento nuestro conocimiento histórico del Oriente Medio quedaría incompleto. Como texto de la historia la Biblia ocupa un lugar prominente

Pero hay que repetir que esto no basta. La Biblia no se ocupa sólo del tiempo, sino también de la eternidad. Así que debemos ir más allá para ver en qué reside su singularidad.

III. Desde el punto de vista lingüístico, la Biblia tiene primordial importancia. Constituye el monumento supremo del hebreo clásico; allí se encuentra toda su primitiva literatura nacional, y toda la literatura hebrea. Todavía más importante desde el punto de vista lingüístico, es que el Nuevo Testamento viene a ser el único ejemplar escrito en el griego popular que se habló durante el primer siglo. Tocaremos el tema más adelante, pero brevemente adelantaremos algunos detalles. Cuando Alejandro Magno

conquistó el mundo antiguo, llevó consigo la lengua griega que, obviamente, no podía ser el griego clásico de la Edad de Oro. Se trataba de un dialecto simplificado llamado *Koiné*, o sea el griego común, que normalmente no tendría cabida en la literatura helénica. El único caso existente del *Koiné* escrito es el Nuevo Testamento. Los lingüistas griegos han llegado a afirmar que, si el Nuevo Testamento llegara, por alguna razón, a perder su valor religioso, seguiría no obstante siendo una de las obras más importantes de la lingüística universal.

Esto, nuevamente, es insuficiente. Aunque haya un libro que sea el paraíso de los lingüistas, eso no garantiza que sirva de entrada a un paraíso superior.

IV. La Biblia es indispensable como tesoro de sabiduría ética. La antigüedad cantaba con un género literario denominado Literatura Sapiencial. Se trataba de sabiduría práctica, capaz de enseñar al hombre a triunfar en la vida honestamente. El libro de Proverbios es el ejemplo perfecto: dondequiera que uno lea, encuentra orientación práctica para la vida, escrita en estilo vivaz e inolvidable.

*No menosprecies, hijo mío, el castigo de
Jehová, ni te fatigues de su corrección;
Porque Jehová al que ama castiga,
como el padre al hijo a quien quiere.
Bienaventurado el hombre que halla la
sabiduría, y que obtiene la inteligencia;
porque su ganancia es mejor que la ganancia de
la plata, y sus frutos más que e loro fino.
Más preciosa es que las piedras preciosas;
y todo lo que puedas desear, no se puede comparar a ella.
Largura de días está en su mano derecha;
en su izquierda riquezas y honra.
Sus caminos son caminos deleitosos,
y todas su veredas paz (Pr. 3: 11-17).
V é a la hormiga, oh perezoso, mira
sus caminos, y sé sabio;*

*la cual no teniendo capitán,
ni gobernador, ni señor, prepara en el
verano su comida,
y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento.
Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir?
¿Cuándo te levantarás de tu sueño?
Un poco de sueño, un poco de dormir,
y cruzar por un poco las manos para reposo; así
vendrá tu necesidad como caminante.
y tu pobreza como hombre armado (Pr . 6:6-11).*

Difícilmente errará el camino quien oriente su vida con los proverbios.

En cuanto al Nuevo Testamento, Pablo siempre termina sus cartas ofreciendo consejos sumamente prácticos, y hasta los no cristianos suelen decir que, si aceptáramos y practicáramos las enseñanzas del Sermón del Monte, tendríamos al cielo en la tierra.

No hay duda de que la Biblia constituye una guía incomparable a una vida mejor, y una mina inagotable de buenos consejos. Desgraciadamente, la vida nos enseña que los buenos consejos por sí mismos a nadie mejoran. Si así fuera, hace mucho que fuéramos perfectos. Si querernos descubrir el carácter único de la Biblia, no debemos conformarnos con la afirmación de que la Biblia es una fuente incomparable para enseñarnos a bien vivir.

V. Nos acercamos más a la cuestión medular cuando afirmamos que la Biblia es un libro excepcionalmente eficaz. A. M. Chirgwin incluyó en su libro *The Bible in Motiern Evangelism* (La Biblia en la evangelización actual), un capítulo al que tituló "Logros", del que extraernos los siguientes casos

En el Brasil vivía un señor Antonio de Minas, a quien un

amigo suyo venía importunando para que comprara una Biblia. Por fin la compró, pero allí mismo juró que la quemaría tan pronto llegara a su casa. En la casa el fuego estaba apagado; pero en su afán de quemar la Biblia volvió a prenderlo. Antes de echar la Biblia al fuego, la abrió para facilitar la combustión. Por un momento quedó abierta... en el Sermón del Monte. Su mirada se detuvo allí. Las palabras tenían algo magnético. Perdió la noción del tiempo, y leyó y leyó durante toda la noche. Amanecía cuando, puesto en pie, declaró: "Creo".

Un pandillero neoyorquino acababa de salir de la cárcel y se encaminaba a reunirse con su antigua pandilla para planear un atraco. Al llegar a la Quinta Avenida aprovechó la oportunidad para "bolsear" a un transeúnte. Se escurrió hasta el Parque Central para examinar el botín y, para su desencanto, se encontró con ser un flamante poseedor de un Nuevo Testamento. Como le quedaba tiempo libre, comenzó a leerlo despreocupadamente: pero pronto lo absorbió la lectura. Horas después compareció ante sus compinches, les cantó lo que acababa de leer, y allí mismo rompió con ellos y con su pasado criminal.

Un colportor atravesaba a medianoche un bosque siciliano cuando fue asaltado, pistola en mano, por un facineroso. El asaltante le ordenó prender una fogata y quemar los libros que llevaba. El vendedor de Biblias pidió permiso para leer en alta voz fragmentos de los libros antes de quemarlos. Comenzó con el Salmo 23, siguió con la historia del Buen Samaritano, y luego con el Sermón del Monte. De otra Biblia leyó el himno del amor. En cada caso el bandolero comentaba: "Este es un buen libro: no lo quemaremos. Dámelo". Finalmente, no se quemó un solo libro, aunque el salteador se los llevó todos. Años después, ambos volvieron a encontrarse. El ex salteador de caminos era ahora un ministro de Jesucristo. "Gracias a tus libros", le dijo al colportor

Esta es una muestra mínima de lo que la Biblia puede hacer. Aquí tenemos un libro poderoso, operante, eficaz y dinámico. Este dato nos acerca más a su secreto. Si un libro opera cambios así, entonces puede calificársele con toda justicia como único.

VI. Aquí llegamos al meollo de la cuestión; al porqué de que este libro antiguo siga siendo siempre pertinente y poderoso. La Biblia es casi lo único inmutable. Las leyes y las costumbres cambian, y en cierta medida cambia también la moral. Por ejemplo, en las primeras páginas del Antiguo Testamento no aparece objeción alguna a la poligamia patriarcal. En parte la religión misma cambia también. Por ejemplo, la religión judía se basaba en los sacrificios sangrientos, pero eso ya no forma parte de nuestra religión. Lo único invariable son las relaciones personales. Mientras la gente siga siendo gente, las relaciones personales seguirán siendo las mismas. El amor y el odio, la lealtad y la traición, la amistad y la enemistad permanecen siempre.

De esto es de lo que trata la Biblia: de las relaciones entre hombre y hombre, entre hombre y mujer pero, sobre todo, entre el hombre y Dios, y entre Dios y el hombre. Por eso la Biblia resulta antigua y moderna al mismo tiempo. Veamos un ejemplo, sencillo y encantador: Jacob tuvo que servir siete años para que Labán le permitiera casarse con su hija. *"Así sirvió Jacob por Raquel siete años; y le parecieron pocos días, porque la amaba"* (Gn. 29:20). Historias y situaciones como estas jamás pasarán de moda, mientras haya hombres y mujeres.

La Biblia permanece siempre nueva porque no se enfoca sólo en leyes, reglas y reglamentos, sino principalmente en hombres y mujeres, y en sus relaciones mutuas y en sus relaciones con Dios. La Biblia es el libro del amor de los unos por los otros. y del amor por Dios lo cual es eterno.

VII. Esto nos lleva a la última y suprema razón que hace de la Biblia un libro único y siempre indispensable. A esta razón tendremos oportunidad de volver repetidamente Sólo en la Biblia podemos encontrar a Jesucristo. Virtualmente, no existe otra fuente de información sobre la vida, palabras y enseñanzas de Jesús. Sin la Biblia sólo contaríamos con recursos vagos y opiniones abstractas.

Lo cual está íntimamente relacionado con nuestro punto anterior.

Sólo en Cristo y a través de Cristo, las relaciones con nuestros semejantes son relaciones de amor. Sólo en él y por medio de él podemos tener relación con Dios.

Con ser tan antigua, la Biblia es siempre aplicable porque trata de las inmutables relaciones personales entre los hombres, entre el hombre y la mujer, y entre los hombres y Dios. Resulta siempre indispensable porque en ella encontramos el retrato de la única persona en el cielo y en la tierra en quien dichas relaciones alcanzan su perfección.

VIII. Concluiremos con algo expresado por la *Confesión* de Fe de *Westminster*, con la cual comenzarnos. Después de que la confesión ha dejado establecido que la Biblia contiene todo lo necesario para nuestra salvación, añade: "Sin embargo nuestra persuasión y completa convicción de que su verdad es infalible y su autoridad divina, provienen de la obra interior del Espíritu Santo quien da testimonio a nuestro corazón con la palabra divina y por medio de ella" . Y agrega:

"Reconocernos que es necesaria la iluminación interna del Espíritu de Dios para la comprensión salvífica de todo lo que se revela en su palabra"

La doctrina de los judíos sobre el Espíritu era muy sencilla pero lo abarcaba todo. Para ellos el Espíritu tenía dos funciones: revelar la verdad de Dios a los seres humanos y capacitarlos para reconocer esa verdad. Así que, para entender y apropiarse totalmente del significado de la palabra

de Días, los hombres necesitan que el Espíritu habite en su corazón. Esto significa simplemente que la lectura bíblica debe ir siempre aunada a la oración. Bien haremos en acercarnos a la Biblia con la oración de George Adam Smith en los labios:

Dios todopoderoso y misericordioso, que has dado la Biblia como revelación de tu gran amor a los hombres, y de tu gran poder y voluntad de salvarnos. Concédenos que su estudio no sea en vano a causa de la dureza y despreocupación de nuestro corazón, sino que por medio de ella seamos confirmados en el arrepentimiento, animados en la esperanza, fortalecidos para el servicio, y saturados con el verdadero conocimiento de tu hijo Jesucristo. Esto te lo pedimos confiados en tu amor. Amén.

CAPITULO II

DESARROLLO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Comenzaremos por estudiar el proceso de integración hasta que la Biblia quedó completa. Dicho técnicamente, estudiaremos la formación del canon de las Escrituras. El canon de las Escrituras es la lista de libros aceptados por la Iglesia Cristiana como su regla escrita de fe: es la lista de los libros "oficiales" de la Iglesia. y que la Iglesia considera como autoridad definitiva para la relación de su propia historia y para la formación de su vida y doctrina.

La palabra canon en sí es muy interesante. Proviene de la voz semítica *kaneh*, caña. Una caña recta puede servir de regla para trazar líneas rectas. Por eso canon vino a significar regla, aunque no para trazar líneas rectas sino para llevar una vida recta. El canon viene a ser la regla que sirve para determinar qué es lo correcto en cualquier circunstancia.

La regla tiene también marcas para medir las líneas que traza, lo que aporta otro significado a la palabra canon. Tales marcas o gradaciones se convierten en una lista. Por ejemplo, el canon de la misa es la lista de aquellos a quienes se recuerda en la misa.

El canon de las Escrituras es, pues, la lista de los libros que la Iglesia reconoce como su autoridad. Pero una lista, en este sentido y uso, contiene libros a los que algo se les ha hecho: fueron incluidos en la lista, pero estos mismos libros afectan a todo lo demás: se convierten en la regla para juzgar todas las cosas.

Así pues, la Iglesia fue la que definió el canon o libros de la

Biblia. La Iglesia existió mucho antes de que existiera la Biblia; en tal sentido, puede afirmarse que no fue la Biblia la que hizo a la Iglesia sino que fue la Iglesia la que hizo a las Escrituras. La Iglesia primitiva carecía de Nuevo Testamento, pues estaba ocupadísima escribiéndolo. Por otro lado, los libros bíblicos no son volúmenes ordinarios que sufren pasivamente lo que pueda sucederles. Son obras activas, con poder para guiar y dirigir la vida y la obra de la Iglesia.

Estudiemos cómo se integró la lista de libros que la Iglesia reconoce como autoridad, y que luego se convirtieron en los documentos fundamentales de la fe cristiana.

Si en la actualidad pedimos una Biblia en una librería se nos entregará un solo volumen: un libro. Pero al abrirlo encontraremos sendas listas de libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Normalmente se adjudican 39 libros al Antiguo Testamento y 27 al Nuevo, para un total de 66 libros. Lo que significa que al comprar un ejemplar de la Biblia, estamos en realidad adquiriendo toda una biblioteca dentro de dos pastas. Y si investigamos con algún detenimiento esta biblioteca portátil, hallaremos que para escribirla se requirieron mil años cuando menos, y que sus libros fueron redactándose en los días del mundo antiguo, desde la remota Babilonia hasta la Roma de los Césares.

Si hubiéramos vivido entonces, jamás habríamos cometido el error de ver a la Biblia como un solo libro, por la sencilla razón de que el libro mismo, tal como hoy lo conocemos, aún no existía. En la antigüedad, las obras literarias se escribían en rollos. Nuestro libro actual, primero llamado *codex* o *códice*, vino apareciendo hacia el segundo siglo de nuestra era. Los libros del Antiguo Testamento se escribieron en cueros: los del Nuevo Testamento comenzaron a escribirse en papiros manufacturados con carrizo del río Nilo. Este carrizo es una variedad de junco que llega a crecer a mayor altura que un hombre y es más grueso que un puño humano. La pulpa del

junco se cortaba en laminillas que se acomodaban cruzadas a lo largo sobre otras colocadas a lo ancho. Se humedecían, se apisonaban, y luego se pulían con piedra pomez, hasta que resultaba una sustancia de color café parecida al papel. La palabra Biblia procede del vocablo griego *biblos*. Al principio se llamaba *biblos* al junco para papiro. Luego al papiro mismo se le llamó *biblos*. Después *biblos* llegó a significar el rollo de papiro ya escrito, hasta que se fijó el nombre de *biblos* para designar al libro. El papiro puede durar indefinidamente si se le conserva seco, aunque va haciéndose más y más quebradizo.

El papiro no resultaba barato. Se cortaba en hojas de unos 25 x 20 cms. Las hojas más corrientes costarían el equivalente a \$ 0.03 dólares/EUA¹ y las más finas a\$ 0.15 dólares/EUA cada una. Los precios pudieran parecer bajos pero hay que considerar que el salario del jornalero equivalía a unos \$ 0.06 dólares/EUA diarios. Las hojas de papiro se unían hasta formar una banda larga a la que se adhería un rodillo de madera en cada extremo. Al ir leyendo, la tira se desenrollaba con una mano y se enrollaba simultáneamente con la otra. Las columnas de escritura tenían de 6.2 a 7.5 centímetros de ancho.

Durante el período intermedio que va de la desaparición del rollo a la aparición del libro o códice, los libros se imprimieron en papiro. Pero lo común era escribir en piel de becerro, también conocida como *virtulina charta*. El pergamino había tomado su nombre de Pérgamo, su principal centro manufacturero, y por eso también se le llamó *pergaméné carta*.

El papiro y el pergamino tienen la ventaja de muy durables, pero en conjunto representaban una doble desventaja para

¹ Cifras aproximadas al tipo de cambio \$ 1.65 dólares /El.Íá por libra 02 de octubre de 1987).

los antiguos:

I. El rollo no podía usarse sin desenrollarlo. Por lo tanto, el rollo no podía tener más de 9 metros de largo, donde apenas cabría, digamos, el evangelio de Lucas, o el de Mateo. o Hechos de los Apóstoles. Por eso era imposible para los antiguos concebir a cualquiera de los dos testamentos bíblicos como un solo libro. El Antiguo o el Nuevo testamento habrían representado toda una colección costosísima de rollos escritos. Todavía en la primera etapa del códice habrían sido necesarios tres o cuatro volúmenes para contener el Nuevo Testamento debido al tipo de encuadernación. Para los antiguos, la Biblia era toda una biblioteca, y ellos estaban conscientes de ello.

II. La segunda desventaja eran los altos costos del papiro y del copiado. La unidad de medida para el trabajo copiado era el *stichos* (*stichoi* en plural). Si el *stichos* hubiera sido contado como una línea, habría resultado incosteable su pago pues quedaría al arbitrio del copista la cantidad de palabras que copiaría en una línea. El *stichos* tenía como base el hexámetro típico de Homero, que constaba de 16 *sílabas*. Por lo tanto, el pago al copista se calculaba en *stichoi*. Hay un manuscrito del Nuevo Testamento que data del siglo VI, llamado el Códice Claramontano, que anota el número de *stichoi* de cada libro. Por ejemplo, Mateo tiene 2,600, Lucas 2,900, Hechos 2,600, Romanos 1,040, Colosenses 251, n Juan 20, y Apocalípsis 1,200. El emperador Diocleciano fijó la tarifa por edicto. Según esto, copiar 100 *stichoi* costaba entre 20 y 25 denarios, aproximadamente unos \$ 0.06 dólares/EUA, o sea \$ 1.65 dólares/EUA por cada cien líneas copiadas. Copiar un ejemplar de San Mateo, por ejemplo, costaría \$ 40.00 dólares/EUA más el costo de papiro. Estos costos tan elevados se mantuvieron así hasta la aparición de la imprenta. Sólo hasta entonces apareció la Biblia en un solo volumen. Lo cual significó que antes de eso sólo contadas personas podían poseer la Biblia completa.

Veamos ahora cómo se formó la biblioteca divina del Antiguo Testamento hasta tomar su forma actual.

Los judíos dividían sus textos sagrados en tres secciones: la Ley, los Profetas y los Escritos. Dicha clasificación se remonta al año 180 a. c. Jesús ben Sirac escribió originalmente en hebreo un libro sapiencial que hoy conocernos como el *Eclesiástico*. Cuarenta y ocho años después su nieto, entonces vivía en Egipto, lo tradujo al griego considerando que era obra valiosa y digna de amplia difusión. En el Prólogo que le escribió hace referencia a las enseñanzas de la Ley, los Profetas y sucesores. Repite la referencia a la Ley y a los Profetas y "a los otros libros de nuestros padres"

La Ley la constituyen los cinco primeros libros del Antiguo Testamento: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, conocidos también como el Pentateuco, que en griego significa cinco rollos.

Se divide a los Profetas en dos secciones. Primero, los Profetas Anteriores, que abarcan los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes. Se contaban como cuatro libros, pues 1 y II de Samuel y 1 y II de Reyes se consideraban un libro cada uno. Nosotros vemos estos libros como históricos, mas para los judíos eran proféticos, debido en parte a que tratan acerca de grandes profetas como Elías y Eliseo y, en parte, porque para los judíos Dios se revela en la historia tanto o más que en las palabras humanas.

Enseguida se colocaba la sección de Profetas Posteriores: Isaías, Jeremías, Ezequiel y los doce llamados *profetas menores*: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías, y Malaquías. El nombre de *menores* no se debe a que se les considere inferiores o menos profetas, sino a que sus profecías son menos extensas que las de los tres primeros. Y puesto que los doce *menores* se clasificaban como un solo libro, los Profetas Posteriores se

cantaban también como cuatro.

Los Escritos son en realidad una colección miscelánea que se clasificaba de diversas maneras. Una de ellas incluía, primero, tres libros poéticos: Salmos, Proverbios y Job; segundo, los cinco *megilloth* (rollos), cada cual relacionado con uno de los grandes festivales judíos, como sigue: el Cantar de los Cantares, alegorizado hasta relacionarlo con la liberación de Egipto, se asociaba con la Pascua y se leía en el octavo día de la fiesta. Rut se relacionaba con el Pentecostés (o sea la celebración de la recolección de frutos), por tratarse de un idilio durante la temporada de cosechas; se leía el segundo día de Pentecostés. Lamentaciones se leía el 9 de Ab, aniversario de la destrucción del templo de Salomón. Eclesiastés se leía el tercer día de la Fiesta de los Tabernáculos, cuando se conmemoraba la peregrinación por el desierto: Durante esta celebración el pueblo abandonaba sus hogares y vivían al aire libre. en chozas de enramadas. La lectura del Eclesiastés tenía por objeto enfatizar que se debía recordar a Días en medio de la prosperidad material. El libro de Ester se leía en la Fiesta de *Purim*, a la que servía de razón y justificación.

Estos cinco *megilloth* eran los únicos Escritos que se leían en la sinagoga, y sólo en las celebraciones mencionadas.

Tercero, había un libro profético, el de Daniel. Finalmente venían dos libros históricos, Esdras-Nehemías considerados uno solo y Crónicas.

Todos estos libros contaban como 24 para los judíos, cifra a la que llegaban porque los clasificaban así:

- cinco libros de la Ley;
- cuatro libros de los Profetas Anteriores (I, II de Samuel y I, II de Reyes contaban como dos libros);
- cuatro libros de los Profetas Posteriores (considerando

a los 12 como uno) :

once libros de los Escritos (Esdras-Nehemías y los dos de Crónicas vistos como un solo libro) .

Ahora detallaremos cómo fue que adquirieron carácter de Escritura cada una de estas tres secciones del Antiguo Testamento.

La Ley, para el judío, era y sigue siendo lo más importante del mundo; es el eje del culto en la sinagoga y la esencia de toda verdadera religión. La palabra ley no es la más adecuada en nuestro idioma, porque tiene una connotación sumamente legalista. Pero la Ley judaica va más allá de las reglas, reglamentaciones, prohibiciones y mandamientos. *Torah* es como se le llama en hebreo, y significa instrucción más que ley. La *Torah* viene siendo esa instrucción que Dios imparte a los hombres y que, al obedecerla éstos, les permite encontrar vida en este mundo y en el venidero. Sostenían los judíos, que la Ley había sido creada antes del mundo mismo, y que Dios había consultado la Ley antes de crear el mundo. Afirmaban que con el advenimiento pleno del reino de Dios los Profetas y los Escritos fenecerían, pero la Ley permanecería para siempre.

Sostenían, además, que Dios había entregado literalmente y de propia mano toda la Ley a Moisés, y que al principiar cada día Dios apartaba un tiempo para estudiar la Ley. Tenían el propósito de que la niñez judía "grabara en su alma" la Ley. Desde la infancia se les instruía en ella, y fueron muchos los judíos que prefirieron morir antes que perjurar de ella, pues la consideraban nada menos que la palabra misma de Dios. La Ley, pues, era el centro de todo; y aunque el resto de las Escrituras ocupaba un lugar prominente, con todo las tenían como un simple comentario de la Ley. Esta se leía versículo por versículo, primero en hebreo, y luego era traducido al idioma de la congregación. i. Cómo llegó a ocupar la Ley una posición tan elevada? A continuación trataremos de

reconstruir este proceso. Y aunque es una reconstrucción más que hechos comprobados, se ajusta a los hechos y es aceptada por la mayoría de los eruditos veterotestamentarios.

Existe un punto de partida respecto a la Ley, y bien dramático por cierto. La religión judaica se encontraba en condición bastante lastimosa. Después de que mudó el buen rey Ezequías, lo sucedieron Manases y Amón, quienes eran punto menos que paganos (II R. 21) Y cuyos reinados combinados se prolongaron durante más de medio siglo, dejando al judaísmo en su más bajo nivel. Entonces, en el año 621 a.C.; ascendió al trono el joven Josías. ve hizo lo recto ante los ojos de Jehová".

Entre otras cosas, Josías inició la reparación y reconstrucción del abandonado Templo, y fue entonces cuando el sacerdote Hileras encontró el libro de la Ley en la Casa del Señor. Cuando el rey y el pueblo leyeron la Ley, fueron movidos al arrepentimiento y a la reforma, y fue así como este libro vino a ser para ellos la palabra misma de Dios (I R. 22-23). Indiscutiblemente se trataba del libro del Deuteronomio escrito por un profeta y sacerdote en los lóbregos días de Manases y Amón, cuando no había libertad de expresión, y lo escondió en el Templo para que a su tiempo fuera encontrado.

Aquí se inicia el movimiento entero. Por así decirlo, es la primera vez que se canoniza un libro y se convierte en palabra de Dios para el pueblo de Dios. Se recuperaron, además, otros fragmentos de la Ley que se agregaron a la colección y se tuvieron en alta estima. Entre ellos estaba la más antigua exposición de la Ley, también conocida como el librito del Pacto, en Éxodo 34. Recuperaron, además, el libro mismo del Pacto, es decir, las condiciones que el pueblo había aceptado cuando Dios los tomó como pueblo suyo y les prometió que él sería su Dios. Esto se encuentra en Éxodo 20:22-23:33, y en su

forma actual se remonta al año de 900 a. C.

Posteriormente, a mediados del siglo VI a.C. se añadió otra gran sección. La esencia misma del judaísmo se halla en la expresión; "Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios" (Lv. 19:21. Así surgió el llamado Código de Santidad. La expresión "santo". en este sentido significa "diferente". Dios es el ser excelsamente diferente, el absolutamente diferente, como también se le ha llamado. El pueblo de Dios, asimismo, ha de ser diferente: no vivirá como el resto de las naciones, y aceptará el hecho de que es un pueblo destinado a ser diferente. Y el sumario de la vida diferente que ha de llevar, se encuentra en el Código de Santidad en Levítico 17-26

Aquí tenemos, pues, las grandes secciones de la Ley; la voz de Dios que ahora llega de manera más completa y directa a su pueblo. Se trata del antiguo librito del Pacto. el libro del Pacto mismo (Deuteronomio) y el Código de Santidad.

Gradualmente va integrándose la Ley. Aquí es donde conviene destacar algo que ya va emergiendo, y es que no hubo nadie que se hubiera sentado a escribir intencionalmente un libro de las Escrituras. Los libros que luego fueron las Escrituras, durante años y siglos habían venido fortaleciendo y ayudando al pueblo. A través de las centurias habían demostrado ser, ni más ni menos, la palabra de Dios; por sus propios méritos habían establecido su propio derecho a ser reconocidos como la palabra de Dios a la humanidad. Lo que después constituyó las Escrituras no era nada nuevo para entonces, sino que el tiempo les había dado su identidad como tales.

Pero en el Pentateuco tenemos algo más que leyes e instrucción. Todo el material de la Ley contenido en el Pentateuco está ubicado dentro del contexto de una narración que parte de la creación del mundo hasta la entrada a la tierra prometida. Dentro de esta narración suceden algunos

fenómenos sumamente interesantes. Al estudiarla, descubrimos que se trata de un verdadero compuesto procedente de diversas fuentes.

Tradicionalmente se le considera como obra de Moisés, pero a poco queda claro que hubo otros participantes en su desarrollo. La lista de los reyes de Edom, que aparece en el Génesis, viene prolongada por la siguiente expresión: "y los reyes que reinaron en la tierra de Edom, antes que reinase rey sobre los hijos de Israel, fueron estos:" (Gn. 36:31). Saúl fue el primer rey de Israel, y existió siglos después de Moisés; por lo que mal podría éste hacer referencia a rey alguno de Israel. Génesis 14: 14 cuenta que Abraham persiguió a sus enemigos "hasta Dan". Pero Dan no recibió este nombre hasta el tiempo de los Jueces, después de la época de Moisés". En Génesis 21:34 y 26:14-18 se menciona a los filisteos, pero éstos no aparecen sino mucho tiempo después de Moisés, alrededor del 1200 a.C. A mayor abundamiento, Deuteronomio 34: 1-8 narra la muerte de Moisés. ¡Y resulta sumamente improbable que Moisés haya relatado su propia muerte!

Así como es indudable que Moisés fue el gran legislador de Israel, resulta incuestionable también que en los primeros cinco libros del Antiguo Testamento "metió la mano" alguien más que el mismo Moisés. Encontrarnos en ellos más de una narrativa y de un escritor.

Hay otros indicios de que se trata de una narrativa con agregados. Frecuentemente se hallan dos narraciones del acontecimiento. Hay dos crónicas de la fundación de Beer-seba, una relacionada con Abraham y otra con Isaac (Gn. 21:31 y 26.:33). Hay dos historias de cómo Betel obtuvo su nombre: según una, Jacob la nombró camino de Padarn-aram: según la otra, cuando regresaba de Padam-aram (Gn. 28: 19; 35: 15). Se relata de dos maneras la expulsión de Agar e Ismael: en una, el hecho sucede antes del nacimiento del niño (Gn 16:6-16). y en la otra, después del nacimiento de Ismael (Gn 21 :9-21

Hay dos versiones de la historia de la creación. En una, el hombre es creado al terminar todo el proceso creativo, cuando el mar y los continentes, las plantas, las bestias y las aves habían ya sido creados. Según esta versión el hombre y la mujer fueron creados simultáneamente (Gn. 1) . En la otra (Gn. 2), el hombre es creado al principio del proceso, luego el jardín, las bestias y las aves, y luego la mujer es hecha de la costilla del varón.

En el relato del diluvio se entretajan dos historias sobre el arca. En una de ellas entran siete parejas de cada animal; en la otra entran un par de cada uno (Gn, 7: 2-3; 7: 8-9). A lo largo del Génesis pueden percibirse dos versiones, dos fuentes y dos relatos lado a lado. El compilador del último formato es tan honesto, tan respetuoso de sus fuentes, que cuando cuenta con dos de ellas incluye ambas.

Ahora bien, en algunas ocasiones se nota algo más en esta compilación. El hebreo tiene dos palabras para designar a Dios: *elóhim* y *Jahweh* o *Yahweh*. La última tiene gran interés e importancia pues es similar a la palabra Jehová, que es su forma más común. En el original hebreo no existen letras vocales, sólo consonantes; no fue hasta mucho después cuando se añadieron pequeños signos vocálicos bajo las consonantes para indicar la pronunciación adecuada. El nombre de Dios se representa con las cuatro consonantes hebraicas YHWH, que los judíos jamás se atreven a pronunciar, por considerar que el nombre de Dios es demasiado sagrado como para ser articulado.

Existe también la palabra *Adonai*, que significa Señor. Los judíos tomaron las vocales de *Adonai*. y las adjuntaron a las cuatro consonantes sagradas YHWH de donde obtuvieron la forma Jehová. Así que la palabra Jehová se compone de las letras YHWH deletreadas con las vocales hebraicas de la palabra Señor, pero la forma genuina es *Jahweh* (*Yahweh*), impronunciable por ser tan sacrosanta.

En las versiones inglesas del Antiguo Testamento, " *elóhim* se traduce simplemente como Dios, pero YHWH se traduce Señor, en versales y versalitas? Como en Génesis 2:4-5.⁶ Al examinar cuidadosamente estos antiguos manuscritos, encontrarnos que en algunas secciones se le llama *Dios, Jehová* o *Jehová Dios*, según proceda en el original de *elóhim* o *Jahweh*. Por ejemplo, al principio de la Biblia, en el primer relato de la creación, proviene de *elóhim* y se llama Dios (Gn. 1:1-3), mientras que en el segundo relato de la creación se le menciona como Jehová Dios (Gn. 2:4-24). En el relato del arca, donde los animales entran en parejas simples, el mandato es dado por Dios (*elóhim*) (Gn. 7:9), y en el que entran siete parejas (7:1-2), por Jehová. Así pues, al principio de la Biblia encontrarnos dos fuentes entretrojadas, en una de las cuales se llama a Dios *elóhim* y en otra en que se le llama *Jahweh*, que se traduce respectivamente como *Dios* y *Jehová*. Con el tiempo, ambas fuentes llaman a Dios Jehová, Señor, pues en la fuente que comienza llamando *elóhim* a Dios, hallamos el conocido relato en que Moisés descubre que Dios se llama Jehová (' 'Yo soy el que soy'. Ex. 3: 13-16), que es la lección que Moisés recibe en el misterioso incidente de la zarza incandescente (Ex. 3: 1-6).

Queda pues de relieve que la Ley, el Pentateuco, no surgió por generación espontánea. Se nevé siglos generarlo. Constituye la esencia destilada de la voz de Dios a la humanidad -de palabra y hecho a través de los tiempos. Aquí se concentra la voz de Dios en su recorrido por los siglos: primero el librito del Pacto, seguido del libro mayor del Pacto; luego Deuteronomio, luego el Código de Santidad, y finalmente el relato de los actos de Dios por los hombres, compilado por dos escritores distintos. Posteriormente toman forma y se entretrojan ambos relatos con tal honestidad que nada se omite ni se cambia; y finalmente culmina en esa maravillosa amalgama de ley e historia que, para los judíos, sigue siendo la palabra de Dios, sin paralelo en la tierra.

Pero queda pendiente contestar: ¿Cuándo dejó la Ley de ser

un simple libro maravilloso para convertirse en las Escrituras? ¿Cuándo dejó de ser un libro para convertirse en la Biblia? Lo que equivale a preguntar: ¿Cuándo la sección más antigua de la Biblia comenzó a considerarse definitivamente como la palabra de Dios? Hay tres indicaciones que nos ayudan a fijar tal fecha.

I. Una de las grandes fechas fue cuando se tradujo al griego el Antiguo Testamento, crónica que dejamos para el Capítulo IV. Por el momento nos interesa solamente la fecha en que apareció la Septuaginta, que fue como se llamó a la traducción griega del Antiguo Testamento. Indudablemente se trata de una fecha importante. La esfera del Antiguo Testamento quedó limitada sólo a los hebreos mientras se le mantuvo en ese idioma, pero cuando se le tradujo al griego se convirtió en posesión de todo el mundo. La traducción tuvo lugar durante el reinado de Ptolomeo II, llamado Filadelfo, que reinó en Egipto del año 285 al 246 a.C. Al principio sólo se tradujo la Ley, lo único que los judíos contemporáneos consideraban Escritura Sagrada. Esto nos permite aseverar que para el año 270 a.C. la Ley ciertamente era considerada Escritura ¿Podríamos remontarnos aun más atrás?

II. Hasta el día de hoy, los samaritanos no aceptan como Escritura todo el Antiguo Testamento, sino únicamente la Ley, el Pentateuco. Lo que significa que se segregaron del resto de la nación cuando la Ley era ya Escritura, pero todavía no lo era el resto del Antiguo Testamento. Tal separación tuvo lugar aproximadamente en el año 400 a.C. Por tanto, ya para esta fecha la Ley era considerada como la palabra de Dios.

III. Leyendo Nehemías 8-10, hallamos que el escriba Esdras lee al pueblo 'el libro de la Ley', y que el pueblo lo acepta como la Ley de Dios y como ley para sus vidas. Lo cual sucedió al regreso del exilio. En adelante, los judíos serían para siempre el Pueblo del Libro, y ese libro sería el libro de la Ley. Esto también sucedió por el año 400 a.C.

Todo indica que la Ley se convirtió en Escritura y quedó establecida como la palabra de Dios a los hombres cuatrocientos años antes de que Jesús viniera al mundo como hombre. Podemos, pues, dar por hecho, que la Ley, el Pentateuco, o los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, han sido considerados como Escritura desde el año 400 a.C. Durante casi 2,400 años los hombres han hallado la palabra de Dios en los libros de la Ley. Y algo excepcional debe haber en un libro que ha guiado a la humanidad durante siglos y milenios.

Recordemos ahora que comenzarnos la historia de la formación del Antiguo Testamento señalando que los judíos lo dividieron en tres secciones: la Ley, los Profetas y los Escritos. Vimos ya cómo la Ley se compiló y se convirtió en Escrituras hacia el año 400 a.C., así que ahora concentraremos nuestra atención en los Profetas. Aunque ya hemos visto que para el judío la Ley era sin comparación la parte más importante de las Escrituras, para la mayoría de los actuales eruditos bíblicos los Profetas quedarían por encima de la Ley. Para la mayoría de nosotros tal vez constituyan lo más precioso del Antiguo Testamento, a excepción de los Salmos. Veamos cómo los Profetas llegaron a ser también la palabra de Dios.

Según hemos visto, los Profetas se dividían en Anteriores y Posteriores. Los Anteriores comprenden los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes. Se desconoce en absoluto quién escribió estos libros. Ni siquiera se les han adjudicado títulos tradicionales, tal y como se adjudicaron a Moisés todos los libros de la Ley. Pero la tradición judía acredita a Josué como el autor del libro de este nombre, a Samuel como autor de los libros de Jueces y Samuel, y a Jeremías como autor de los libros de los Reyes. Según la computación judía, estos cuatro libros quedaron terminados entre los siglos VI Y V a.C.

Pudiera parecer raro que se clasifique como libros proféticos

a los comprendidos por nosotros entre los libros históricos, pero para ello existen dos razones. Primera, estos libros hablan de los grandes profetas que actuaron antes de que aparecieran los profetas literarios; los profetas no literarios, como Samuel, Natán, Elías y Eliseo, ciertamente manejaron material profético. Segundo, los judíos tomaban la historia muy en serio. Consideraban que los eventos históricos revelaban nada menos que a Dios en acción; para ellos, la historia era el escenario de la actividad de Dios, y creían que Dios hablaba mediante los eventos históricos, los cuales demostraban la veracidad del mensaje profético. La historia, en fin, para ellos era la voz de Dios que a través de las centurias proclama que el bien espera a los justos ya los malvados les espera el desastre. Les parecía perfectamente natural considerar profética a la historia, pues la veían como una manifestación del gobierno de Dios.

Al considerar a los Profetas Posteriores, los grandes nombres proféticos, es conveniente tener en mente un esquema cronológico mientras los leemos, y conocer el trasfondo histórico de sus escritos.

Los primeros de estos profetas fueron Amós y Miqueas, que aparecieron a mediados del siglo VIII, cuando se aproximaba la invasión de Palestina por los asirios, y cuando el reino de Samaria fue destruido para siempre en el 722 a.C. Ambos profetas subrayan la nota que de principio a fin constituirá el mensaje profético y el corazón mismo de su mensaje. Tal mensaje se sintetiza en la bien conocida expresión: proclamación del monoteísmo ético. ¿Qué significa esto?

Comencemos por la palabra *monoteísmo*. El hombre ha creído en Dios de tres maneras. La primera de ellas se conoce como *politeísmo Polloi*, en griego, significa muchos: *theos*, Dios o un dios. Así que *politeísmo* es la palabra que describe a la religión que tiene muchos dioses. Este tipo de religión fue practicada por los antiguos griegos y romanos, e incluía a Zeus,

Apolo, Atenea y Afrodita, entre otros dioses. Es la fase de los muchos dioses.

Segundo, el *henoteísmo* es la etapa en que se cree en un solo dios válido para un grupo, pero sin excluir los dioses de los demás. Se consideraba que cada país tenía un dios cuya influencia se limitaba al territorio nacional, y nadie negaba que los dioses de otros países fueran igualmente reales y poderosos dentro de su esfera de influencia. Eso lo comprendió Jefe cuando preguntó a los amonitas: "Lo que te hiciera poseer Quemar tu dios, ¿no lo poseerías tú? Así, todo lo que desposeyó Jehová nuestro Dios delante de nosotros, nosotros lo poseeremos" (Jue. 11:24). Aquí podemos notar que Jahweh era el único Dios para los hebreos, sin perjuicio de que Quemar fuera igualmente real para los amonitas. En esta etapa cada nación tenía su propio dios, y era el único verdadero para ellos, pero eso no negaba ningún derecho a los dioses de otras naciones.

Por último está la fe *monoteísta*: sólo hay un Dios de todos los seres humanos; Dios de este universo y de cualquier otro universo existente o por existir.

Este fue el mensaje inicial de los profetas: hay un Dios y sólo uno, e Israel debe serle fiel. Cosa nada fácil. Puesto que se creía que cada nación poseía su propio dios, quien llegaba a un país extranjero llevaba. por así decirlo, su propio dios y le construía allí un santuario. Esto fue lo que sucedió con Salomón, cuando Israel se convirtió en gran potencia política: vinieron las alianzas extranjeras que, con frecuencia, se afianzaban casándose el rey de un país con una princesa del país aliado. Eso hizo Salomón, y las princesas extranjeras trajeron sus propios dioses y diosas, contaminando así la verdadera religión con tantas creencias falsas (1 R. 11: 1-8). El monoteísmo parece algo perfectamente natural en la actualidad: pero en aquellos días constituía un gran descubrimiento, que tocaba a los profetas preservar.

Pero estos grandes profetas no sólo enseñaban el monoteísmo, sino el *monoteísmo ético*. Actualmente religión y moralidad van de la mano. Pero, por extraño que parezca, en la antigüedad iban de la mano religión e inmoralidad. Citaremos tres ejemplos. En la antigüedad, cuando alguien fundaba una ciudad, levantaba los primeros cimientos y sus portales sobre el cuerpo sacrificado de su propio hijo (I R. 16: 34), En el culto del dios Moloc se sacrificaban niños (II R. 23: 10). El de Baal era un culto a la fertilidad; se consideraba que los baales hacían crecer las semillas y maduraban las viñas. Veían el sexo como la más potente fuente de fertilidad. Por eso se sumaban a los templos baálicos muchas sacerdotisas que eran realmente prostitutas consagradas. El acto sexual, realizado con ellas, constituía un acto de adoración. Estas "sacerdotisas" eran las prostitutas cúlticas condenadas por Oseas (4: 14) . Los profetas tuvieron que enseñar a la gente que ni el más elaborado ritual del mundo puede sustituir la castidad personal, la justicia social y el amor hacia el hombre y hacia Dios. La profecía de Amós ha sido considerada como "un clamor de justicia social", y uno de los versículos bíblicos más citados es el de Miqueas (6 :6-8) donde se dice que Dios no quiere sacrificios sino que hagamos justicia, amemos la misericordia y nos humillemos ante él. Esto constituye actualmente parte de nuestra religión, pero fueron sensacionales descubrimientos en tiempos de los primeros profetas. Fueron ellos los grandes monoteístas éticos, cuyo tema era que hay un solo Dios, y que los verdaderos sacrificios son la castidad, la misericordia y la fidelidad.

En el mismo siglo VIII a.C. surgen dos de los grandes profetas antiguos, que traen consigo sus propias ideas predominantes. Hemos visto que el gran clamor de Amós y Miqueas es su insistencia en la justicia social. Pero Oseas es, ante todo, el profeta del amor. Al hablar de Dios, Oseas habla de sí mismo. Dios le ordenó tomar una mujer de la calle. hacerla su esposa, y tratarla con amor. Pero ella abandonaba el hogar y volvía a su vida pasada; cada vez que ella volvía a

casa, el profeta la recibía con un amor que jamás se dio por vencido. Oseas presentaba un argumento vivo: ¿Si un hombre puede amar así, cuánto más puede amar Dios?

Vimos, pues, a Miqueas y Amós con su enfoque en la justicia social y a Oseas con su énfasis en el amor. Pero todavía falta uno de los grandes profetas del siglo VIII. El libro de Isaías cuenta con tres secciones, la primera de las cuales. capítulos del 1 a 139, pertenece al mismo período. Isaías fue un aristócrata, amigo de reyes, y la nota dominante de su mensaje es la santidad. "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos" (Is. 6: 3). Siempre confronta Isaías a los hombres con el Dios santo, y siempre insiste en que nada puede reemplazar a la justicia y el amor. Toda la cadena de sacrificios, novilunios, sábados y plegarias son inútiles en si mismas:

Buscad el juicio,
restituid al agraviado,
haced justicia al huérfano
amparad a la viuda (Is. 1: 10-17).

Así pues, cada uno de los grandes profetas del siglo VIII tiene su tema dominante: Amós y Miqueas, la justicia social; Oseas, el amor; Isaías, la santidad. Al leerlos es muy conveniente tener en mente el tema personal de cada uno.

En los siglos VII y VI a.C. hubo otro grupo de profetas que proclamaron la palabra de Dios a la luz del momento que vivían, siempre interpretando su momento histórico a la luz del propósito de Dios. En el año 627 a.C., Sofonías vio en la invasión escita proveniente del este, el principio del juicio que Dios tenía preparado para los asirios, moabitas, filisteos y también para Judá. La interpretó como advertencia de que el Día del Señor estaba cerca. Simultáneamente, Nahum se ocupaba en predecir gráficamente la caída de Nínive. Por el momento pareció como si Dios fuera a intervenir espectacularmente en la historia, pero lo que sucedió fue que surgió otra gran potencia: Babilonia. Es entonces cuando

Habacuc cuestiona por escrito la causa de la tardanza de Dios, al ver que las tiranías no hacían más que sucederse unastras otras.

Surgieron entonces dos de los más grandes profetas, que descubrieron lo que habría de rescatar del colapso a la religión judía. A Jeremías le tocó vivir la caída de Jerusalén a manos de los babilonios, en el año 586 a.C., mientras que Ezequiel vivió con el pueblo el exilio en Babilonia, donde soñaba con un nuevo orden de las cosas en el futuro. Pero la mayor contribución que aportaron ambos profetas fue la de establecer que la religión no sólo es de carácter nacional, sino también personal. y aun más que eso.

Nos resulta actualmente difícil comprender que necesitaron transcurrir varios siglos para que el individuo emergiera como tal. Con anterioridad, los seres humanos no se veían como individuos sino como miembros de un grupo, ya fuera la tribu, la familia o la nación a la que pertenecían. Buen ejemplo de esto lo encontramos en el Antiguo Testamento respecto del pecado de Acán. A pesar de que Dios había ordenado la destrucción de todo el botín en la guerra con Jericó, Acán se reservó algo para sí. Las consecuencias resultaron desastrosas para toda la nación Cuando se descubrió que Acán era el culpable, lo tomaron junto con "sus hijos, sus hijas, sus bueyes, sus asnos, sus ovejas, su tienda y todo lo que tenía" y todo esto fue destruido totalmente (Jos. 7: 1-261. El castigo recayó sobre el grupo y no sólo sobre el individuo

En Australia podemos todavía encontrar algo semejante. Los aborígenes australianos son considerados de los grupos más primitivos que quedan en el mundo. No hace mucho todavía, si se le preguntaba a uno de ellos su nombre, contestaba con el nombre de su tribu: "Pertenezco a tal tribu ..

Cuando alguien se ve como parte de un grupo, al sobrevenir un desastre nacional también se viene a pique la fe. Pero si se

descubre que la relación con Dios no depende de la pertenencia a un grupo sino de que se es una persona, entonces la relación individual con Dios prevalecerá por sobre todo conflicto o catástrofe colectiva. Esto es precisamente lo que descubrieron Jeremías y Ezequiel: que el individuo está en relación con Dios no por ser judío sino por ser persona. Fue así como descubrieron la religión personal que, como todo gran descubrimiento, fue algo sencillo pero como pocos, de suma importancia.

Surgió por entonces el nuevo poderío persa, sobre el que la segunda sección de Isaías tiene algo extraordinariamente importante que decir. Esta sección abarca los capítulos del 40 a 155. Ciro, el caudillo persa, no sólo no tenía intención de liberar a los judíos del yugo babilonio, sino que es improbable que hubiera oído hablar de Jahweh, o que le diera alguna importancia en caso de que así hubiera sido. Pero Ciro ocupaba un lugar en el plan y propósito de Dios, y Dios se refiere a él diciendo que "Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero". Dios ha ungido a Ciro y lo lleva de la "mano derecha" (Is 44:28; 45:1) Ciro habría de liberar a los judíos. Aunque no lo sabía era sólo un instrumento en las manos de Dios. He aquí una verdadera filosofía de la historia: toda la historia está en las manos de Dios, y aun quien jamás haya oído hablar de Dios puede ser, sin saberlo siervo e instrumento suyo. Con una fe así cualquiera puede enfrentarse al mundo.

En esta porción de Isaías encontrarnos la figura del Siervo Sufriente, que tanto influiría en el pensamiento neotestamentario y aun en el de Jesús mismo. La figura del Siervo Sufriente culmina en Isaías 53, donde éste es herido por nuestras rebeliones y molido por nuestros pecados (v. 5). El perfil completo del Siervo Sufriente se encuentra en los llamados Cuatro Cánticos del Siervo Os 42:1-4: 49:1-7: 50:4-9: 52: 13-53: 12). Obsérvese que los verbos claves de Isaías 53, hasta el versículo 10, están en tiempo pasado. Es porque

describen a alguien que el profeta sabe que ha sufrido. más que alguien que había de venir. Es verdad que a veces el profeta estaba tan seguro de su anuncio que se refería a él como algo ya efectuado, aunque Isaías 53 no debiera leerse de tal manera.

Según Isaías 53, ¿quién es el que sufre? Esta pregunta siempre ha fascinado y eludido a los eruditos. Me parece que quien mejor trata el tema es C. R. North, en su libro *The Suffering Servant in Deuterio-Isaiah* (El Siervo Sufriente en Deutero-Isaías) North relata que S. R. Driver, eminente estudioso del Antiguo Testamento, pensaba escribir un comentario sobre Isaías, pero desistió de hacerlo ante el enmarañado laberinto de interpretaciones que existen en torno al siervo.

¿Será este siervo Isaías mismo, quien según la tradición judía sufrió el martirio y fue sepultado en la tumba de un criminal? Así parece haberlo pensado el eunuco etíope (Hch 8: 34) ¿O se referirá a Jeremías, quien se ve a sí mismo como "cordero inocente que llevan a degollar" (Jer. 11: 19)? ¿O será Joaquín descrito por la tradición judía como el que se entregó a Nabucodonosor en sacrificio para salvar de la destrucción a Jerusalén (m R. 248-20)? ¿O se referir á más bien a Zorobabel, quien después de jugar papel preponderante en el exilio desaparece misteriosamente de la narración (Hag. 1: 1, 12, 14; 2:21-23; Zac. 4:6-10)? O bien, ¿es el Siervo la nación misma de Israel, que sufre en redención por sus pecados y los del mundo? No lo sabemos. Pero lo que sabemos sin lugar a dudas es que la figura del Siervo Sufriente se realizará absolutamente en Cristo. En todo el Nuevo Testamento va identificándose a Jesús con el Siervo Sufriente (Hch. 3:13; 3:26; 4:27,30; 8:26-35; Mt. 8:14-17; 12:14-21; Lc. 22:37; II Co. 5: 21; 1 P. 1: 19; n P. 22: 25). Ninguna figura del Antiguo Testamento se halla tan incrustada en el Nuevo, como ésta del Siervo Sufriente del Segundo Isaías.

Encontrarnos, después de que Asiria y Babilonia pasan a la historia, que una nueva potencia mundial aparece en el escenario. Se trata de Persia, a quien toca el turno de dominar los acontecimientos. Para los judíos esto reviste gran importancia, pues los persas les permitieron regresar a Jerusalén después de la cautividad en Babilonia. Ya finales del siglo VI y durante el siglo V se presentan Hageo y Zacarías animándolos a reconstruir el Templo en ruinas y a tratar de restaurar la gloria perdida.

También se encuentra allí Abdías, quien recrimina a Edom porque ha permanecido indiferente ante la esclavitud de los judíos. Está además Joel, quien anima al pueblo en momentos difíciles, así como Malaquías los estimula a restaurar el fervor de una fe que habían dejado enfriar. Cuando la devoción decayó, el pueblo trató de sustituir a Dios con cultos inferiores y ofrendando lo más barato y corriente a su alcance (Mal. 1: 6-14). Y cuando el desánimo y la desesperación reinan. Malaquías trata de avivar en sus corazones el fuego de la devoción.

Nos queda por mencionar el libro del profeta Jonás. Aunque pequeño, es uno de los más grandiosos del Antiguo Testamento, porque demanda de los judíos el abandonar su exclusivismo. Los llama a llevar la palabra de Dios a los gentiles, a regocijarse cuando ellos' también acepten el mensaje de salvación, ya creer que aun Nínive puede salvarse igualmente, si se arrepiente. En el Antiguo Testamento Jonás es el libro misionero por excelencia y, tal vez, uno de los últimos, pues probablemente data del siglo IV a.C.

Ahora toca preguntarnos cuándo fue que los libros proféticos dejaron de ser meras joyas de la literatura devocional para formar parte de las Escrituras.

I. Cabe aquí la misma observación que hicimos respecto de los demás libros del Antiguo Testamento. Mucho antes de que

fueran parte integral de la Escritura eran ya conocidos, utilizados y amados. Habían demostrado ya su poder para iluminar la mente, y para consolar y fortalecer el corazón. Lo que les valió un lugar en las Escrituras.

Fue durante el exilio cuando las obras de los profetas llegaron a ser conocidas y amadas, en virtud de dos razones: anunciaron la suerte que le esperaba al pecador, el desobediente y el que abandona el camino de Dios para seguir sus propios caminos. Esto se cumplió al pie de la letra y ahora el pueblo conocía de sobra lo que le esperaba a una nación que desatendía la voz de Dios. Se había cumplido el anuncio de los profetas, pero el mensaje profético no terminó allí. Así como habían proclamado un mensaje de condenación para el desobediente proclamaban también otro de esperanza para el penitente. Y los judíos estaban convencidos de que así como se había cumplido la condenación, también verían realizarse la esperanza. En su libro *How to Read the Bible* (Cómo leer la Biblia), F. C. Grant señala el proceso seguido por el mensaje profético:

- a) Tus pecados están por encontrarte: es seguro que la justicia te sobrevendrá... pronto.
- b) Si bien el castigo de Dios es severo. él sigue preocupado por aquellos a quienes castiga, pues su propósito no es aniquilar sino salvar.
- c) En esta última hora, antes de que te alcance el juicio, ¡arrepíentete! Si lo haces. Dios suspenderá la amenaza de castigo y te restaurará a su favor.
- d) Dios, quien ciertamente conoce todo lo que ha de pasar, sabe también que sobrevivirá un pequeño remanente de arrepentidos, a la manera del tocón de un árbol. De estos cuantos él podrá levantar de nuevo la nación o familia del Pacto, que haya escogido.

O sea, que el mensaje profético se componía de amenaza y promesa en partes iguales, de catástrofe y rescate de

medianoche y amanecer. Los judíos, pues, leían y estudiaban a los profetas y de ellos recibían fortaleza; sabían que si teman la razón en cuanto al juicio, tenían también la razón en cuanto a la anunciada restauración. En los días de mayor tribulación hallaron esperanza profética.

II. Pero hubo otro factor que contribuyó a otorgar lugar destacado a esta literatura profética. Era considerada un gran ejemplo de una voz que había sido silenciada para siempre. Ya no había quien dijera: "Así ha dicho el Señor". Como decía nostálgicamente el Salmista: "No vemos ya vuestras señales; no hay más profeta, ni entre nosotros hay quien sepa hasta cuándo" (Sal. 74:9). Por lo menos en la época de Zacarías. se consideraba ya un embaucador a quien pretendía ser profeta "Y acontecerá que cuando alguno profetizare aún, le dirán su padre y su madre que lo engendraron: No vivirás, porque has hablado mentira en el nombre de Jehová': (Zac.13:31. Y hasta en los Apócrifos se lee: "Fue esta una gran tribulación en Israel, cual no se vio desde el tiempo en que no había entre ellos profetas (1 Macabeos 9: 27 -Nácar Colunga) Y añade, a la elección de Simón como príncipe y sumo sacerdote, que eso era "mientras no aparezca un profeta digno de fe" (1 Mac. 14:41) Esperarían, pues, "hasta que viniese un profeta que diese oráculo sobre ellos" (1 Mac. 4 :46). A principios del siglo IV a .C. los profetas pertenecían ya al pasado esplendoroso, cuya voz se había apagado para siempre. Lo cual les otorga una grandeza inigualable.

III. Sólo es posible deducir a partir de cuándo se consideraron parte de las Escrituras las profecías. En el libro segundo de los Macabeos 2: 13, se dice que Nehemías "había reunido una biblioteca y puesto en ella los libros de los reyes, de los profetas y los de David y las cartas de los reyes sobre las ofrendas". Siempre fue parte de la tradición judía que Esdras tuvo gran participación en la formación de la colección escrituraria. Aunque simple tradición, bien pudiera ser que para entonces, 400 a.C., los escritos proféticos estuvieran ya

coleccionados y ordenados.

Hay sin embargo algo que pudiera darnos una pista razonable. Evidentemente el libro de Daniel es profético, pues predice el futuro, Lo extraño es que los judíos nunca lo han clasificado entre los libros proféticos, sino entre los Escritos. Esto indicaría que Daniel apareció cuando la lista de los profetas se había clausurado, pues de otra manera se le habría incluido en ella. Puesto que el libro de Daniel debe fecharse hacia el año 165 a.C, podríamos asumir como probable que, para entonces, ya se había cerrado la nómina de los profetas. ASÍ pues, existe la posibilidad de que los profetas hayan sido considerados como Escritura alrededor del año 200 a.C.

El Antiguo Testamento fue integrándose lentamente y ganándose la aceptación irrefutable a causa de ser demasiado evidente su inspiración. Hacia el año 400 a.C. la Ley era ya considerada Escritura Sagrada y probablemente para el año 200 a.C. los Profetas formaban pareja con la Ley. Sólo resta que veamos cómo alcanzaron el mismo rango los Escritos y en ellos enfocaremos ahora nuestra atención.

Hemos visto que los Escritos constaban de once libros: Salmos, Proverbios, Job, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Rut, Lamentaciones, Ester, Esdras-Nehemías, Crónicas y Daniel. Los Escritos no constituyen un grupo unificado y homogéneo como los de la Ley y los Profetas. Más parece una colección miscelánea que se ha llegado a ver como libros aislados. Nunca alcanzaron la posición de los otros dos grupos. Algunos se leían en ocasiones especiales en la sinagoga pero no de manera regular y sistemática como la Ley y los Profetas. Cuando los judíos hablaban de sus Escrituras tenían en mente a la Ley y los Profetas. Cristo declaró que no había venido a destruir la Ley y los Profetas sino a cumplirlos (Mt. 5: 17), Sostuvo que la Ley y los Profetas residen en el principio de hacer a otros como queramos que nos hagan a nosotros (Mt 7: 12). La Ley y los Profetas antecedían a la venida del Reino (Le. 16:16), Fueron

precisamente Moisés y los Profetas los que Cristo explicó e interpretó camino de Emaús (Le. 24 :27), y son ellos los que se leen en la sinagoga (Hch. 13: 15). Si alguna otra sección se añade a las Escrituras en el Nuevo Testamento, esa sección es la Ley, los Profetas y los Salmos (Lc. 24: 44).

En los Escritos hay un poco de todo. En *How Came the Bible?* (¿De dónde resultó la Biblia?) , E. J Goodspeed los divide así: Discusión filosófica de la religión: Job y Eclesiastés; Endechas: Lamentaciones; Cantos de amor: El Cantar de los Cantares; Relatos: Rut y Ester; Historia sacerdotal: Crónicas.

En *How to read the Bible* (Cómo leer la Biblia), F. C. Grant distingue en ellos Poesía: Job, Salmos, Cantar de los Cantares y Lamentaciones; Sabiduría: Eclesiastés y Proverbios; Narraciones: Ester y Rut; Profecía: Daniel; Historia: Esdras-Nehemías y Crónicas. Los Escritos constituyen la literatura religiosa de toda una nación, y en ella se fueron ganando su lugar, no como un todo, sino ocupando su lugar uno por uno.

Pero antes tendríamos que preguntarnos cómo es que alcanzaron la categoría de Sagradas Escrituras Vimos ya que a partir del siglo IV a.C. los judíos temían la convicción de que la voz de Dios había cesado. Lo que equivaldría a decir que cualquier libro posterior a Esdras no tenía posibilidad de incorporarse a las Escrituras por estar fuera del período considerado de inspiración directa. Los rabíes llegaron a una conclusión bastante extraña a este respecto

Si el autor de un libro era conocido, pero se sabía que lo que había escrito caía fuera del período de inspiración, entonces su obra no podía incluirse en la lista de Escritura Sagrada. Esto sucedió con el libro del Eclesiástico, que es un libro formidable y cuya omisión del canon ha sido lamentada por muchos. Fue escrito por Jesús ben Sirac, alrededor del año 180 a.C. y traducido al griego por su nieto en el de 132 a.C. Tanto el autor como la fecha eran conocidos, y por lo tanto fue

eliminado del canon.

Por otra parte, los rabinos sostenían que si el libro era de autor desconocido y tenía suficiente validez religiosa para aspirar al canon, entonces podía atribuírsele a cualquiera de las figuras consagradas dentro del período de inspiración. En consecuencia, puesto que nadie sabía quién había escrito Rut, se le atribuyó a Samuel, Lamentaciones a Jeremías, Proverbios y Eclesiastés a Salomón, Job a Moisés, el Cantar de los Cantares a Salomón (o al menos al período de Ezequías). Todos los Salmos se adjudicaron a David, aun cuando a mitad del libro dice muy claramente: "Aquí terminan las oraciones de David, hijo de Isai" (Sal. 72:20). Esdras y Nehemías fueron atribuidos a Esdras, quien adquirió una posición única en la tradición judía. Los rabinos afirmaban que "La Torah fue olvidada por Israel hasta que Esdras vino de Babilonia y la restableció". Añadían que, si la Ley no hubiera sido ya dada por Moisés, Esdras hubiera sido el indicado para recibirla. Ya retomaremos el lugar de Esdras en la tradición. Realmente fue muy afortunado el que los rabinos judíos hayan encontrado la manera de preservar estos libros, pues de otra manera podrían haber desaparecido.

Ahora nos asomamos al proceso que condujo a que estos Escritos fueran reconocidos como Escrituras canónicas, y luego los consideraremos uno por uno. Hay cinco evidencias fragmentarias que se combinan para proporcionarnos la fecha.

I. Ya mencionamos la cita en 2 Macabeos 2: 13, que habla de la biblioteca fundada por Nehemías y de cómo coleccionó los libros sobre los reyes, los profetas y los escritos de David. Si se puede considerar esta fecha como histórica, entonces podemos afirmar que Nehemías comenzó a coleccionar los Salmos y así puso la base para esa sección de las Escrituras que después fue conocida como los Escritos

II. También hicimos referencia al prólogo que escribió el

nieto de Jesús ben Sirac cuando tradujo al griego el libro escrito por su abuelo. En dicho prólogo hace mención a los grandes y ricos tesoros de instrucción y sabiduría transmitidos por la tradición, incluyendo a la Ley y los Profetas y los libros de sus seguidores. Habla de cómo su abuelo había estudiado la Ley, los Profetas y los libros de nuestros antepasados. Habla de la Ley, los Profetas, y los demás libros. Nunca emplea el término de Escritos para designarlos, pero resulta evidente que para él había una adición a la Ley y los Profetas, es decir, una tercera sección de las Sagradas Escrituras.

III. Asimismo mencionamos que Lucas 24:44 habla de que Jesús, después de la Resurrección, explicó a sus discípulos lo que la Ley, los Profetas y los Salmos decían de él.

IV. En el libro apócrifo 4º. de Esdras, que en las ediciones de los libros apócrifos aparece como 2º de Esdras, hay un relato (Capítulo 14) sumamente ficticio de la obra de Esdras. Para entonces ya se había perdido la Ley y Esdras había sido designado por Dios para restaurarla. Según este relato, Esdras fue llevado a un campo, junto con otros cinco hombres, y allí se le dio a beber, en una copa, un líquido que ardía como fuego. Durante cuarenta días y cuarenta noches, Esdras dictó sin parar a los cinco escribas hasta completar noventa y cuatro libros. Entonces, sigue la leyenda, el Altísimo le dijo: "Publica los veinticuatro libros que escribiste primero y deja que los lean todos, sean dignos o no de leerlos. Pero conserva los setenta que escribiste al último, para darlos a los sabios de tu pueblo". Desde luego, esta es sólo una leyenda; pero lo importante es que este libro fue escrito en la segunda mitad del siglo I de nuestra era, cuando las Escrituras judías constaban ya de 24 libros, que es la cifra que incluye a los Escritos. Para esa fecha los Escritos formaban ya parte de las Escrituras.

V. Alrededor del año 100 de nuestra era, Josefo, el historiador judío, dictaminó que los libros judíos quedaban

ya fijados y establecidos, sin que ningún libro pudiera ser quitado ni añadido.

Todo lo cual concuerda, pues también se ha reconocido que en el año 90 d.C. los rabinos fijaron finalmente el contenido de las Escrituras en el Concilio de Jamnia, cerca de Jope. Fue entonces cuando los Escritos se consideraron completos

Al recordar la variada miscelánea que representan los Escritos, no es de sorprenderse saber que no todos ellos se tornaron Escrituras con la misma rapidez y unanimidad.

Algunos de ellos jamás fueron puestos en tela de duda, como los Salmos, que constituían el himnario y el libro de oraciones del templo. Estaban íntimamente relacionados con la adoración y liturgia del santuario. Cada día de la semana cantaba con su salmo especial, con un comentario rabínico que explicaba su relación con ese día.

El Salmo 24 se leía el primer día de la semana. "De Jehová es la tierra y su plenitud", que conmemoraba el primer día de la creación, "cuando Dios poseía al mundo y lo gobernaba". El Salmo 48 correspondía al segundo día. "Grande es Jehová y digno de ser en gran manera alabado", porque en el segundo día de la creación "Dios dividió sus obras y reinó sobre ellas". El Salmo 82 era el del tercer día de la semana: "Dios está en la reunión de los dioses", "porque en ese día apareció la tierra donde está el Juez y los que son juzgados. El Salmo 94 era para el cuarto día: "Jehová, Dios de las venganzas", "porque en el cuarto día hizo Dios el sol, la luna y las estrellas, y será vengado en aquellos que los adoren". Para el quinto día tenían el Salmo 81: "Cantad con gozo a Dios, fortaleza nuestra", "por la variedad de animales creados en ese día para alabar el nombre de Dios". El Salmo 93 era para el sexto día: "Jehová reina", "porque en ese día Dios terminó sus obras e hizo al hombre y el Señor estableció su dominio sobre todas sus obras". Para el séptimo día, el sábado, se leía el Salmo 92: "Bueno es alabarte, oh Jehová", "porque el sábado simboliza

el día en que, después de la dispensación de seis mil años, Dios reinará sobre todo. y su gloria y su servicio llenarán toda la tierra con acciones de gracias".

Los Salmos ocupaban lugar supremo en la adoración pública y en la devoción privada. Su lugar en las Escrituras jamás fue disputado.

Los cinco rollos o *megilloth*, relacionados con los grandes festivos y conmemoraciones, tenían su lugar asegurado aunque, como luego veremos, algunos fueron recusados. Los libros de Crónicas, Job, Esdras-Nehemías y Daniel temen su propio lugar ya que de ellos leía el sumo sacerdote en la víspera del Día del Perdón, que es la principal conmemoración en el calendario religioso Judío

Los libros recusados fueron principalmente tres: el Cantar de los Cantares pues. al menos que se le convierta en alegoría, lo cual nunca fue la intención del original es un apasionado poema de amor de carne y hueso y, en realidad, uno de los grandes poemas de amor de la literatura universal. Eclesiastés entró en disputa debido a su apesadumbrado pesimismo. Su mensaje es: vive la vida al máximo porque nada hay más allá de la muerte que el reino de las sombras (Ec 9: 10). La objeción contra Ester fue que por raro que parezca nunca se menciona el nombre de Dios en él aunque es la justificación del *Purim* fiesta que conmemora la victoria de Mardoqueo sobre Amán pero que no se encuentra entre los festivos prescritos por la Ley.

Pero después del Concilio de Jamnia todos estos cuestionamientos y dudas quedaron acallados.

Aquí tenemos pues cómo bajo la dirección y providencia de Dios el Antiguo Testamento llegó a su estado actual. Terminaremos con tres señalamientos:

I. El Antiguo Testamento se compone de libros que pasaron la prueba de los años antes de que pudieran ingresar al ámbito sagrado de las Escrituras. Nadie se sentó a escribir un libro con la intención de que luego resultara Escritura Sagrada. Más bien, el libro fue escrito y se entregó a la humanidad y al tiempo. En el transcurso de años y siglos los hombres llegaron a amar y a poner su corazón en ese libro, que Dios utilizó para sus propósitos. Y así llegó el día en que el libro llegó a ser reconocido nada menos que como mensaje de Dios. Si se nos permite podríamos agregar que estos libros alcanzaron el rango de Escrituras Sagradas conforme al principio de la supervivencia: los más aptos. Cada libro fue resultando tan efectivo y tan claramente usado por Dios que inevitablemente se le reconoció como parte integrante de la Biblia.

II. Tengamos presente que para escribir el Antiguo Testamento fueron necesarios varios siglos, del siglo VIII a. C. al siglo II a. C. Consideremos esto en términos de la historia contemporánea. Equivaldría a un libro que se hubiera comenzado a escribir en el siglo XIV y se terminara en el siglo XX. Este es un tema que tocaremos después, pero resulta fácil ver la diferencia entre el mundo de los años 1300 y el de los años 1900. Seiscientos años son mucho tiempo, ¡con más razón diez siglos!

III. Además, el Antiguo Testamento comenzó a acreditarse como Escrituras Sagradas en el 621 a.C. cuando se halló el Deuteronomio, y terminó en el Concilio de Jamnia, el año 90 de nuestra era. Es decir, que se necesitaron más de 700 años para integrar el Antiguo Testamento como canon sagrado. Las raíces del Antiguo Testamento son, pues, muy profundas.

CAPITULO III

DESARROLLO DEL NUEVO TESTAMENTO

Actualmente el Nuevo Testamento consta de 27 libros: cuatro evangelios, un libro de historia eclesiástica, veintiuna cartas y un Apocalipsis. Encontrarnos por primera vez este formato del Nuevo Testamento en el año 367 de nuestra era. El gran obispo Atanasio acostumbraba enviar al pueblo una carta pastoral cada Domingo de Resurrección. Aprovechó la ocasión en el 367 para hacer saber a los cristianos cuáles eran los libros que podían leer con la aprobación de la Iglesia. Con ese motivo hizo una lista que fue la primera que se hizo de los libros del Nuevo Testamento. Esto significaría que se necesitaron más de tres siglos para completar el Nuevo Testamento.

Desde el principio la fe cristiana ha sido la fe de un libro. El judaísmo fue la cuna del cristianismo y el centro del judaísmo es la sinagoga. La iglesia cristiana primitiva no tenía intención alguna de apartarse del ancestral culto judaico Encontrarnos a Pedro y a Juan camino al Templo para orar (Hch. 3: 1). Vemos que Esteban y Pablo inician su carrera de predicadores debatiendo en la sinagoga (Hch 6: 8-10; 9:20-21). El culto en la sinagoga giraba en torno a la lectura de las Escrituras. Tal era su razón de ser. Comenzaba con la recitación del credo del judaísmo y luego se ofrecían algunas plegarias. Terminaba con una homilía del rabino o de algún visitante distinguido. Pero en el centro del culto estaba la lectura bíblica que era para lo que el pueblo se congregaba.

Cuando a los cristianos se les cerraron las puertas de la sinagoga y no pudieron seguir adorando allí se llevaron consigo el estilo cáltico de la sinagoga. Aun más. Se llevaron consigo el

Libro de la sinagoga. En esos primeros días de la iglesia primitiva todavía no se había escrito el Nuevo Testamento. No fue el Nuevo Testamento el que produjo a la Iglesia sino que fue la Iglesia la que produjo el Nuevo Testamento. Así que, en el principio, en los cultos dominicales de entonces se leyeran el Antiguo Testamento por lo general en la versión griega de los Setenta (Septuaginta), que se denotaba con los números romanos LXX. El Antiguo Testamento pues fue el libro de los primeros días de la Iglesia, y de él se leía y se citaban pasajes.

Por ejemplo el sermón de Pedro en el Día del Pentecostés que abarca 27 versículos de Hechos 2: 14-40, contiene diez versículos del Antiguo Testamento, como sigue: Hch. 2:17-21, se toma de Joel 2:28-32; Hch. 2:25-28, del Salmo 16:8-11: Hch. 2:34-35, del Salmo 110:1, etc. El sermón de Pablo en Antioquía (Hch. 13: 16-41) abarca 26 versículos, nueve de los cuales provienen del Antiguo Testamento: del versículo 16 al 22 se presenta un resumen histórico del Antiguo Testamento hasta los días de David; el versículo 33 corresponde al Salmo 2: 7; e134 se ha tomado de Isaías 55: 3; el 35, del Salmo 16: 10; el 41, de Habacuc 1: 5, Y el 47 de Isaías 49: 6. El Antiguo Testamento constituyó el libro sagrado de la iglesia primitiva.

Para comprender cómo surgió el Nuevo Testamento veamos primero el orden en que fue escrito. Tal vez lo más interesante de todo sea descubrir que lo primero que se escribió del Nuevo Testamento fueron las cartas de Pablo. Se calcula que éstas fueron escritas entre los años 49 y 62 de nuestra era.

Las cartas de Pablo fueron precisamente eso: cartas, escritas en su mayoría con relación a alguna situación local o temporal. Algo andaba mal en Tesalónica o Corinto, por ejemplo, y Pablo les escribía para corregir la situación. F. C. Grant acierta cuando afirma que "Si hubiera habido teléfono entonces, seguramente Pablo lo habría utilizado. ¡Pero en ese caso jamás

habríamos tenido ninguna carta escrita por él! Cuando Pablo escribía para corregir algo en Tesalónica, Galacia o Corinto, no lo hacía como escritor sino como pastor. Y hay que tomar en cuenta que él escribió mucho antes de la invención de la imprenta

Sus cartas fueron cartas manuscritas pues la máquina de escribir era desconocida: escritas como originales y sin copia, para corregir cuestiones locales y temporales que andaban mal. Ciertamente, Pablo trataba situaciones locales y temporales a la luz de la verdad eterna, pero sus cartas no eran otra cosa que cartas, y nada hay tan temporal, local o pasajero como una carta. Es imprescindible, pues, recordar que nunca tuvo Pablo la intención de publicar sus cartas, como lo entendemos hoy editorialmente.

Trataremos ahora de reconstruir cómo el Nuevo Testamento llegó a ser parte de la Sagrada Escritura. No es algo comprobado, pero se ajusta a los hechos conocidos. Comencemos por precisar que, en su mayor parte, las cartas del Apóstol se guardaban en la iglesia recipiente y sólo allí. No se publicaban como libros sino que se enviaban como cartas. ¿Cómo es que fueron rescatadas, recuperadas y, finalmente, publicadas?

El libro de los Hechos probablemente se publicó por primera vez alrededor del año 90. Por extraño que pudiera parecer, si sólo hubiéramos contado con el libro de los Hechos, jamás nos habríamos enterado de que Pablo había escrito cartas. En los Hechos no se mencionan para nada. Posiblemente lo que aconteció fue que al publicarse los Hechos de los Apóstoles, se comprendió de pronto cuán extraordinario personaje había sido Pablo. Súbitamente Pablo cobró vida y, entonces, cada iglesia que conservaba alguna de sus cartas se dio cuenta del tesoro que tenía. Fue así como se buscaron, se juntaron y coleccionaron sus cartas, para luego compartirlas, con lo que se convirtieron en posesión de toda

la Iglesia, y no simplemente la correspondencia de algunas congregaciones locales. Podemos dar por sentado que lo que reveló la grandeza de Pablo fue la publicación de los Hechos así como lo que inició el movimiento para reunir sus cartas. Hacia el año 90 todavía no se consideraban las cartas de Pablo como parte de las Escrituras, pero constituían ya uno de los tesoros más preciados de la Iglesia

Vemos, pues, que las cartas paulinas fueron escritas entre los años 49 al 62, y que posiblemente se redescubrió toda su grandeza al publicarse el libro de los Hechos en el año 90. Mientras tanto, ¿qué sucedía con el resto del Nuevo Testamento y, especialmente, con los evangelios? Por lo general, las fechas para los evangelios actuales son las siguientes: los años 65 al 70, para San Marcos; del 80 al 90 para Mateo y Lucas, y el año 100 para Juan. ¿Cómo es que tardaron tanto en escribirse y en constituirse en libros canónicos de la Iglesia? ¿Qué fue lo que condujo, en última instancia, a que fueran puestos por escrito.

I. En primer lugar, el cristianismo primitivo surgió en medio de una civilización no literaria. Vino al mundo siglos antes de que se inventara la imprenta, cuando se desconocía la producción masiva de libros de hoy y, por lo tanto, la gente no podía tener ni una idea de lo que todo esto significaba. Tal era especialmente el caso del judaísmo. Los rabinos se oponían terminantemente a escribir sus enseñanzas: "No pongas nada por escrito", decían. La memoria del buen alumno y del buen maestro "es como una cisterna bien emplastada que nunca pierde una sola gota". También es posible que se resistieran a escribir porque pareciera que lo escrito buscara competir con la autoridad de las Escrituras. Por lo tanto. Sólo las Escrituras se mantenían por escrito; cualquier otra enseñanza se transmitía oralmente.

Mishnah es lo que podríamos considerar como los

comentarios y amplificación de las leyes del Antiguo Testamento. Es la aplicación del Antiguo Testamento a casos particulares, y no se puso por escrito hasta el siglo III d.C. Un resumen moderno de la *Mishnah* ocupa algo más de 800 páginas. Los rabinos conservaban todo esto de memoria, pues en el mundo antiguo la palabra escrita no ocupaba el lugar que ahora tiene. Papias, por ejemplo, quien fue uno de los principales recopiladores de información en la iglesia primitiva, escribió: "No creo que lo que proviene de libros pueda serme tan provechoso como lo que procede de la voz viva y permanente". Jamás podría considerarse como literaria la etapa inicial de la Iglesia, a la manera de las etapas que sucedieron a la invención de la imprenta. Al menos en oriente, cuna del cristianismo, era mucho más natural transmitir todo conocimiento y enseñanza oralmente que por escrito.

II. Hay que considerar además el hecho de que el primer impacto del cristianismo fue entre las clases más pobres e incultas. "Mirad, hermanos, nuestra *vocación* -escribe San Pablo a los corintios- que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles" (I Ca. 1:26). Fue entre los pobres, los marginados y los *esclavos*, donde primero causó mayor efecto el evangelio.

A principios del siglo III un filósofo pagano, llamado Celso, acusó al cristianismo de atraer sólo al pobre, al ignorante y al inculto. Decía Celso que la actitud e invitación cristiana era: "Nadie que sea culto se acerque, ni el sabio ni el sensitivo, pues a todos ellos los consideramos malos; pero si hay alguien ignorante, insulso o inculto, si alguien es tonto, acérquese sin temor... es sólo al torpe, al patán al zafío y al esclavo, al niño y a la mujer a quienes quiere, y puede persuadir. La comunidad cristiana primitiva ni leía libros ni los producía.

III Más adelante veremos que existían entonces métodos para producir libros, que renunciaban la producción en masa. ¿Pero qué mercado hubiera habido para las posibles publicaciones cristianas?

Los materiales para escribir no resultaban nada baratos. Se escribía en una sustancia proveniente de la planta del papiro, que se producía en hojas de 25 x 20 cms. La hoja más barata costaba \$ 0.03 dólares / EUA y la de mejor calidad se vendía entre \$0.08 y \$0.10 cada una. Si consideramos que el jornal que se pagaba entonces era de \$ 0.06, comprenderemos que una sola hoja de papiro era más cara que el salario medio promedio. A ese precio, poquísimas personas eran las que podían darse el lujo de comprar todo un libro.

Vimos también en el Capítulo II que copiar libros no era nada barato. Evidentemente el costo de las Escrituras quedaba fuera del alcance de la mayoría de los cristianos, e incluso de las iglesias. Los costos de producción bastaban para impedir el desarrollo de algo equivalente a nuestra literatura cristiana.

IV. En vida de los apóstoles había poca demanda de libros. Los apóstoles y sus asociados inmediatos eran libros vivientes en los que estaba escrito el mensaje cristiano. Por haber sido testigos presenciales, mientras ellos vivieran no habría necesidad de tener libros.

V. Posiblemente el factor que menos estimulaba la producción de libros era la creencia generalizada de que era inminente la Segunda Venida. Basta con leer el capítulo 7 de Primera de Corintios, por ejemplo, en el que Pablo desalienta casamientos en un mundo que, según se creía, se aproximaba rápidamente a su fin. Puesto que la Segunda Venida estaba a la vuelta de la esquina, no había tiempo ni justificación para andar escribiendo libros, pues el fin del mundo podía ocurrir de un momento a otro.

Factores como éstos fueron los que principalmente retardaron el desarrollo de la literatura cristiana. Pero, inevitablemente, llegó un momento en que su función se

volvió algo indispensable.

I. La muerte de los apóstoles y de los demás testigos presenciales puso fin a la época en que el mensaje se pasaba oralmente. Hacia el año 70, del grupo apostólico probablemente sólo Juan quedaba vivo. Había, pues, que asentar los hechos tal y como habían sucedido. Era apenas natural que la palabra escrita ocupara ahora el lugar de "la voz viva y permanente:". Eusebio cita el relato de Ireneo de cómo se escribieron los evangelios. Según Ireneo, después de la muerte de Pedro y Pablo, "Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, nos transmitió por escrito aquellas cosas que Pedro había predicado; y Lucas, auxiliar de Pablo, registró en un libro el evangelio que Pablo había declarado ".5. Lo escrito habría de ocupar ahora el lugar de la voz viva. La época de los testigos presenciales era cosa del pasado; ahora comenzaba la de la página escrita.

II. Cuando el cristianismo traspuso las fronteras de Palestina, y particularmente al hacer contacto con la cultura y civilización romana, penetró en una sociedad literaria, donde el libro era parte de la vida. Había en Roma librerías en cuyos pilares se anunciaban los libros más recientes. Estas librerías también servían como centros de reunión de la sociedad culta. Los editores romanos utilizaban mano de obra de esclavos para producir sus libros empleando hasta cincuenta o cien esclavos para tomar dictado simultáneo. Desde luego, no faltaban los errores, pero este dictado en masa permitía copiar y producir libros más baratos y con mayor rapidez. Por ejemplo, el primer libro de Marcial constaba de 119 epigramas en unas 700 líneas de verso; copiado de esta manera se vendía en cinco denarios, unos \$ 0.40 dólares / EUA. Tan pronto como el cristianismo salió de Palestina para insertarse en el mundo de la cultura y de la literatura, se encontró en un ambiente acostumbrado a los libros, donde pronto el relato cristiano también habría de escribirse.

III. El cristianismo fue desde sus inicios una religión misionera. Y teniendo a todo un mundo por evangelizar, obviamente los misioneros no podían permanecer por mucho tiempo en el mismo lugar. Por lo tanto, necesitaban dejar a los nuevos conversos en cada lugar una constancia escrita del mensaje que les habían comunicado. Y la tarea del misionero, hasta el día de hoy, sigue siendo primordialmente la de producir constancia escrita del relato cristiano aun cuando esto implica la creación de un nuevo alfabeto. Una religión misionera está casi obligada a convertirse en religión literaria.

IV. A medida que la Iglesia fue creciendo y desarrollándose también fueron llegando personas con ideas extrañas y hasta peligrosas. Dicho de otra manera, no tardaron en surgir las herejías. En tal situación, era indispensable que la Iglesia contara con un libro "oficial" que uniformara el relato de la vida y enseñanzas de Jesús. Esto lo proveyó el Nuevo Testamento y especialmente los evangelios.

V. Vimos ya cómo la supuesta inminencia de la Segunda Venida retardó la aparición de la literatura cristiana. Pero al no efectuarse tal acontecimiento, la Iglesia comenzó a ver que se encontraba en una situación más o menos permanente en la cual lo escrito tenía una razón de ser y era verdadera necesidad.

La producción de material escrito se convirtió en necesidad natural de la Iglesia.

Llegados a este punto en la reflexión sobre los evangelios, surge una pregunta. Vimos ya que hubo considerable demora en la aparición del evangelio escrito. Jesús había sido muerto alrededor del año 30, y el primer evangelio escrito no salió a la luz hasta los años 65 ó 70 aproximadamente. Así pues, ¿qué sucedió durante esos treinta y cinco, o cuarenta años en que no había escritos sobre la vida y enseñanzas de Jesús? ¿Será que durante ese tiempo el relato de la vida y enseñanzas de

Jesús fue perdiendo en exactitud y ganando en exageración? Esta es una pregunta natural, a la luz de nuestro siglo; pero en el siglo 1 las cosas eran diferentes.

Por principio de cuentas, la memoria de los antiguos era mucho más retentiva que la nuestra. Tenía que serlo. Podría afirmarse que la página impresa, particularmente la del libro barato o fácilmente asequible, ha tendido a eliminar la retentiva mnemónica. La persona que en la antigüedad quería retener alguna historia o hechos precisos, no tenía más remedio que memorizarlos, pues los libros eran escasos y caros. Jenofonte cuenta que Nicerato decía: "Mi padre ansiaba verme crecer como hombre de bien, y a este fin me obligó a memorizar todo Homero de modo que aún hoy soy capaz de repetir, de memoria, toda la *Ilíada* y la *Odisea*". Las obras citadas contienen 24-libros cada una con promedio de unas 500 líneas por libro. Tal hazaña retentiva era algo que los jóvenes griegos cultos realizaban como parte de su educación. Si en la actualidad queremos disfrutar de algún pasaje o referirnos a él, lo buscamos en un libro; antes, cuando había pocos libros o no existían, todo se almacenaba en la memoria. En una época en que la memoria era portentosa, no había peligro de que los conocimientos se olvidaran o se distorsionaran.

Pero simultáneamente operaba un proceso, corolario inevitable de toda memoria retentiva: lo que se memoriza tiende a estereotiparse. El mismo relato tiende a repetirse de manera idéntica, lo que se observa en el modo que tienen los niños de apreciar los cuentos. Cuando al niño le gusta un cuento, siempre hay que repetírselo de la misma manera, pues no acepta desviaciones en el relato que conoce y ama.

De la misma manera, los evangelios fueron adquiriendo ciertas formas estereotipadas. Lo que en tiempos recientes originó un método de estudiar los evangelios que se denominó Crítica de las Formas Literarias. Su objetivo es

descubrir en qué forma circuló la tradición cristiana antes de que se escribieran los evangelios. Los eruditos han llegado a identificar cinco formas diferentes en que los relatos evangélicos reflejan estereotipo.

I. En primer lugar encontramos los llamados paradigmas, apotegmas o historias declarativas. Se trata de fragmentos de la tradición, cuya razón de ser es la de preservar algún dicho de Jesús. Aquí la historia es secundaria, los detalles son escasos y todo lo que importa es lo que Jesús dijo. Veamos dos ejemplos. El relato en Marcos 2:23-28 existe solamente para enmarcar la expresión de Jesús: "El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el Hombre por causa del día de reposo. Por tanto el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo". El relato en Mateo 9:10-13 existe para preservar el apotegma de Jesús: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores". Tales relatos no existen por el relato mismo, sino por el paradigma o expresión central que contienen. La expresión viene a ser una joya engarzada en el relato.

II. Hay relatos llamados cuentos cortos (del alemán *Novellen*) que hablan de alguna sanidad efectuada por Jesús. Todos ellos siguen el mismo formato. Comienzan con una declaración acerca de la enfermedad, siguen con el relato de la curación, y terminan refiriéndose a las consecuencias de la curación. Un ejemplo sencillo es el relato de la curación de la suegra de Pedro (Mr 1 :29-31): (1) Se identifica el mal: "la suegra de Simón estaba acostada con fiebre"; (2) se relata la curación: "Entonces él se acercó, y la tomó de la mano y la levantó; e inmediatamente la dejó la fiebre"; (3) consecuencia o resultado: "Y ella les servía".

Casi todos los relatos de los milagros de Jesús muestran este orden. Así fue como el estilo de la narración quedó estereotipado antes de que fuera escrita.

III. Se encuentran dichos epigramáticos y memorables de Jesús que carecen de contexto. Todas las historias declarativas surgen de algún incidente: los dichos son sentencias o frases sueltas de Jesús. Casi la totalidad del Sermón del Monte está formado de tales dichos.

IV. Llegamos a dos palabras que aplicamos en sentido técnico. La primera de ellas es *leyenda* que, en este sentido, no pone en tela de juicio la historicidad del evento a que se refiere. La leyenda es un relato que se refiere a algún personaje o lugar que se considere santo o destacado, y que se cuenta con propósitos morales o religiosos. En este sentido, técnicamente los relatos sobre el nacimiento e infancia de Jesús se clasifican como leyendas.

V. La segunda palabra que aplicamos en sentido técnico es la de *mitos*. Recordemos una vez más que el término técnico *mito* no enjuicia la veracidad del relato. Los griegos usaron la palabra *mythos* para referirse a cualquier relato sobre temas celestiales o eternos, narrado en términos de objetos terrenos o temporales. En este sentido, los relatos sobre la tentación y la transfiguración (Mt. 41-11: 17:2-8) se clasifican técnicamente como mitos porque hablan de figuras celestiales y eternas en circunstancias de espacio y tiempo.

Clisés como éstos fueron los que rápidamente se adoptaron para los relatos evangélicos en el período que va de la vida de Jesús, aquí en la tierra, al momento en que los evangelios como los conocemos hoy, fueron escritos. Y algo que no debemos pasar por alto es que estos relatos se repitieron, una y otra vez, en la predicación e instrucción de los recién llegados a la comunidad cristiana. Esto es importante, porque dichos relatos jamás fueron propiedad privada, por así decirlo, sino del dominio público. Si la forma del relato sufría alguna variación, de inmediato la asamblea quería conocer la causa. Los relatos se repetían una y muchas veces, y su exactitud era vigilada tanto por la memoria del relator como por la memoria

de la Iglesia. Así como los relatos no provenían de un solo individuo, tampoco dependían de la memoria de una sola persona. Desde un principio fueron posesión de la comunidad: continuamente se predicaban y enseñaban, y continuamente el pueblo los escuchaba. Cuando los relatos evangélicos se repiten constantemente a individuos y a grupos se reduce grandemente la posibilidad de que sean distorsionados o falsificados. La veracidad de los evangelios no queda garantizada por un solo individuo sino por el testimonio unánime de la Iglesia.

Todo lo cual nos coloca frente a un hecho aun más importante respecto a los evangelios. Primariamente no se trata de documentos fundamentalmente históricos, pues no eran vistos como meras biografías de Jesús. De hecho, constituyeron el material para la predicación de la iglesia primitiva. Del propósito de su evangelio, Juan nos dice: "Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Jn 20:31). No se trata de redactar la vida de Jesús, pues no hallamos en los evangelios muchas características biográficas. Por ejemplo, en ningún evangelio se describe la apariencia física de Jesús, y aun con todos los evangelios no es posible trazar cronológicamente su vida en este mundo.

Se dice que hay dos maneras de escribir una historia. Una, es seguir los acontecimientos cronológicamente, día a día, hora tras hora, evento tras evento, en orden estricto, tratando de abarcarlo todo sin omitir detalle. Otra manera consiste en seleccionar incidentes y episodios que sirvan como ventanas para asomarse a la mente y corazón del personaje descrito. Este último método es el que usaron los redactores de los evangelios. No pretenden seguir a Jesús paso a paso y día tras día. Escogen entre lo que dijo e hizo, para abrirnos escotillas que nos permitan asomarnos a su mente y corazón. La diferencia entre ambos métodos es la que hay entre una foto y un retrato. La fotografía muestra

una reproducción detallada de la persona; en el retrato, el artista capta y hace resaltar algunas de sus características dominantes. La foto reproduce exactamente el aspecto externo; la pintura trata de revelar el carácter íntimo, así como la mente y el corazón

Los evangelios, pues, no son biografías ni fotografías, sino intentos por revelar la mente, el corazón y el carácter de Jesús. Y esto no como algo interesante o como simple contribución histórica, sino para que el lector pueda captar la mente de Dios en Jesucristo. Los evangelios no son meras descripciones de Jesús, sino invitaciones para creer en él como el Hijo de Dios.

Hasta aquí hemos mencionado los evangelios y cuál es su objetivo, y las cartas de Pablo. En el Nuevo Testamento tenemos también las cartas de Santiago y Pedro, Judas y Juan.

Entre los evangelios y las cartas está el libro de los Hechos. Podría decirse que este es el libro más importante del Nuevo Testamento, pues sin él desconoceríamos la historia de la iglesia primitiva, excepto lo que pudiéramos adivinar o deducir de las cartas. Aun si tres de los evangelios se hubieran perdido, con todo, quedaría uno que nos daría algún bosquejo de Jesús. Pero sin Hechos toda la historia inicial de la Iglesia se vería envuelta en densas tinieblas.

De paso, es inapropiado llamar a este libro "Los Hechos de los Apóstoles". Los únicos apóstoles que se mencionan son Santiago, cuya muerte se menciona en una sola frase (12:2); Pedro, Juan (que siempre anda con Pedro y nunca habla), y Pablo. Sería mejor llamarlo "Libro de Hombres Apostólicos" En el manuscrito griego no aparece el artículo "los" ni antes de "Hechos" ni antes de "Apóstoles". El libro no pretende ser un relato completo Lo que hace es abrirnos una serie de ventanas a través de las cuales podemos contemplar eventos

significativos en la historia de la iglesia primitiva

Hechos nos dice tres cosas: En primer lugar, cómo se extendió la Iglesia y cómo, acatando las órdenes de Jesús, su mensaje partió de Jerusalén a toda Judea, a Samaria, y hasta lo último de la tierra (1: 8)

En segundo lugar, nos dice cómo este asombroso movimiento se inició con sólo ciento veinte personas (1: 15), Y cómo todo ello fue obra del Espíritu Santo (1: 8). El primer gran relato nos habla de la venida del Espíritu Santo en el Pentecostés (cap, 2), De allá en adelante, el Espíritu Santo es el que va dictando cada avance de la iglesia cristiana. Fue el Espíritu quien aconsejó a Felipe que se acercara al etíope (8: 29) ; quien indicó a Pedro que recibiera la comisión de parte -de Cornelio (10:19); quien auspició la salida de Pablo y Bernabé, de Antioquía hacia el primer viaje misionero (13 :2); quien guió a la Iglesia para que aceptara en su seno a los gentiles (15: 28) ; Y quien guió los pasos de Pablo desde el Asia Menor hasta Europa (16 :7). En realidad, Hechos es el libro de los hechos del Espíritu Santo.

En tercer lugar, Hechos nos dice cuál fue el mensaje de la iglesia primitiva. Aquí tenemos un resumen de los discursos de Pedro (2:14-36,3: 12-26, 4:8-12,4:24-30); de Esteban (7:2-53), y de Pablo (13: 16-41, 14: 15-17, 17:22-30. Aunque no se trata de reproducciones taquigráficas, no hay razón para dudar que nos dan la sustancia de los sermones a los primeros cristianos. Por ellos nos enteramos de la esencia del mensaje cristiano:

I. Ha amanecido una nueva era, mediante la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

II. La vida entera de Jesús, pero particularmente su muerte y resurrección, son el cumplimiento de la profecía.

III. Cristo regresará para juzgar a vivos y muertos.

IV. Por tanto, hay que arrepentirse y recibir el perdón y el don del Espíritu Santo.

V. Quien no se arrepiente, cosechará las consecuencias de su rechazo.

En estos discursos hay algo de suma importancia para nosotros. Los primeros predicadores nunca dejaban de mencionar la Resurrección. Alguien lo dijo: la Resurrección "fue la estrella en el firmamento del cristianismo primitivo". Y sorprendentemente, en dichos sermones no se establece relación alguna entre la muerte de Jesús y el perdón de los pecados. A la iglesia primitiva le embargaba totalmente la fe proveniente de la Resurrección y de la experiencia en el Espíritu. W. O. Davies lo explica diciendo que todavía no adquiriría plena conciencia de la cruz, o sea, la "crucialidad" (lo decisivo) de la cruz, como la llamó P. T. Forsyth. La interpretación de la cruz llegaría a la Iglesia a través de la mente y corazón portentosos de Pablo.

En el Nuevo Testamento hay un libro -ni evangelio ni carta- que es también uno de los libros más desconcertantes. Lo conocemos como Apocalipsis, o Revelación. Aunque nos resulta tan extraño, y en el Nuevo Testamento es único en su género, sin embargo, era un tipo de libro muy común en la época en que se escribieron los libros del Nuevo Testamento.

Los judíos dividían el tiempo en dos edades: la edad presente tan mala que no puede ser reformada, y que está destinada a la destrucción; en contraste, estaba la edad venidera, la edad dorada -según se creía- cuando todo será como Dios quiso que fuera; cuando los buenos entrarán en su gozo, y los malos serán destruidos. Pero surge la pregunta: ¿Cómo habría una edad de transformarse en la otra? ¿Cómo se transformaría el *mal* de esta edad en la gloria de la edad por venir? En los días del Nuevo Testamento los judíos estaban ya convencidos de que el cambio jamás se realizaría por medios

humanos ni a través de un proceso de reformatión. Sólo podrá efectuarse con la total destrucción de esta edad y el nacimiento de la nueva que sería la Era de Dios. ¿Cómo, entonces, tendría lugar el cambio? Pues el cambio tendría lugar en el Día de] Señor, cuando el mundo *actual* y todo cuanto hay en él se desintegraría y sería destruido, y habría un juicio final, y cuando del caos surgiría un nuevo mundo, que vendrá a ser el mundo de Dios, creado de nuevo para el pueblo de Dios.

Esto dio lugar a toda una serie de libros, cada uno bajo el título de Apocalipsis. Esta palabra significa quitar el velo, revelar. Su propósito era describir los eventos terribles de los últimos días y el terror del juicio, así como la edad de oro que estaba por llegar. Naturalmente que estos libros eran inteligibles sólo para los iniciados que conocían la "clave", ya que describían cosas nunca antes vistas ni oídas y ni siquiera imaginadas. Muchos de estos libros han sobrevivido porque mientras más oscura era la historia de los judíos, y más dura su suerte, y más opresiva su esclavitud y subyugación, con mayor ardor soñaban en la llegada del día en que Dios invadiría la historia, y se efectuaría el dramático cambio y se iniciaría la nueva era.

La mayoría de estos "apocalipsis" son libros judíos, pero el nuestro es un espécimen de literatura apocalíptica cristiana, razón por la cual nos resulta el libro más difícil de entender del Nuevo Testamento. Recordemos, sin embargo, que con sernos tan extraño, éste era un género literario bastante común en tiempos neotestamentarios.

En su formato actual, pues, el Nuevo Testamento se compone de los cuatro evangelios, Hechos, cartas de Pablo, Santiago, Pedro, Juan, Judas y otros, y el Apocalipsis. La mayoría de los expertos concuerdan que se necesitaron unos setenta años para que fuera escrito. Posiblemente el primer libro que se escribió haya sido la carta a los Gálatas, hacia el

año 49, y posiblemente la segunda carta de Pedro haya sido la última, alrededor del año 120. Ya vimos que, después de escrito, el Nuevo Testamento no asumió su forma actual hasta el año 367.

Ahora observaremos algunos hitos prominentes en el camino hacia la integración del Nuevo Testamento. Los grandes pasos hacia la definición del contenido del Nuevo Testamento se dieron como consecuencia de los errores que algunos herejes trataron de introducir en la Iglesia.

El primero de estos fue Marción, opulento armador de Sinope, en el Mar Negro, quien se acercó en Roma por el año 140. Marción era gnóstico, término que deriva de una palabra griega que significa "conocimiento". Los gnósticos eran de los más peligrosos herejes que confrontó la Iglesia. Se proponían explicar la existencia del bien y el mal. Su tesis básica era que desde los tiempos más remotos habían existido dos elementos: la materia y el espíritu; la materia y Dios. Los gnósticos creían que la materia no había sido creada, sino que era una sustancia original que siempre había existido y que había servido de base para la formación del mundo. Esta materia era esencialmente mala, y el Espíritu era esencialmente bueno.

Esto significaba que, desde el principio, el mundo había sido hecho de un material defectuoso. Lo cual explicaba la angustia, el pecado, el sufrimiento y el dolor. El material del mundo era malo. Esto significaba que el Dios verdadero, que es espíritu y todo bueno, no podía haber tocado para nada la materia y, por tanto, no era responsable de la creación. Según los gnósticos, lo que sucedió es que Dios fue colocando una serie de emanaciones, o eones, cada una de ellas más y más distante de Dios. A medida que se alejaban, cada emanación iba quedando más ignorante de Dios, y al final de la escala había una emanación, no sólo ignorante, sino opuesta totalmente a Dios. Precisa mente esta emanación remota,

ignorante de Dios y hostil había creado al mundo. De aquí la creencia gnóstica de que todas las cosas creadas, incluyendo el cuerpo, eran esencialmente malas. Toda materia era mala y sólo el espíritu era bueno.

Pero los gnósticos fueron todavía más allá. Sostenían que el creador, la emanación remota, ignorante y hostil era el Dios del Antiguo Testamento, y que el Dios verdadero, el Dios del Espíritu, es el Dios del Nuevo Testamento. La consecuencia lógica fue que los gnósticos rechazaron completa y totalmente al Antiguo Testamento, por ser el libro del Dios remoto, ignorante y hostil.

Esto implicaba además expurgar el Nuevo Testamento de todas sus referencias al Antiguo Testamento. Así que de todos los libros cristianos, Marción conservó sólo una versión censurada de Lucas. Pero como, al mismo tiempo, para Marción San Pablo era un héroe, conservó las cartas paulinas como sus libros más sagrados, Marción había malinterpretado el ataque de Pablo a la Ley, como un ataque contra el Antiguo Testamento. Así como el Antiguo Testamento constaba de la Ley, los Profetas y los Escritos, el libro "cristiano" de Marción consistía del libro (expurgado) de Lucas y de los escritos del apóstol Pablo. La Iglesia se vio en la necesidad de presentar una respuesta.

El ataque marcionita colocó a la Iglesia ante dos obligaciones. Primera, definir su actitud ante el Antiguo Testamento (el cual Marción descartaba en su totalidad) y, segunda, definir cuáles eran los libros del Nuevo Testamento. La Iglesia no sólo no rechazó, sino que confirmó, su fe en el Antiguo Testamento. También existen indicios de que se dio a la tarea de definir el canon del Nuevo Testamento.

Hay una lista de libros del Nuevo Testamento formulada alrededor del año 170, conocida como el Canon Muratoriano por su descubridor. El principio se encuentra ligeramente

mutilado, pero es fácil de ver cuál era su contenido: los cuatro evangelios (Mateo, Marcos, Lucas y Juan): Hechos de los Apóstoles, las cartas de Pablo en el orden peculiar de: Corintios, Efesios, Filipenses, Colosenses, Gálatas, Tesalonicenses y Romanos a los cuales añade las epístolas pastorales a Timoteo, a Tito y la carta a Filemón. Incluye también la carta de Judas y la primera y segunda cartas de Juan y el Apocalipsis. Cuenta además con la sabiduría de Salomón y, no sin vacilación, con un segundo Apocalipsis, el de Pedro. Una de las sorpresas es que omite la Primera Carta de Pedro. Los demás libros omitidos: Santiago, Segunda de Pedro, Tercera de Juan y Hebreos, que fueron también los que más demoraron en tomar su lugar en el canon del Nuevo Testamento de manera firme e incuestionada. Lo cual nos permite apreciar que, a finales del siglo II, el Nuevo Testamento estaba ya en camino de adoptar su forma definitiva.

Dejaremos de momento la historia de la forma que finalmente tomó el Nuevo Testamento, para referirnos a otra pregunta: ¿cómo terminó el proceso de redacción del Nuevo Testamento? ¿Por qué y cuándo llegó la iglesia cristiana a la conclusión de que no se escribieran más libros para el Nuevo Testamento? O, más precisamente, ¿cuándo y por qué decidió la Iglesia que la lista de libros sagrados estaba ya completa y que más no debían agregarse?

Esto también sucedió por influencia de un hereje. A fines del siglo II apareció en escena un hombre llamado Montano, convencido de que los principios originales de la Iglesia habían descendido de nivel. Recorrió que Jesús había anunciado que el Espíritu vendría a renovar en verdad y poder a la Iglesia. El cuarto evangelio establecía que Jesús había dicho: "Aún tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad;... tomará de lo mío, y os lo hará saber" (Jn. 16: 12-14). Jesús había prometido que

vendría el Espíritu Santo, el Paracleto, el cual desarrollaría y completaría su mensaje, por así decirlo. El caso es que Montano apareció declarando que él era el Paracleto prometido. y que se proponía dar a los hombres la nueva revelación prometida por Jesús.

Lo cual ciertamente fue un problema para la Iglesia que lo resolvió dictaminando que la revelación de Dios ya había sido dada y completada, y que la revelación en su sentido más amplio había terminado. Declaró la Iglesia que ya habían sido escritos todos los libros sagrados que habían de escribirse, y que las Sagradas Escrituras se encontraban completas Como dijera Tertuliano, no sin amargura, quien posteriormente se convirtió al montanismo, que el Espíritu Santo había sido arrinconado dentro de un libro. De todos modos, se declaró clausurado el canon del Nuevo Testamento. La Iglesia opinó que sería cuento de nunca acabar si en cada oportunidad alguien iba a presentarse trayendo una nueva revelación. Debería establecerse una fecha para la revelación total, que juzgaría a todas las demás revelaciones. Se decidió, pues, que había llegado el tiempo de no escribir ya más revelaciones. Esto no significaba que ya no se creyera en el poder revelador del Espíritu Santo. La diferencia estaba en que, durante los primeros tiempos, el Espíritu Santo había capacitado a los hombres para que escribieran los libros sagrados de la religión cristiana; y, en los últimos días, el Espíritu Santo los había capacitado para entender, interpretar y aplicar lo que había sido escrito.

¿Qué requisitos terna que llenar un libro para ingresar a la lista suprema de libros sagrados de la Iglesia? El dilema era si un libro era apostólico o no (escrito por un apóstol o alguien del grupo). Por lo que tocaba a los evangelios, Mateo y Juan fueron escritos por apóstoles; Marcos y Lucas llenaron los requisitos, pues se consideraba que Marcos era discípulo e intérprete de Pedro, mientras que Lucas era considerado como el que había puesto por escrito el evangelio predicado

por Pablo. Por la misma razón terminó por adjudicarse a Pablo la carta a los Hebreos. Era bien sabido que Pablo no había sido precisamente su autor. Como Orígenes lo expresó en frase memorable: "Quien escribió la carta a los Hebreos, sólo Dios lo sabe". Pablo destacó por sus cartas. La carta a los Hebreos era tan valiosa que la Iglesia terna que conservarla como uno de sus libros sagrados. Así que para darle el rango requerido se añadió a las cartas de Pablo.

Existía una buena razón para hacer de la autoridad apostólica la pauta de aceptación de cualquier libro como sagrado y normativo para la Iglesia. El cristianismo es una religión histórica, pues toma su origen y poder de una persona histórica, Jesús de Nazaret. Así que, todo lo que se necesitaba era establecer una cadena ininterrumpida de evidencias que condujera hasta él. El mundo estaba lleno de historias de dioses que morían y resucitaban. La única manera de garantizar que el evangelio no era un relato de tantos, era relacionarlo con un testigo presencial capaz de decir: "Sé que esto es verdad porque lo vi con mis propios ojos".

La insistencia en la autoridad apostólica tuvo una consecuencia interesante. En términos generales, parece extraño que la Iglesia haya conservado cuatro diferentes evangelios, pues esto puede dar lugar a situaciones incómodas. Por ejemplo, el cuarto evangelio consigna el incidente de la limpieza del Templo al principio del ministerio de Jesús, mientras que los otros tres lo tienen al final. El hecho de que haya cuatro evangelios con frecuencia genera problemas de armonización. Alrededor del año 180, alguien llamado Taciano hizo un experimento para armonizar los evangelios en el *Diatessaron*, que literalmente significa "A través de los cuatro". Se los arregló para incluir casi todo usando tijeras y pegamento. Un fragmento del *Diatessaron* dice así:

Era el día de la preparación; y amanecía para el día de reposo (Le. 23: 54), Y al llegar la noche en la preparación, o sea el día anterior al día de reposo (Mt.27:57; Mr.15:42) llegó un hombre que era miembro del concilio (Mt 27:57; Lc. 23:50), y era de Arimatea una ciudad de Judea, cuyo nombre era José (Mt. 27: 57; Le. 23 :50), bueno y justo, que era discípulo de Jesús, sólo que secretamente por temor a los judíos (Mt. 27:57; Le, 23:50; J n. 19: 38). Y esperaba el reino de Dios (Le. 23: 51). Este hombre no había consentido al propósito de ellos (Le. 23: 51).

Cierto, el *Diatessaron* de Taciano no fue redactado muy artísticamente, pero era de esperarse que los cuatro evangelios quedaran entrelazados en una sola narración. Lo cual fue impedido por la aplastante importancia del testimonio apostólico. Los evangelios fueron escritos por apóstoles u hombres apostólicos y, por lo tanto, era de mayor importancia conservarlos tal como estaban que tratar de armonizarlos. Tanto que Ireneo llegó a escribir sobre la existencia de cuatro evangelios: "Tal como el mundo en que vivimos tiene cuatro esquinas y hay cuatro vientos universales, y como la Iglesia está desparramada por toda la tierra, y como el evangelio es pilar y base de la Iglesia y el aliento de vida, era de esperar que tuviera cuatro pilares que respiren inmortalidad por cada lado y reaviven la vida de los hombres. Es pues evidente que el Verbo, arquitecto de todas las cosas, quien está entronizado sobre los querubines y mantiene juntas todas las cosas, habiendo sido manifestado a los hombres, nos dio el evangelio en forma cuádruple, pero manteniéndolo unido por un Espíritu". Así fue como al final se sostuvo que era tan natural que hubiera cuatro evangelios como hay cuatro puntos cardinales.

Fue así como los evangelios y las cartas asumieron su lugar como libros de la Iglesia; y lo confirmaron cuando empezaron a leerse en el culto público de la Iglesia. Con el correr del

tiempo, quedaron establecidos definitivamente al formar parte de cada culto de adoración.

Completaremos nuestro relato agregando otra observación. Hubo un período en que la posición de algunos libros no era muy segura. Dos grandes eruditos de la iglesia primitiva emprendieron investigaciones sobre el contenido de las Escrituras cristianas.

El primero de ellos fue Orígenes quien vivió del año 182 a1251. En su tiempo ya ocupaban lugar indiscutible los cuatro evangelios, las cartas de Pablo, incluyendo Hebreos, Primera de Pedro y de Juan así como el Apocalipsis. Orígenes llegó a suponer que Pedro había dejado otra carta, pero lo dijo como algo de naturaleza dudosa. Conocía la Segunda y Tercera cartas de Juan pero, según Orígenes, no todos las consideraban genuinas. Y jamás menciona a Santiago ni a Judas.

El segundo erudito fue Eusebio de Cesárea, el gran historiador eclesiástico que vivió del 270 al 330. Eusebio agrupó en tres clases los libros de la Iglesia: los aceptados universalmente, los que estaban en disputa y los espurios. Universalmente aceptados eran los cuatro evangelios y los Hechos, las cartas de Pablo, incluyendo Hebreos, I de Juan y I de Pedro. El Apocalipsis estaba entre los aceptados y los disputados. Los libros en disputa eran Santiago, Judas, II de Pedro, y II Y III de Juan. Agregaba que II de Pedro carecía de aceptación general, pero como a tantos había sido de provecho, posiblemente fuera Escritura Sagrada. Agregó que para muchos la carta de Santiago era espuria, y que son pocos los escritores primitivos que la mencionan. La lista de Eusebio era prácticamente idéntica a la de Orígenes.

Llegarnos a la última etapa cuando encontrarnos, por primera vez, los libros del Nuevo Testamento enlistados como los conocemos hoy. Se trata de la carta de Atanasio,

ya mencionada, emitida el Domingo de Resurrección de 367. Corno marca toda una época, vamos a citar el pasaje clave de esa carta:

No debe haber vacilación alguna en volver a citar los libros del Nuevo Testamento pues ellos son: cuatro evangelios, según Mateo, según Marcos, según Lucas y según Juan. Están, además, los Hechos de los Apóstoles y las llamadas siete epístolas universales de los apóstoles, como sigue: una de Santiago y dos de Pedro, luego tres de Juan seguidas por una de Judas. Además de lo anterior, hay catorce epístolas del Apóstol Pablo, puestas en el siguiente orden: la primera es a los Romanos, luego dos a los Corintios y después de éstas las epístolas a los Gálatas y luego a los Efesios. Además las epístolas a los Filipenses y a los Colosenses, y dos a los Tesalonicenses y la epístola a los Hebreos. Y en seguida dos cartas a Timoteo y una a Tito, y la última a Filemón. Además, también el Apocalipsis de Juan.

Aquí tenemos por primera vez el Nuevo Testamento tal y como ahora lo conocernos.

Así que para el año de 367 ya se había completado el Nuevo Testamento y el canon quedaba cerrado. Nunca más habría de cambiárselo. Sin embargo, vale la pena ver lo que Lutero tiene que decir sobre este tema. Actualmente las actitudes de los reformadores nos parecen increíblemente libres y radicales. Asumían libertad absoluta respecto al lugar que otorgaban a ciertos libros. Lutero tenía solo una piedra de toque, que expresó con su acostumbrada y vívida violencia:

"Aquello que no enseña a Cristo, no es apostólico", aunque Pedro o Pablo lo hayan dicho. Y, al contrario, aquello que predica a Cristo es apostólico aunque nos venga de Judas, Anás, Herodes o Pilato.

Lutero colocaba en lugar supremo a ciertos libros y a otros en lugar secundario. El Nuevo Testamento cuenta con

veintisiete libros. En la página titular de su propia traducción del Nuevo Testamento, Lutero imprimió y numeró 23 de ellos; luego, al final y en un pequeño grupo aparte, sangrados pero sin numeración alguna colocó a Santiago, Hebreos, Judas y Apocalipsis. Según él, Santiago era "una epístola de paja porque nada se encuentra allí de la naturaleza del evangelio". Enseña la justificación por las obras, en contraposición a Pablo, y nada tiene que decir sobre la vida, muerte y resurrección de Jesús, ni sobre el Espíritu Santo. En tres porciones de Hebreos, en los capítulos 6,10,12 se dice que no puede haber arrepentimiento después del bautismo lo cual, para Lutero, está en flagrante contradicción con las enseñanzas de los evangelios y de Pablo. Judas no le parece más que un extracto de II de Pedro; de hecho está incluida mayormente en I de Pedro. En cuanto a Apocalipsis, Lutero opina: "Considero que no es ni apostólico ni profético... mi espíritu no puede aceptarlo". Y agrega: "Va me guió por los libros que presentan a Cristo puro y claro... Después de todo, en él, Cristo no es ni enseñado ni reconocido".

Los principios de Lutero estaban completamente claros. En su Prefacio al Nuevo Testamento, escribe algo que tenemos que copiar íntegramente:

El Evangelio de Juan y las epístolas de Pablo, especialmente la de Romanos, y la primera epístola de Pedro son verdaderamente el meollo y la médula de todos los libros... En ellos no encuentras la descripción de muchos milagros de Cristo pero sí, descrito magistralmente, hallas cómo la fe en Cristo vence al pecado, a la muerte y al infierno, y nos imparte vida, justicia y salvación. Esta es la verdadera naturaleza del Evangelio... Si tuviera que prescindir de las obras de Cristo, o de su predicación, prescindiría de sus obras antes que de sus enseñanzas, pues las obras no me ayudan pero sus palabras dan vida, como él mismo lo dice... Ahora bien. Juan tiene poco que decir sobre las obras de Cristo, pero mucho sobre su predicación. Por lo

tanto, el Evangelio de Juan es el evangelio único, tierno, genuino y principal, muy por encima y a gran distancia de los otros tres en cuanto a preferencia se refiere. De la misma manera, las epístolas de Pablo y Pedro sobrepasan con mucho a los otros tres evangelios: Mateo, Marcos y Lucas.

En una palabra, el evangelio de Juan y su primera epístola, las epístolas de San Pablo, especialmente Romanos, Gálatas y Efesios, y la primera epístola de Pedro son los libros que te muestran a Cristo y te enseñan todo lo que es necesario y bueno creer, aunque jamás vieras ni oyeras ningún otro libro o doctrina.

Lutero no vacila en trazar distinciones entre los libros del Nuevo Testamento. Deja también claramente establecido que su preferencia es de carácter personal. Al final de su Introducción a Santiago, Lutero escribe: "por lo tanto no puedo ponerlo entre los libros principales, aunque no por eso impediré que alguien lo haga y lo ponga donde mejor le parezca y estime, pues en él hay mucho de bueno".

Para Lutero. Todos los libros del Nuevo Testamento son santos: pero dentro del Nuevo Testamento demarca una especie de Lugar Santísimo, de libros donde se puede hallar a Cristo sobre todas las cosas.

Esta es, pues, la historia de cómo nuestro Nuevo Testamento llegó a ser lo que es. Y aunque para Lutero y otros muchos eruditos hay entre ellos libros más amados y preciosos que otros, durante los últimos mil seiscientos años no se le ha sustraído o agregado ningún otro libro.

CAPITULO IV

LOS APOCRIFOS

Hemos estudiado el desarrollo del Antiguo Testamento y del Nuevo. Pero nos queda por ver otro grupo de libros que constituyen lo que hoy se conoce como Libros Apócrifos¹. Frecuentemente se les publica junto con el Antiguo y el Nuevo Testamento. No podemos decir que sean universalmente reconocidos como parte de la Biblia, tal y como lo son los dos testamentos. Pero tampoco podemos pasarlos por alto, pues para la Iglesia Católica Romana son parte integral de la Biblia y para la Iglesia Anglicana son considerados, al menos, como libros sagrados y provechosos pues forman buena parte del leccionario eclesiástico.

Comencemos por examinar el significado de la palabra "apócrifos", plural que proviene de la palabra griega *apokryphon*, que se aplica a las cosas que hay que conservar secretas y escondidas. La palabra se aplica a tres tipos diferentes de libros, o información.

I. Se aplicaba a libros sumamente difíciles, demasiado santos o demasiado sagrados para el uso común. Como ya vimos, II Esdras (IV de Esdras) 14: 19-48 relata cómo Esdras restauró los libros sagrados que habían sido quemados y destruidos durante el exilio. El relato es legendario pero revela el lugar que ocupaba Esdras en la mentalidad popular y, además, arroja luz sobre el significado original de la palabra *apokryphon*.

Esdras tuvo a su cargo el reescribir la Ley que se había perdido. Se le ordenó que tomara cinco escribas capaces de tomar dictado rápidamente. Salieron a campo abierto donde

Esdras recibió una copa "llena de algo semejante al agua pero de color de fuego". Esdras lo bebió y comenzó a dictar. Y así lo hizo cuarenta días durante los cuales se dictaron y escribieron noventa y cuatro libros. Entonces el Altísimo dijo a Esdras: "Da a conocer los primeros veinticuatro libros y permite que los lean tanto los dignos como los indignos. Pero conserva los setenta libros escritos al último para dárselos a los sabios de entre tu pueblo, pues en ellos está el impulso del entendimiento, la fuente de la sabiduría y el río del conocimiento". Según esto, los veinticuatro libros son el Antiguo Testamento. No se nos dice qué eran los otros libros, pero el caso ilustra el hecho de que por entonces se acostumbraba mantener en secreto algunos libros, los cuales se escondían del pueblo. El significado primario de la palabra *Apócrifos* es *secretos*, o sea demasiado sagrados y elevados para el uso común.

II. Pero actualmente la palabra *Apócrifos* tiene un significado totalmente opuesto. Cuando nos referimos hoy a una historia apócrifa, queremos decir que es ficticia. Un relato apócrifo es lo contrario de una narración verídica. Se aplica a leyendas que se tejen en torno a personajes distinguidos. En este sentido, la palabra *Apócrifos* describe algo más bien negativo que positivo.

III. Pero cuando los libros que ahora nos ocupan son calificados de *Apócrifos* significa que no son para la lectura pública ni para el culto público, aunque nada impide que sean leídos en la intimidad del hogar para la instrucción y el provecho personales. Esta es la acepción más generalizada entre los protestantes de hoy día. La Iglesia Católica se abstiene del todo de calificarlos como Apócrifos, pues los considera total y verdaderamente Escritura Sagrada. Pero la generalidad de las iglesias protestantes los aceptan con la denotación de libros de valor secundario, reconocida mente útiles, pero nunca a la par con los libros que sin discusión son Escritura Sagrada.

Veamos, pues, en primer lugar, qué libros se consideran Apócrifos.

Se trata de catorce o quince libros:

I de Esdras

II de Esdras (también conocido como IV de Esdras)

Tobit

Judit

Adiciones al libro de Ester

Sabiduría de Salomón

Eclesiástico, o Sabiduría de Jesús ben Sirac

Baruc

Carta de Jeremías

Oración de Azarías y Cántico de los Tres Jóvenes

Susana

Bel y el Dragón

Oración de Manasés

I de Macabeos

II de Macabeos

Esta lista abarca 15 libros pero a veces la Carta de Jeremías se incluye en el último capítulo de Baruc, con lo que se reducen a catorce.

Estos quince libros están comprendidos en diversos tipos y clasificaciones.

I. Las adiciones a libros del Antiguo Testamento.

Están las adiciones a Ester. Tal como aparece en el Antiguo Testamento, en este libro no se menciona una sola vez el nombre de Dios ni se cita un solo caso de alguien que ore. Todas las adiciones a Ester, menos una, mencionan el nombre de Dios, y en una de ellas se menciona nueve veces en nueve versículos, mientras que en otras se muestra a Ester y a Mardoqueo haciendo oración. Dichas adiciones fueron diseñadas con el intento de proveer lo que faltaba en el libro original.

La oración de Azarías, el Cántico de los Tres Jóvenes, Susana, y Bel y el Dragón, son adiciones al libro de Daniel. Azarías es el nombre hebreo de Abed-nego, y tanto la Oración como el Cántico se ponen en labios de los tres jóvenes cuando estaban en el ardiente horno de fuego. La oración está considerada como una de las plegarias de alabanza más grandiosas del mundo:

Bendigan al Señor, sol y luna,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, estrellas del cielo,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, todas las lluvias y el rocío,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, todos los vientos,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, fuego y calor,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, frío y calor,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, rocío y escarcha,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, hielo y frío,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, heladas y nieve,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, días y noches,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, luz y oscuridad,
canten en su honor eternamente.
Bendigan al Señor, relámpagos y nubes,
canten en su honor eternamente.
Bendice, tierra, al Señor,
canta en su honor eternamente

(Daniel deuteroconónico 3 :62-74, *Dios habla hoy*).

Las otras dos adiciones a Daniel gozan de prestigio propio. Su propósito es mostrar la sabiduría de Daniel, y son tal vez las

dos historias de detectives más antiguas en la literatura universal. Dorothy Sayers las incluyó al principio de su antología *Omnibus of Crime* (Colección de obras detectivescas), publicada en 1929.

Susana es el relato de una mujer virtuosa. Dos ancianos judíos se apasionan carnalmente por ella. Un día de verano, Susana anuncia a sus dos sirvientas que desea bañarse en el estanque del jardín. Los ancianos se ocultan tras los matorrales y mientras Susana se baña, saltan sobre ella y tratan de seducirla. Pero como ella los rechaza, ellos la amenazan, si no accede a sus deseos, con acusarla de que estaba en el jardín en brazos de su amante. Ante su firmeza, ellos proceden a acusarla, y es declarada culpable, pues los ancianos eran conocidos y respetados. Surge en eso Daniel, quien solicita se efectúe un nuevo juicio, cosa que se le concede. Por separado, Daniel examina a los ancianos, haciéndoles la misma pregunta: "¿Bajo qué clase de árbol vio usted a Susana en brazos de su amante?". El primero contesta: "Debajo de un castaño"; el otro responde: "Debajo de una encina". Con lo que de inmediato se evidencia la falsedad de la historia y Susana sale vindicada. Así que este relato es un ejercicio en careo legal.

En Bel y el Dragón hay dos relatos. Bel era el dios supremo de los babilonios. Pero Daniel insiste ante el rey que Bel es sólo un ídolo sin vida. "¿Cómo es entonces -demanda el rey- que Bel consume la vasta cantidad de comida que se le deja todas las noches en el templo?". Resulta que cada noche se le dejaba en el templo doce fanegas de harina refinada, cuarenta ovejas y 227 litros de vino. Pero Daniel sabía que los sacerdotes temían un acceso subterráneo al templo. Las ofrendas se depositaban ante el altar y se remachaban las puertas hasta el siguiente día, quedando el templo desierto durante la noche. Daniel, pues, procede a cubrir secretamente todo el piso del templo con ceniza fina. Dicho y hecho: a la mañana siguiente la *comida* había desaparecido, y los

sacerdotes demandan la muerte de Daniel. Pero éste llama la atención del rey a las huellas encimadas de hombres, mujeres y niños que aparecen en el piso del templo. De esta manera se descubre el engaño de los sacerdotes y Bel queda desacreditado para siempre.

No cabe duda de que nunca hubo la intención de tomar estos relatos como algo histórico. Un escritor los ha calificado de "novelas moralistas" y aún hoy se encuentran entre los mejores cuentos cortos de la literatura mundial.

II. En esta lista se encuentran dos magníficos relatos. Tobit: la encantadora narración del viaje que emprende Tobías en compañía del ángel Rafael, disfrazado de hombre, y de su perrito. No falta un cruento drama en torno a Judit. En días de peligro para su patria, ésta atraviesa el campo enemigo, engaña a su jefe, el general asirio Holofernes, le hace creer que podrá seducirla, lo embriaga, le corta la cabeza y la lleva a su campamento metida en una bolsa. ¡Una de las escenas más fascinantes del mundo dramático!

¡Tal vez Shakespeare conocía y amaba estos relatos, pues llamó a sus hijas Susana y Judit!

III. Existen dos voluminosas obras didácticas pertenecientes a la llamada Literatura Sapiencial. En este tipo de literatura la palabra Sabiduría no se refiere a la sabiduría filosófica o intelectual, sino al tipo de sabiduría práctica para el bien vivir ante Dios y ante los hombres. La Sabiduría de Salomón fue escrita a fines del primer siglo a.C. o en la alborada del siglo 1 de la era cristiana. Se trata de un libro extenso que contiene algunos pasajes magníficos, de entre los cuales escogemos uno que consuela a quienes están en trance de muerte:

Las almas de los buenos están en las manos de Dios
y el tormento no las alcanzará.

Los insensatos creen que los buenos están muertos;
consideran su muerte como una desgracia,

y como una calamidad el haberse alejado de nosotros.
Pero los buenos están en paz:
aunque a los ojos de los hombres parecían castigados,
abrigaban la esperanza de no tener que morir.
Después de sufrir pequeños castigos
recibirán grandes beneficios,
porque Dios los puso a prueba y los halló dignos de él.
(Sabiduría 3: 1-5, *Dios habla hoy*).

Se atribuye este libro a Salomón, cuyo nombre es supremo en relación con la verdadera sabiduría.

Otro de los grandes libros apócrifos sapienciales se titula la Sabiduría de Jesús ben Sirac, mejor conocido como el Eclesiástico. Fue escrito en hebreo alrededor del 180 a.C. Medio siglo después el nieto del autor lo tradujo al griego, mientras estaba en Egipto.

El Eclesiástico contiene muchos pasajes memorables, el más famoso de los cuales es su sección de alabanza a personajes distinguidos (Capítulos 44-50). Particularmente renombrada es la introducción a dicha sección (44: 1-9a, 14: 15, *Dios habla hoy*):

Voy a hacer el elogio de los hombres buenos,
nuestros antepasados de épocas diversas.
El Altísimo les concedió grandes honores
y los engrandeció desde hace mucho tiempo.
Reyes que dominaron la tierra,
hombres famosos por sus grandes acciones,
consejeros llenos de sabiduría,
profetas que podían verlo todo,
jefes de naciones llenos de prudencia,
gobernantes de visión profunda,
sabios pensadores que escribían libros,
poetas que dedicaban sus noches al estudio,
compositores de canciones, según las normas del arte,
autores que pusieron por escritos sus proverbios ...

hombres ricos y de mucha fuerza,
que vivieron tranquilamente en sus hogares.
Todos ellos recibieron honores de sus contemporáneos
y fueron la gloria de su tiempo.
Algunos dejaron un nombre famoso
que será conservado por sus herederos.
Y hay otros a los que ya nadie recuerda,
que terminaron cuando terminó su vida,
que existieron como si no hubieran existido ...
Sus cuerpos fueron enterrados en paz,
y su fama durará por todas las edades.
La asamblea celebrará su sabiduría,
y el pueblo proclamará su alabanza.

Es precisamente en el Eclesiástico donde se encuentra el famoso tributo a los médicos (38: 1-4, 7, 8,13-14, *Dios habla hoy*):

Respetar al médico por sus servicios,
pues también a él lo instituyó Dios.
El médico recibe de Dios su ciencia,
y del rey recibe su sustento.
Gracias a sus conocimientos, el médico goza de prestigio
y puede presentarse ante los nobles.
Dios hace que la tierra produzca sustancias medicinales,
y el hombre inteligente no debe despreciarlas ...
Con estas sustancias, el médico calma los dolores
y el boticario prepara sus remedios.
Así no desaparecen los seres creados por Dios,
ni falta a los hombres la salud ...
Hay momentos en que el éxito depende de él,
y él también se encomienda a Dios,
para poder acertar en el diagnóstico
y aplicar los remedios eficaces.

Allí mismo se encuentra otro famoso pasaje en que Dios sostiene que sólo el desocupado puede llegar a ser un gran erudito y maestro, y que la sabiduría no está al alcance de los

trabajadores del mundo. Pero habiendo dicho eso, ofrece un alto elogio de los trabajadores (38:31-34, *Dios habla hoy*):

Todos ellos son obreros que trabajan con sus manos,
y cada uno en su oficio es un experto.

Sin ellos no sería posible la vida en sociedad,
nadie viviría ni nadie viajaría.

Sin embargo nadie los invitará a gobernar el pueblo,
ni descollarán en la asamblea.

No forman parte de ningún tribunal,
ni entienden de asuntos de justicia.

No demuestran instrucción ni capacidad para juzgar,
ni entienden de proverbios.

Pero ellos contribuyen a la estabilidad del mundo,
ocupándose en sus trabajos de artesanos.

La Sabiduría de Salomón y el Eclesiástico son dos grandes libros en verdad. La Iglesia los conoció y valoró desde sus inicios, y animó al pueblo de Dios a que los leyera. No son pocos los que gustosamente los incluirían en el canon de las Escrituras.

IV. Entre los Apócrifos hay varios libros que narran acontecimientos históricos. Uno de ellos es 1 Esdras, que viene siendo un repaso de II Crónicas, Esdras y Nehemías. Su único pasaje adicional dio origen al conocido proverbio: "Grande es la verdad y suprema sobre todas las cosas".

Los otros dos libros históricos son I y II de Macabeos. Su importancia estriba en que relatan desde ángulos distintos, la famosa lucha libertaria en que se distinguió Judas Macabeo. Lutero opinaba que 1 Macabeos "no es digno de incluirse entre los libros de las Escrituras".

V. Hay uno de estos libros que podríamos clasificar como libro de oraciones: la Oración de Manasés. Según los historiadores hebreos, Manasés fue uno de los peores monarcas (II R. 21: 1-18; II Cr. 33: 1-20). Reinó durante 55

años y fue hallado culpable de emplear "las prácticas abominables" de los nativos paganos. Levantó altares a Baal, rindió culto a "todo el ejército de los cielos", ofreció a su hijo en sacrificio, y se rodeó de magos y adivinos. También levantó una imagen de Asera en pleno Templo y derramó sangre inocente. Por su causa, los babilonios serían desatados contra Judea, el templo sería destruido y el pueblo llevado en cautiverio en R. 24:3). El cronista relata que el mismo rey estuvo exiliado temporalmente y que los asirios "aprimaron con grillos a Manases, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia". Estando en el cautiverio, Manases se arrepintió de todos sus malos caminos, clamó a Dios, y Dios lo trajo de nuevo a Jerusalén. Dios oyó su plegaria y recibió su petición m Cr. 33:1019). Esta Oración de Manases se supone que fue la que el rey elevó a Dios en la amargura del destierro. El propósito de esta obra de una página es mostrar que aun para un Manasés puede haber perdón, si se arrepiente delante de Dios. He aquí unas líneas de esa plegaria:

He pecado, oh Señor, yo he pecado
y conozco mis transgresiones.
Ardientemente te ruego:
¡Perdónarme, oh Señor, perdóname!
¡No me destruyas en mis transgresiones!
No te enojas para siempre conmigo ni me acarrees
ningún mal:
no me condenes a los abismos de la tierra.
Porque tú, oh Señor, eres el Dios de los que se
arrepienten
Y en mí manifiestas tus bondades
pues, con ser yo tan indigno, tú me salvarás por tu gran
misericordia,
y yo te alabaré continuamente todos los días de mi vida.
Porque todas las huestes celestiales cantan tu alabanza
y tuya es la gloria para siempre. Amén.

Aquí se expresa la confianza de que hasta el peor de los

pecadores puede salvarse a condición de arrepentirse.

VI. Dos de estos libros están dentro de la sucesión profética. El primero de ellos es Baruc, escrito probablemente en el primer siglo de nuestra era, cuya redacción se adjudica a Baruc, secretario de Jeremías (Jeremías 36:4). A veces se añade la Carta de Jeremías como un sexto capítulo de Baruc. Esta carta es una áspera denuncia contra la idolatría. Debe provenir de la época en que los judíos fueron tentados e invitados a compartir la idolatría con sus vecinos. Señala a los artífices fabricantes de ídolos: "Gente que toma el oro y hace coronas para las cabezas de sus dioses, como lo harían para una mozueta amante de andarse adornando". A veces los sacerdotes hurtan el oro que puede gastarse hasta en lupanares. El polvo del templo se acumula sobre los ídolos y hay que sacudirlos y limpiarlos. Sobre ellos se posan los murciélagos, las golondrinas, las aves y los gatos. Para movizarlos hay que cargarlos, pues carecen de pies propios. Si los bajas, se inclinan y caen y hay que volverlos a levantar. "A nadie pueden salvar de la muerte, ni librar al débil del fuerte. No pueden dar vista al ciego, ni ayudar a quien se haya en apuros". Quienes los fabrican son mortales; ¿cómo pueden manufacturar dioses? Si el templo se incendia, los sacerdotes pueden huir pero los dioses sólo pueden quemarse irremediablemente. No valen más que el espantapájaros en el jardín.

En este panfletito se bombardea a la idolatría con un ridículo que sigue siendo efectivo.

VII. Nos resta finalmente un libro apocalíptico: II Esdras, también conocido como IV Esdras. Ya hemos visto que la literatura apocalíptica se refiere a los espantosos días postreros, cuando esta era y toda su maldad serán destruidas, cuando el Día del Señor vendrá y nacerá la nueva era del reino de Dios. Será una era de destrucción y desintegración total. Como hemos visto, dichos libros apocalípticos "describen lo indescriptible" y hablan de cosas nunca antes vistas, oídas o

concebidas por seres humanos. Sólo son inteligibles para los iniciados y, en eso, IV Esdras no es una excepción. A Lutero le pareció tan grotesco que ni siquiera se tomó el trabajo de traducirlo y, en su lenguaje característico, comentó ¡que lo había arrojado al Río Elba!

II Esdras tardó bastante tiempo en ser escrito. El meollo del libro se encuentra en los capítulos 3 al 14, que se supone son siete revelaciones que Esdras recibió en Babilonia. Esta parte fue escrita en arameo, alrededor del año 100 de nuestra era, y luego traducida al griego. De ambas versiones subsisten sólo dos o tres versículos, pues las dos se perdieron. Sólo contamos con la versión latina. Hacia el año 150 de nuestra era, un cristiano anónimo y desconocido añadió los capítulos 1 y 2 en griego. Y en el año 250, otro cristiano desconocido agregó los capítulos 15 y 16. Siempre se supo que algo faltaba entre el 7:35 y el 7:36. En 1874 apareció el texto latino de estos versículos, y se insertó en el texto.

A continuación incluimos un breve ejemplo del Capítulo 5, de las visiones en este extraño libro:

Surge el sol de repente a medianoche
y la luna durante el día.
De la madera manará sangre
y la piedra dejará oír su voz:
las naciones serán atribuladas
y tendremos lluvia de estrellas.

Este es un libro que hoy día tiene poco o nada que decirnos.

Hemos repasado los libros Apócrifos, y ahora debiéramos preguntarnos de dónde proceden y el por qué de su posición dudosa. En respuesta a la primera pregunta, dirernos que los libros Apócrifos aparecen en la versión griega del Antiguo Testamento, conocida como la Septuaginta, pero no en el original hebreo. El Antiguo Testamento se tradujo al griego en

Egipto durante el reinado de Ptolomeo, Filadelfo II, que abarcó del año 285 al de 246 a.C. Egipto era el lugar adecuado para esta traducción porque entonces contaba con más de un millón de judíos, muchos de los cuales jamás habían estado en Palestina. En su mayoría habían olvidado o desconocían totalmente el hebreo, pues sólo conocían el griego.

Usualmente se designa a la Septuaginta con el número romano LXX, que fue el número de sus traductores. La Septuaginta es uno de los libros más importantes del mundo porque puso el Antiguo Testamento al alcance de todos cuando el griego era el idioma universal y sólo unos cuantos sabían hebreo. Con el tiempo, la Septuaginta sirvió de base para verter el Antiguo Testamento al latín, por lo que el primer Antiguo Testamento en latín tuvo el mismo formato de la versión griega. Veamos lo que sucede al alinear los libros del Antiguo Testamento en el orden de aparición en las distintas versiones en hebreo, griego, latín, inglés.

Hebreo	Septuaginta	Latín	Ingles	Casiodoro de Reina
La Ley	Las Leyes	Libros Históricos		
Génesis	Génesis	Génesis	Génesis	Génesis
Éxodo	Éxodo	Éxodo	Éxodo	Éxodo
Levítico	Levítico	Levítico	Levítico	Levítico
Números	Números	Números	Números	Números
Deuteronomio	Deuteronomio	Deuteronomio	Deuteronomio	Deuteronomio
Los Profetas	Las Historias			
Josué	Josué			
Jueces	Jueces			
1 y II Samuel	Rut			
I y II Reyes	I y II Reyes			
Isaías	(=I y II Samuel)			
Jeremías				
Ezequiel				
Oseas				
Joel				
Amós				
Abdías				
Jonás				
Miqueas				
Nahum				
Habacuc				
Sofonías				
Hageo				
Zacarías				
Malaquías				
Los Escritos				
Salmos				
Proverbios				
Job				
C. de Cantares				
Rut				
Lamentaciones				
Eclesiastés				
Esther				
Daniel				
Esdras				
Nehemías				
I y II Crónicas				

De inmediato puede apreciarse la gran diferencia en las listas que provienen del hebreo, griego, latín, inglés (y español) por lo que toca a los libros que contienen o no contienen, así como en cuanto al orden en que se presentan.

Estas listas dejan también claro que la más inclusiva es la de la Septuaginta, o Antiguo Testamento en griego. Incluye libros que ni siquiera se encuentran en los Apócrifos oficiales, por ejemplo III y IV Macabeos, las Odas, y los Salmos de Salomón. ¿Por qué es esto así? Vimos ya que para los judíos palestinos los libros sagrados son veinticuatro libros y nada más; su canon está cerrado. "Si alguien -declaraban los rabíes- recibe más de veinticuatro libros, introduce confusión en su casa". Según la ley judaica, era ilegal cargar cualquier cosa en sábado, y establecía que si se incendiaba una casa, solamente podían sacarse de ella los veinticuatro libros y nada más. Por otra parte, los judíos alejandrinos aplicaban un criterio más amplio, ya que consideraban que todo libro inspirador era inspirado. Así que, al principio, hubo dos versiones del Antiguo Testamento: la versión limitada de los judíos palestinos y la versión inclusiva de los judíos de habla helénica; y los libros adicionales en la versión griega son precisamente los Apócrifos. Y considerando que entonces había más personas que utilizaban el Antiguo Testamento en griego que en hebreo, llegó un momento en que estos libros adicionales fueron ampliamente recibidos.

¿Habremos negado a una etapa en la que hubo dos antiguos testamentos, uno corto, en hebreo, y otro más amplio, en griego? En realidad los libros Apócrifos contienen material abundantísimo. Bruce Metzger lo expresa estadísticamente:

Secciones	Libros	Capítulos	Versículos
Antiguo Testamento	39	929	23,214
Nuevo Testamento	27	260	7,959
Apócrifos	14-15	183	6,081

¿Acaso contarnos con una forma *oficial* del Antiguo Testamento que contiene entre un quinto y un cuarto más material que el del Antiguo Testamento en hebreo?

La respuesta es sí y no. Desde un principio podemos ver que los Apócrifos se encuentran en una posición curiosamente ambigua: ni son completamente Escritura Sagrada, ni tampoco no lo son. Varias cosas deben destacarse:

I. No existe una sola mención de que el canon haya sido ampliado. Aunque los escritores griegos conocieron, amaron y utilizaron los Apócrifos, nunca en momento alguno pusieron en tela de duda el canon hebreo de las Escrituras ni, por asomo, le enlistaron jamás añadido alguno.

II. Los libros que se incluyen en la Septuaginta y los que no se incluyen varían hasta cierto punto. Por ejemplo, IV Esdras no aparece en la Septuaginta pues, como hemos visto, no existe en la versión griega. En algunas versiones aparece la Oración de Manasés y en otras no. Algunos manuscritos de la Septuaginta incluyen III y IV Macabeos, y a veces hasta un Salmo 151. Ni siquiera se ha fijado cuántos son los libros adicionales.

III. Filón, erudito cumbre de los judíos alejandrinos, trató de enlazar el pensamiento judaico con el griego. Filón provenía del área donde nació la Septuaginta, aunque su obra la realizó mucho después, precisamente cuando el Nuevo Testamento comenzaba a tomar forma. Su producción consistió en comentarios y exposición de las Escrituras. Y aunque Filón conocía los Apócrifos y los valoraba, nunca los citó como Escritura Sagrada.

IV. Como todos los escritores neotestamentarios hablaban el griego, tenían como Biblia a la Septuaginta Griega y no al Antiguo Testamento en hebreo. Era la que conocían y citaban; a pesar de ello, nunca citan los libros Apócrifos, y menos como

si tuvieran carácter de Escritura Sagrada.

Todo lo anterior demuestra la peculiar situación intermedia que ocupan los Apócrifos, los cuales eran utilizados y estimados, pero sin que llegaran a ser plenamente considerados como Escritura. También se nota una gran ambivalencia en el empleo de estos libros. En los primeros padres de la Iglesia se nota actitudes encontradas, como era de esperarse. Los eruditos que sabían hebreo -bien pocos y dispersos por entonces- generalmente rechazaban los Apócrifos como Escrituras, mientras que los que sólo entendían griego o latín tenían la tendencia a aceptarlos por haberlos recibido con su Antiguo Testamento.

Por eso hallamos que para Jerónimo -quien se acercó por un tiempo en Palestina para familiarizarse con el hebreo- y para Orígenes, ambos reputados como los intelectuales supremos del mundo antiguo, estaba bien claro que los Apócrifos no eran parte de las Escrituras, mientras que los padres Tertuliano y Agustín, desconocedores del hebreo, los aceptaban como escriturales.

Esta situación, sin embargo, estaba menos clara de lo que parece a primera vista. Después de enlistar los libros del Antiguo Testamento, Jerónimo pudo decir y dijo: "Todo lo que no esté incluido en esta lista debe considerarse apócrifo. Por lo tanto, la Sabiduría, también conocida como de Salomón, el libro de Jesús ben Sirac, así como Judit y Tobit... no están en el canon". Sin embargo, cuando llegó el momento, a petición de los obispos los tradujo e incluyó en la Vulgata, versión de la que fue traductor, y que llegó a ser y sigue siendo la Biblia de la Iglesia Católica Romana. Como erudito, Jerónimo había rechazado los libros Apócrifos, pero como eclesiástico, los aceptó. En cuanto a Agustín, en su obra *De la Doctrina Cristiana* incluyó en el Antiguo Testamento a Judit, Tobit, I y II Macabeos, Eclesiástico y la Sabiduría. Convino con Jerónimo en que no estaban en las Escrituras hebreas y que lógicamente

no debieran incluirse, pero le preocupaba el efecto que podía tener su exclusión en la mente del pueblo común, que por tanto tiempo los había empleado y amado. Para él significaba más la tradición eclesiástica que el criterio del erudito.

Orígenes procedió de manera semejante. Alrededor del año de 240, Julio el Africano, obispo de Emaús en Palestina, discutía con él que puesto que Susana no aparece en la Biblia hebrea, no debía considerársele Escritura Sagrada. Nadie mejor que Orígenes podía saber y aceptar esto como erudito bíblico que era, pero lo refutó aduciendo que la Iglesia Cristiana siempre había aceptado estos tres libros para edificación. Agregó también que la Iglesia no iba a podar sus lecturas para acomodarse a los judíos, y que la tradición inmemorial constituía autoridad suficiente para poder leer los Apócrifos. Orígenes recordó a Julio que la Biblia misma (Dt. 19: 14) ordenaba no quitar los linderos fijados en tiempos pasados. Siempre existió una tensión entre la erudición crítica y la tradición eclesiástica, en la que la tradición siempre salió triunfante.

Rufino estableció una distinción entre libros canónicos y eclesiásticos, y entre éstos últimos incluyó los libros de Sabiduría, Eclesiástico, Tobit, Judit, 1 y II Macabeos. No eran, pues, libros canónicos sino de la Iglesia. Jerónimo llegó a introducir otra distinción más que permaneció por largo tiempo y que sigue aún vigente en algunos lugares. Explicó Jerónimo que Eclesiástico y Sabiduría eran libros que la Iglesia leía "para edificación del pueblo, pero no para probar las doctrinas de la Iglesia".

Hallamos, pues, que durante los primeros siglos los judíos no tuvieron duda alguna: sólo los veinticuatro libros en hebreo debían considerarse Escritura. En el Antiguo Testamento griego había muchos libros más, pero los libros adicionales jamás se tomaron en cuenta al mismo nivel de los libros hebreos. La Iglesia los conocía, los utilizaba, y estimaba y no

los abandonaría, pero no por eso les daría el mismo rango otorgado a los libros hebreos del Antiguo Testamento.

De esta manera llegamos al lugar de los Apócrifos en la Biblia inglesa. En la versión de Wycliffe, que es la más antigua en esa lengua, los Apócrifos se encuentran desparramados por todo el Antiguo Testamento. Se debe a que Wycliffe no tradujo del hebreo sino de la Vulgata Latina, cuya distribución adopta. Pero entre los traductores ingleses hubo otra influencia que pesó mucho más en su ánimo, y que llevó a señalar a los Apócrifos el mismo lugar que ocupan regularmente en las ediciones protestantes de la Biblia. En 1534 Lutero completó la traducción de la Biblia al alemán, y él no se basó en la versión latina sino en la original griega y hebrea. Por eso en la traducción luterana alemana los Apócrifos aparecen en una sección, segregados entre ambos testamentos, bajo el título de Apócrifos, o sea, libros que no están al mismo nivel de las Sagradas Escrituras, pero que son útiles y buenos para ser leídos". Lutero no tradujo I y II Esdras (IV Esdras) y explicó que los había arrojado al Río Elba, y al referirse a ellos en el prefacio a Baruc añadió que "no contienen absolutamente nada que uno no puede encontrar más fácilmente en Esopo y hasta en libros más triviales". La posición que Lutero otorgó a los Apócrifos dentro de la Biblia vino a ser la que luego fue adoptada por las iglesias protestantes. Cuando aparecen en la Biblia inglesa, siempre vienen en sección aparte, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

La primera Biblia inglesa completa fue la de Coverdale en 1535, quien siguió el ejemplo de Lutero con diferencias mínimas. Coverdale imprimió una traducción de I y II Esdras pero sin incluir la Oración de Manases: y en su primera edición colocó a Baruc después de Jeremías. En la de 1537 trasladó a Baruc junto a los demás Apócrifos, y así permaneció en lo sucesivo. Vale la pena reproducir, por interesante, la introducción de Coverdale a los libros Apócrifos.

Estos libros, buen lector, llamados Apócrifos, no tienen entre los doctos la misma reputación que las demás Escrituras... y el principal motivo es este: en ellos se encuentran muchos lugares que parecen repugnantes a la verdad abierta y manifiesta de los otros libros de la Biblia. Sin embargo, no los he puesto juntos con la intención de despreciarlos, o porque los tenga en menos o los considere falsos, pues no soy capaz de comprobarlo. Sin embargo, yo no dudaría de que, si se les cotejara con el resto de la Escritura abierta (habida cuenta del tiempo, lugar y circunstancia en cada caso) no parecerían contradictorios ni haber sido concebidos en falsedad o perversidad. Ciertamente, la cara de un hombre no puede verse tan bien en el agua como en un espejo limpio: ni puede apreciarse tan claramente en agua revuelta o en movimiento, como en el agua tranquila. Estos y muchos otros pasajes oscuros de la Biblia han sido mala mente agitados y mezclados con tantas opiniones humanas, ciegas y codiciosas, al grado que han nublado la vista de los simples de manera tal que, mientras no se les considere en los otros lugares de la Escritura, sólo podrá vérselos a la luz que la codicia quiera verlos. Pero quienquiera que seas tú, que lees las Escrituras, deja que el Espíritu Santo te enseñe, y permite que un texto venga y te explique otro texto. Por lo que toca a sueños, visiones y sentencias oscuras e incomprensibles para ti, encomiéndalos a Dios y no los conviertas en artículos de fe: es decir, no bases en ellos doctrina alguna. Sencillamente déjate guiar por el texto llano, y el Espíritu de Dios (que es su autor) te guiará a toda verdad.

De hecho Coverdale admite el carácter secundario de los Apócrifos, pero al mismo tiempo insiste en que tienen un lugar y valor si se les emplea adecuadamente.

La versión de Thomas Matthew, que apareció en 1537,

marca la siguiente fecha de interés histórico en los Apócrifos ingleses. Matthew continuó la costumbre de colocar los Apócrifos entre ambos testamentos, y se distingue por ser la primera Biblia inglesa que incluye la Oración de Manases. traducida de la Biblia francesa de Olivetano.

Después viene la declaración sobre los Apócrifos que aparece en la Biblia de Ginebra, producida en la capital suiza por reformadores británicos que dejaron su país perseguidos por la Reina María. Estaban dirigidos por William Whittingham, casado con una hermana de Juan Calvino. Se trata de una de las más famosas biblias inglesas, y ni siquiera la aparición de la *Authorised Version* (Versión Autorizada) consiguio desplazarla de momento. Desde su aparición en 1560, hasta 1630, se imprimieron no menos de 200 ediciones de la Biblia de Ginebra, en su totalidad o bien sólo del Nuevo Testamento. Esta fue la Biblia de Shakespeare y de Jhon Bunyan, del ejército de Cromwell y de los Padres Peregrinos. La Biblia de Ginebra vino a ser una de las más destacadas biblias en inglés. Como siempre, incluye a los Apócrifos entre los dos testamentos, aunque con una excepción bien rara. Coloca la Oración de Manases entre II Crónicas y Esdras, y en el Índice se lee: "La Oración de Manases. Apócrifo". Al margen de la misma Oración hay una nota que explica: "Esta Oración no está en el hebreo, sino que se tradujo del griego". No se sabe el motivo por el cual la Oración de Manases recibió un trato diferente al de los demás Apócrifos. La Biblia de Ginebra presenta su propia declaración al respecto:

Estos libros que vienen en orden después de los Profetas y antes del Nuevo Testamento, se llaman Apócrifos: esto es, libros que no se recibieron por consentimiento unánime para ser leídos y explicados públicamente en la Iglesia, ni tampoco han servido para demostrar ningún punto de la religión cristiana, salvo en la medida que tenían el consenso de las demás Escrituras llamadas canónicas para confirmar lo mismo

o, más bien, sobre las que estaban fundadas. Pero fueron recibidos como procedentes de hombres piadosos, para ser leídos en bien del avance y promoción del conocimiento de la historia, y para instrucción en las costumbres piadosas. Tales libros declaran que en todo tiempo Dios ha tenido cuidado especial por su Iglesia y no la dejó enteramente desprovista de maestros y medios para confirmarla en la esperanza del prometido Mesías; y también para testificar que esas calamidades que Dios envió a su Iglesia, fueron de acuerdo con su providencia, que había sido amenazada tanto por sus profetas como por la destrucción de sus enemigos y para prueba de sus hijos.

Al igual que sus predecesores, los traductores de la Biblia de Ginebra consideraron valiosos a los libros Apócrifos, pero valiosos dentro de sus propios límites.

En la Versión Autorizada, los Apócrifos se encuentran sin nota ni comentario, entre ambos testamentos. Se asume que tal es su lugar y no hacen falta explicaciones. Pero Bruce Metzger señala algo digno de mención sobre la Versión Autorizada en relación a los Apócrifos. Las referencias marginales de la Versión Autorizada son relativamente pocas, y en el Antiguo Testamento hay 102 referencias a los Apócrifos y 11 en el Nuevo Testamento. En la Versión Autorizada los Apócrifos son todavía parte integral del todo.

Pareciera como si los Apócrifos se hubieran establecido a manera de apéndice del Antiguo Testamento, y como libros honorables aunque no totalmente inspirados. Pero la situación habría de cambiar. La actitud hacia los Apócrifos siempre fue cuna de emociones encontradas.

Los protestantes se oponían a ellos sobre la base de que la Iglesia Católica era su verdadera propietaria. Mediante ellos, era posible justificar cosas abominables a la fe protestante. Los

reformadores se negaron a aceptarlos, en tanto que pudieran citarse en apoyo de doctrinas que les parecían anatema. Y en términos generales, los Puritanos siempre desconfiaron de documentos que, pretendiendo ser sagrados e inspirados, eran adiciones a las Escrituras.

Valdría la pena, sin embargo, traer a colación una experiencia que relata Juan Bunyan en su autobiografía *Gracia abundante para el primero de los pecadores*. Por el año de 1652, Bunyan atravesó por un período de profundo abatimiento espiritual. "Cierta día -contaba él- después de pasarme muchas semanas oprimido y decaído, estando casi a punto de entregar el espíritu y todas mis esperanzas de volver a recuperar la vida, esta sentencia cayó pesadamente sobre mi espíritu: *Fíjate en las generaciones pasadas y mira: ¿Habría habido alguien que habiendo confiado en el Señor haya quedado decepcionado?* Lo cual aligeró y alentó grandemente mi alma, pues al instante me vino la explicación: *Comienza desde el principio del Génesis y lee hasta terminar el Apocalipsis, y mira si puedes hallar alguien que haya quedado decepcionado después de haber confiado en el Señor*. Así que al regresar a casa tomé la Biblia para ver si podía encontrar ese dicho, sin dudar que lo hallaría, pues lo tenía tan fresco y con tal fuerza y consuelo en mi espíritu que hasta parecía que me hablaba". Continúa diciendo: "Bien, lo busqué sin poder hallarlo (eran los días cuando no había concordancias). Sólo que permanecía en mí... Continué así por más de un año sin poder localizarlo pero, al fin, al asomarme a los libros *Apócrifos*, lo encontré en Eclesiástico 2:10".

¡Parece como si Bunyan casi se disculpara por encontrar algo útil en los Apócrifos! Y sigue narrando: "Esto, en cierto modo, me abrumó al principio, pero como para entonces yo había adquirido una mayor experiencia del amor y la bondad de Dios, ya no llegó a preocuparme tanto. Especialmente cuando consideré que, aunque no estaba en esos textos que llamamos Santos y Canónicos, sin embargo, como esta

sentencia era la suma y sustancia de muchas de las Promesas, era mi deber tomar su consuelo. Y bendigo a Dios por esa palabra porque fue de Dios para mí". "Esa palabra -añade-todavía a veces refulege ante mi rostro" Es una historia significativa, la historia de un hombre casi temeroso de recibir ayuda de los libros Apócrifos.

Así que, al menos en ciertos lugares, avanzaba el oleaje contra los Apócrifos, y los editores comenzaron a imprimir la Biblia sin ellos. Nos damos cuenta de que esto comenzó por cuenta de los editores, pues frecuentemente encontramos los libros Apócrifos anunciados en el Índice pero sin las páginas correspondientes a los Apócrifos, y habiendo saltado la numeración respectiva entre ambos testamentos. Se hizo, pues, difícil hallar una Biblia con los Apócrifos.

La tendencia actual es diferente. En la Introducción a los Apócrifos de la *Revised Standard Version* (Versión Estándar Revisada), en la sentencia final hay una cita de Frank C. Porter: "El interés histórico del hombre moderno... es poner en su verdadero lugar a los Apócrifos como documentos significativos de una era importantísima en la historia religiosa". Y la *New English Bible* (Nueva Biblia Inglesa) incluye una traducción moderna de estos libros. (En español, *Dios habla hoy* hace otro tanto).

Por último, debemos preguntarnos: ¿qué es, entonces, lo que como lectores podemos decir sobre los Apócrifos? En su libro *What Books Belong in the Bible?* (¿Qué libros deben estar en la Biblia v), F. V. Filson lo expresa de manera contundente y convincente, al sostener que los libros Apócrifos no forman parte de las Escrituras. Presenta una serie de argumentos en apoyo de su opinión.

1. Está absolutamente convencido de que jamás hubo la intención de considerarlos como Escritura Sagrada. Nunca existió un canon de la Septuaginta, el Antiguo Testamento

griego, como lo hubo para el Antiguo Testamento hebreo. Nunca se fijó el número de libros añadidos a la Septuaginta, y con bastante frecuencia varió. Los libros agregados nunca, en ningún tiempo, recibieron un lugar oficial como se hizo con los libros del Antiguo Testamento hebreo. Nunca, en ningún tiempo, fueron citados por Jesús. Nunca se citan en los sermones de la iglesia primitiva, por ejemplo en los que se mencionan en los Hechos. Nadie los citó como parte de las Escrituras durante la edad apostólica. El hecho es, simplemente, que dondequiera que se empleaba el hebreo, lo que se consideraba como Escritura era el Antiguo Testamento en hebreo. En la iglesia primitiva nadie afirmó jamás, ni siquiera sugirió, que se hubiesen añadido libros extra al Antiguo Testamento. El lugar que esos libros ocuparon en la Iglesia se debió únicamente al uso y la práctica. Eran utilizados, pero nunca bajo el concepto de autoridad en que se tenía a los libros hebraicos.

II. No existe un período en la historia de la Iglesia, ni siquiera en el período posterior, en que se les haya aceptado unánime e indiscutiblemente, tal y como lo hemos visto en la Iglesia Católica Romana, Siempre hubo duda hacia ellos y una interrogación en su contra. Y no pueden formar parte de las Escrituras de la Iglesia libros cuyo lugar ha sido siempre controvertido.

III. Los Apócrifos nada tienen que añadir al pensamiento religioso ni a la creencia de la Iglesia. En ellos no se encuentra nada que no esté contenido, y contenido mejor, en el Antiguo Testamento. Nada tienen que añadir a los libros que fueron y son aceptados universalmente.

IV. En el caso de los libros del Antiguo Testamento, su inspiración es evidente por sí misma, pero en el caso de los Apócrifos, esto no es así. Como dijera Filson, ya citado: "aceptamos como Escritura al Antiguo Testamento por confesión personal y colectiva de que estos escritos, cuando el

Espíritu Santo los 'hace presentes, nos hablan la palabra indispensable de Dios con poder efectivo". Y esto es precisamente lo que los Apócrifos no hacen. La manera más segura de descubrir el carácter secundario de los Apócrifos es, sencillamente, leyéndolos. Eso permite experimentar la diferencia entre ellos y los libros que sin lugar a duda son Escritura.

El Dr. Filson ni siquiera permite una posición intermedia; "No son la Escritura -afirma él- y no tienen derecho inherente a una posición de transigencia que en la práctica los trate como a las Escrituras, mientras se mantiene la ficción de que carecen de influencia o categoría doctrinal".

Pero aun sosteniendo que los Apócrifos carecen de derecho a ser considerados Escritura Sagrada, dista mucho de que digamos que debemos o podemos descartarlos totalmente. Ellos poseen su propia importancia y lugar.

I. Para comenzar, ocupan un lugar en la literatura. Contienen algunos de los grandes relatos del mundo y forman parte de la literatura universal con la que toda persona culta debe estar familiarizada. Los Apócrifos han ejercido influencia sobre la literatura, el arte y la música.

Bruce Metzger, en el capítulo que titula "*The Pervasive Influence of the Apocrypha*" ("La penetrante influencia de los Apócrifos"), de su libro *Introduction to the Apocrypha* (Introducción a los Apócrifos). Bosqueja la influencia que éstos ejercen en muchas esferas y cita un sorprendente ejemplo de ello. ¡Fueron ciertas expresiones de los Apócrifos lo que impulsó a Colón al "descubrimiento de América"! Un famoso escritor del siglo XV llamado Pierre d'Ailly, reconocido erudito y arzobispo de Cambrai, escribió el libro *Ymago Mundi* (La imagen del mundo), que incluye un capítulo "*De quantitate terrae habitabilis*" ("Sobre la cantidad de tierra habitable"). Basado en II Esdras (IV Esdras) 6:42, 47, 50, 52, el autor

sostiene que seis séptimas partes del globo son tierra firme y sólo una séptima parte es mar. La primera página de esta obra dice así: “En el tercer día tu ordenaste a las aguas que se reuniesen en la séptima parte de la tierra; secaste seis partes de y las conservaste así como algunas de ellas fueran plantadas y cultivadas y fueron de servicio para ti”. Esto permitió a d’Ailly argumentar que, puesto que la tierra es una esfera, y puesto que sólo un séptimo de ella es mar, el océano entre la costa occidental de Europa y la costa oriental de Asia “No puede ser de gran anchura” y con viento favorable pudiera navegarse en pocos días. Esto es exactamente lo que Cristóbal Colón se propuso demostrar. En la biblioteca de Colón había un ejemplar de la obra d’Ailly, anotado de propia mano por el marino genovés. Y esto fue lo que impulsó a Colón a emprender el viaje y lo que finalmente persuadió a los vacilantes soberanos a financiarle su expedición, ¡ya que había un libro sagrado que aseguraba que el mar no cubría más de una séptima parte del planeta y podía ser navegado fácilmente!

II. Los Apócrifos ocupan un lugar en la literatura moral del mundo. Nunca perderá actualidad el consejo mora! que nos brindan Sabiduría y Eclesiástico.

III. Los Apócrifos contienen un material histórico indispensable, por ejemplo, la historia de la lucha de los Macabeos por la liberación de los judíos.

IV. Pero la suprema utilidad de los Apócrifos es que tienden un puente entre el Antiguo y el Nuevo testamentos. En ese puente caben trescientos años, de los cuales sabríamos bien poco de otra manera. Ir del Antiguo al Nuevo Testamento equivale a saltar del siglo XVI al XIX. La gran aplicación de los Apócrifos es que nos proporcionan el ambiente político, cultural, ético y religioso de los contemporáneos de Jesucristo y, por lo tanto, nos ayudan a entender mejor el Nuevo Testamento.

No puede ponerse en tela de duda la importancia que tienen los libros Apócrifos, y ningún estudiante de la Biblia puede darse el lujo de desconocerlos.

CAPITULO V

COMO ESTUDIAR LA BIBLIA

En todo este capítulo daré por hecho que quien desea involucrarse en el estudio bíblico es cristiano o, al menos, quisiera serlo. Tendremos presente a la persona que desea ampliar sus conocimientos y profundizar y enriquecer su vida y experiencia cristianas con el estudio bíblico. Partiremos de la afirmación de Arminio cuando dijo que "La Iglesia es aquella comunidad que reconoce en las Escrituras a la palabra de Dios"

Desde luego que hay que estudiar la Biblia como se hace con cualquier otro libro. Para ello debemos apelar a todo el rigor y el aparejo académico. Debemos acercarnos a la Biblia con la misma disposición de trabajo con que un estudiante se acerca a cualquiera de los grandes libros del mundo.

Pero aquí hay también otro aspecto no menos importante. Ciertamente hay que estudiar la Biblia con los *métodos* con que se estudia cualquier libro cumbre, pero es igualmente cierto que la Biblia no se estudia con el *propósito* con que se estudia cualquier otro libro. El libro ordinario se estudia para buscar información o instrucción, por interés o placer, como libro de texto o como tarea; pero la Biblia fue escrita para que el lector pueda hallar la vida y encontrar a Dios. Aelfrico, uno de los primeros traductores de la Biblia, escribió alrededor del año 1000 de nuestra era, un noble pasaje sobre lo que para él significa la Biblia.

Quienquiera que desee ser uno con Dios debe leer las Sagradas Escrituras una y otra vez, pues cuando oramos hablamos a Dios y leernos la Biblia es Dios quien nos habla. La lectura de la Biblia produce un noble beneficio

al lector: lo hace más sabio al informar su mente y lo conduce de la vanidad del mundo al amor de Dios. La lectura de las Escrituras es en verdad una ocupación honorable y contribuye grandemente a purificar el alma. Pues así como el cuerpo se nutre con el alimento natural, así también lo más sublime del hombre, esto es, su alma, se alimenta con las palabras divinas, según el Salmista: “¡Cuan dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca”. Dichoso, pues, aquel que lee las Escrituras y convierte las palabras en acciones. Todas las Escrituras fueron escritas para nuestra salvación, y por medio de ellas obtenemos el conocimiento de la verdad. El ciego tropieza más que el que tiene vista; de la misma manera, el que ignora los preceptos de las Escrituras ofende más frecuentemente que quién los conoce.

I. Por tanto, lo primero es que el lector acuda reverentemente a la Biblia. Su deber es comenzar la lectura con oración. Lutero decía, acerca de quién estudia las Escrituras, que “su primer deber” es comenzar con una oración de tal naturaleza que Dios, en su gran misericordia, pueda concederle la verdadera comprensión de sus palabras”. El Salmista oraba “Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley” (Sal. 119:18), y bien pudiéramos emplear la oración que muchos de nosotros aprendimos y amamos:

Bendito Señor, tú que hiciste posible que todas las Escrituras fueran escritas para nuestra enseñanza, concede que las oigamos, las leamos y las marquemos, y las aprendamos, y las digiramos de tal manera que, por la paciencia y consuelo de la palabra santa, podamos abrazar y conservar la bendita esperanza de vida eterna que nos has dado en Jesucristo nuestro Señor.

No estaría mal que por un momento consideráramos el concepto que los judíos tenían del Espíritu. Según los judíos, el

Espíritu ejerce una doble acción: trae la verdad de Dios a los hombres, e igualmente importante los capacita para que la reconozcan al verla. Esto significa que el Espíritu que movió a los escritores sagrados a escribir sus libros, es el mismo Espíritu que nos capacita para estudiar e interpretarlos.

Veamos ahora cómo el Espíritu abrió las páginas de la Biblia a uno de los más grandes cristianos de todos los tiempos. En 1545 Lutero relata cómo cuando joven odiaba hasta la palabra misma *justicia*. Para él, esta palabra significaba que Dios, en justicia, siempre está listo para castigar al injusto y al pecador. La palabra le aterraba. Nunca antes pudo comprender la relación que hay entre las dos mitades de Romanos 1:17: “porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por la fe y para fe, como esta escrito: ‘Mas el justo por la fe vivirá.’” Pasaba días y noches meditando en torno a este texto; y entonces comenzó a comprender que la palabra *justicia* significaba que Dios, en su misericordia, justifica al hombre por medio de la fe. Dicho simplemente, comenzó a entender que la justicia de Dios no es la justicia con la que él nos amenaza sino *la justicia que nos ofrece y nos otorga*. Lutero escribe a continuación:

A estas alturas me sentí totalmente renacido y como si hubiera traspasado el portal abierto del paraíso. En un instante el significado total de las Escrituras parecía haber cambiado. Luego repase de memoria las escrituras y reuní analógicos de otras palabras; tales como la obra de Dios, que significa que la obra que Dios realiza en *nosotros*; la virtud de Dios, que significa la virtud mediante la cual *nos* hace poderosos; la sabiduría de Dios, la salvación de Dios, la gloria de Dios. De allí en adelante, mi amor por la dulcísima expresión *justicia de Dios* llegó a ser tan grande como el odio que antes le había profesado. Es así como este pasaje de Pablo se tornó realmente la puerta del Paraíso.

En un deslumbrante destello de luz reveladora, el significado del pasaje brilló sobre Lutero, y el significado lo condujo, no al conocimiento sino al paraíso, al comprender que todo lo que es *de* Dios es *para* quien tiene fe. Estudiar las Escrituras con reverencia conduce a la iluminación mediante la acción continua del Espíritu de Dios.

Veamos otro ejemplo. Lutero y Erasmo fueron dos grandes figuras de la Reforma pero tenían grandes deferencias entre sí. Erasmo era el gramático, el filólogo. Podía identificar el significado de una palabra y desentrañar la gramática de un pasaje, en lo cual era inigualable; pero hasta ahí llegaba. Se negaba a enredarse con la definición teológica. Pero Lutero comenzaba donde Erasmo terminaba. No solo preguntaba ¿Qué significa esto? Sino que agregaba la pregunta ¿qué significa para mí? Erasmo definió el significado de *penitencia*: "un cambio de mentalidad y el reconocimiento del propio pecado, después de haber sufrido un daño y de haber identificado el error". Hasta allí llegó, y de allí prosiguió Lutero, quien dijo, y dijo bien, que tal cambio y reconocimiento no pueden efectuarse "sin cambio en los sentimientos y en el amor". Para poder ver los errores pasados es necesario reorientar antes los propios afectos. De allí partió Lutero para afirmar certeramente que tal cambio de sentimientos y amor sólo puede efectuarse por la gracia de Dios. Nadie puede cambiarse a sí mismo; tiene que hacerlo la gracia. Luego emprendió Lutero el tercer paso y declaró que la penitencia es "una transformación de merite y sentimientos efectuada por la gracia" lo que, añadió, constituye la traducción de *metanoia*, penitencia.

Aquí tenemos, pues, la diferencia, Erasmo tomó la palabra penitencia en la actitud de quien busca definirla para adornar un diccionario: Lutero la tomó en el espíritu de quien quiere hallar la salvación de su propia alma y la de sus semejantes. Ambos son necesarios: el gramático y el teólogo, el filólogo y el evangelista. Pero para verdaderamente estudiar las

Escrituras como cristiano, hay que allegarse a ellas en esa actitud reverente que, por encima de la precisión gramatical, busca y encuentra-la gracia de Dios.

II. La segunda regla para estudiar la Escritura es que resulta mejor hacerlo en comunión con la Iglesia. Esto no significa eliminar el estudio bíblico personal. Pero la Segunda Carta de Pedro lo deja bien claro: "entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada" (H P. 1:20). Para estudiar sabiamente la Escritura, debemos hacerlo dentro de la tradición de la Iglesia.

Sencillamente, esto es también lo más razonable. Nadie comienza a estudiar medicina como si nadie la hubiera estudiado antes de él. Comienza por adentrarse en la sabiduría, los descubrimientos y logros de todos sus antecesores. Si alguien se embarca en el estudio de cualquier rama científica, comienza por aprender lo que hasta ese momento se haya logrado en esa rama. Sería necio y arrogantemente necio por cierto, si al estudiar un pasaje de la Escritura hiciéramos a un lado todo lo que la erudición y la piedad del pasado nos han legado al respecto. Es evidente que todo aprendizaje comienza en una comunidad de aprendizaje, y que el aprendizaje cristiano debe comenzar en la iglesia cristiana. Lutero aseveró que el estudio de la Escritura es posible solamente para el cristiano. Acertadamente sostuvo que para estudiar una obra provechosamente, la experiencia del lector debe corresponder, al menos en cierto grado, con la experiencia del escritor. Estimaba que cualquier comprensión de la Escritura quedaba condicionada a que el estudiante conociera a Cristo, "el sol y la verdad en la Escritura", del cual se habla a través de la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. "Mientras más profundamente se comprenda a Cristo -dijo Schwartz en su *Traducción bíblica*- más profunda será la comprensión de la Escritura". El cristiano estudia las Escrituras tanto porque conoce a Cristo como porque quiere conocerlo más.

Lutero siempre sostuvo que la Vulgata Latina, o sea la Biblia traducida por San Jerónimo, no era una buena traducción porque Jerónimo la tradujo él solo; con lo que había perdido la promesa de Cristo de que, dondequiera que se reúnen dos o tres en su nombre, él está en medio de ellos (Mt. 18:20), El estudio bíblico dentro del compañerismo cristiano es mucho más rico que el que se hace aislado y por sí mismo".

Tenemos, pues, tres principios. Primero, que nadie puede hallar la verdad por sí mismo. Segundo, que ningún esfuerzo humano conduce a nada sin el Espíritu y la gracia de Dios. Tercero, que ninguna conclusión es válida si se llega a ésta al margen de la comunión con la Iglesia.

III. Quien estudie la Biblia debe hacerlo con toda honestidad. Esto es, acudirá a la Biblia para buscar y encontrar la verdad, y no para tratar de demostrar algo sobre lo cual ya tiene una idea propia. Es ya común y casi normal utilizar la Biblia como arsenal de *textos-pretexos* para demostrar la validez de ideas preconcebidas. Puede utilizarse la Biblia para encontrar en ella lo que se quiere encontrar: para oír el eco de la propia voz, en lugar de escuchar la voz de Dios. En cierta ocasión, Tyndale dijo que quienes estudiaban con sacerdotes y monjes llegaban a la Biblia "armados con principios falsos que les impiden entender las Escrituras". Por su parte, Arminio observó que "nada obstruye más la investigación de la verdad que el comprometerse previamente con verdades parciales". Esto quiere decir que ni siquiera Dios puede enseñar a quien se acerca a la Biblia trayendo ya sus propias conclusiones.

En su libro *How to read the Bible* (Cómo leer la Biblia), F. C. Grant relata como un antiguo rabino satirizó cierta vez a su rival diciendo de él: "Cuando el rabí Eliezer predica, lo primero que hace es decir 'Escritura, cállate mientras yo interpreto'." Hugh Pope, en *Versiones inglesas de la Biblia*, menciona a Gardiner cuando dijo que "la Escritura es una flor pura y dulce, de donde las arañas recogen veneno y las abejas miel...

acércate a ella con doctrina sólida y la hallarás confirmada. Ve a ella infectado de opiniones maliciosas, y entonces torcerás su contenido a fin de sostenerlas". Al estudiar la Biblia, asegúrenos de que escuchamos a Dios y no el eco de nuestra propia voz.

IV. Si vamos a acercarnos honestamente a la Escritura, esto implica una cosa: implica especialmente que nos acercaremos *a toda la Escritura*. Haciéndolo con mentalidad selectiva, hasta puede llegarse a sostener posiciones opuestas. Por ejemplo, Eclesiastés 9: 10: "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas: porque en el Seol, a donde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría". Esto puede utilizarse para demostrar que no hay vida más allá de la muerte. 1 Corintios 15:19: "Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres". Este versículo puede emplearse para remover la creencia de una vida después de la muerte, cortando así el nervio vital de la fe cristiana. Si citamos la ley de ojo por ojo y diente por diente, del Antiguo Testamento CEx. 21:24; Lv. 24 :20; Dt. 19 :21), podríamos sostener la aplicación de la pena máxima para los criminales. Por otra parte, podríamos apelar a lo dicho por Cristo sobre volver la otra mejilla y amar a nuestros enemigos (Mt. 5: 39,44) para sostener que ningún castigo retributivo tiene lugar en una sociedad cristiana. Si citamos a Mateo 25 :46: "E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna" podríamos sostener que, después de la muerte, algunos van al gozo eterno y otros al eterno castigo por el juicio de Dios. Pero, apoyados en Juan 12 :32: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo", de la misma manera podríamos sostener que todos se salvan.

El azote, pues, de toda la discusión teológica es la actitud de parcialidad y discriminación para manejar las Escrituras, la cual se asume sólo para citar y mencionar lo que se ajusta al propio punto de vista, o coincide con la posición propia; a la vez que deliberadamente se descarta todo el material del otro punto

de vista. Por eso, argumentando y discutiendo sobre la base de citas de textos bíblicos jamás podrá conseguirse nada.

Al estudiar la Biblia es necesario que apliquemos la totalidad de la Escritura a nuestro problema y pensamiento. Debemos encarar el problema, no a la luz de algún texto o serie de textos, sino a la luz de la mente total y el carácter de Jesucristo, tal y como lo conocernos; así como a la luz de la mente y corazón del Dios que es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Acercarse honestamente a la Biblia es acercarse a la totalidad de ella y no sólo a una selección de ella, según nuestra conveniencia.

V. Aun más, es importante que nuestra entrega al estudio de las Escrituras sea total. Jesús dijo que debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas (Le. 10:27) y así es como debemos estudiar la Biblia.

Siempre ha habido y siempre habrá personas que consciente o inconscientemente, desconecten su mente al comenzar el estudio de las Escrituras. F. C. Grant, en su libro *Cómo leer la Biblia*, narra la experiencia de un amigo suyo. Disertaba éste sobre cómo estudiar el Antiguo Testamento, y como, a veces, éste es difícil de entender. Al terminar la conferencia pidió la palabra una joven atractiva e inteligente, para replicar: "Usted no necesita que alguien le diga cómo leer la Biblia. ¡Ábrala donde quiera, lea tres versículos, ponga en blanco la mente, y el Espíritu Santo hará el resto!" Según ella, no se necesita la inteligencia; lo único necesario para el estudio bíblico es la mente.

Así pues, algunos sospechan fuertemente de la razón humana, o "la prostituta del diablo" de que habla Lutero. Pero Lutero, como tantos otros grandes predicadores, era apasionado, y lleno de entusiasmo y convicción. Tenía la tendencia a enfatizar cierto aspecto de un argumento según

el momento; por lo que casi siempre es inseguro tomar alguna de sus afirmaciones como si fuera algo definitivo, a menos de que se haya comprobado lo opuesto previamente. Lutero puede argumentar correctamente que, para estudiar la Biblia, se necesita tener algo más que el simple intelecto. Sostiene que hay una diferencia entre la sabiduría humana y la sabiduría divina, y que la comprensión de la Palabra de Dios está fuera del alcance del poder y el intelecto humanos. Bien pudo él decir: "Ofrece a Dios tu corazón vacío y te será revelada la verdad".

Lutero puede alegar cabalmente que el intelecto es inadecuado para entender la Palabra de Dios, y que puede ser el mayor estorbo del ser humano. Bastaría con sopesar algunas de sus citas: "La razón es la prostituta del diablo y nada puede hacer aparte de avergonzar y degradar todo lo que Dios hace". La fe hiere de muerte esta razón humana, y con ella mata la bestia que ni el cielo, ni la tierra, ni todas las cosas creadas pueden destruir". "La razón es incapaz de reconocer justamente la deidad de Dios y de atribuírsela como suya, aunque en justicia sólo a él pertenece. La razón sabe que Dios existe. Pero lo que no sabe es a quién llamar propiamente Dios ... Así es como la razón queda ante Dios a la manera del ciego que sigue a su bastón y comete errores garrafales y siempre yerra el blanco, llamando Dios a lo que no es y sin poder llamar Dios a quien sí es". Nadie se ha expresado con más desprecio de la razón humana que Martín Lutero.

Pero hay otro aspecto que, expresado por Lutero, es perfectamente razonable. Ciertamente, las Escrituras fueron dadas por el Espíritu y sólo pueden ser entendidas por el Espíritu. Sólo el autor de las Escrituras es capaz de interpretarlas. "Pero el mensaje del Espíritu se transmite por medio del lenguaje". "Las palabras son vehículos del pensamiento: son como el santuario donde se encuentra la verdad de Dios". Y para hallar el significado de las palabras, para extraer el sentido del tema,

la razón debe aplicar el pensamiento más riguroso, el estudio más intenso, la aplicación más extenuante. Aquí es donde entra la razón humana. Hay que aplicar la razón para entender lo dado del mensaje del Espíritu. Mientras que la devoción capta el mensaje del Espíritu por medio de la gracia, la erudición tendrá que esforzarse por extraer el significado de las palabras en que el mensaje se ha expresado.

Por eso Melancton escribe en su *Encomium Eloquentiae* (El elogio de la elocuencia): "No creo estar equivocado cuando opino que lo santo puede ser escudriñado merced a la destreza del talento humano. Hay algo en lo santo que nadie puede ver jamás, a menos de que se lo muestre Dios: y no se nos puede revelar a Cristo sin que el Espíritu Santo nos enseñe... Pero aparte de la profecía debe conocerse el significado de las palabras, pues en ellas se esconden los misterios divinos como en un santuario. Porque ¿de qué sirve musitar conjuros mágicos que nadie entiende? ¿No equivaldría a tratar de contar una historia a un sordo? La mente humana necesita bregar a fin de entender y comunicar el mensaje del Espíritu. Lutero mismo dijo que las Escrituras enseñan vida eterna y que, precisamente por esta razón, no pueden entenderse sin el Espíritu. Por eso hay que orar para recibir iluminación, dirección y entendimiento. "Pero Dios concederá entendimiento sólo a quién persevera en el estudio de las palabras mismas y medita sobre el significado que les ha conferido el Espíritu Santo".

Así se establece la interacción entre el Espíritu de Dios y la mente humana. El Espíritu ayuda a todo aquel que se esfuerza por ayudarse a sí mismo. Dios no alimenta al hombre como se alimenta a un bebé. Mientras más se aporte a la Biblia, más se recibe de ella. Cuando la gracia y dirección del Espíritu se encuentran en el estudio, la dedicación intensa y el esfuerzo de una mente consagrada, entonces las Escrituras abren sus tesoros. La persona necesita ofrecerse con toda su mente y corazón a la totalidad de las Escrituras.

VI. Antes de entrar en detalles señalaremos un último punto general sobre nuestra actitud ante las Escrituras. El estudio de las Escrituras tiene como propósito conducir a la acción. Frecuentemente oírnos hablar de círculos de *discusión*; pero si el trabajo de un círculo termina en discusión, algo anda muy mal; debe terminar en acción. J. A. Bengel tenía anotado en su Nuevo Testamento un famoso dístico (poema de 2 líneas) latino:

*Te totum applica ad textum;
Rem totam applica ad te.*

Lo que podría parafrasearse como "Aplicáte todo tú al estudio de la Escritura y luego aplicáte todo el resultado de tu estudio".

Y como señala Lutero, después de todo no estamos tratando con los reglamentos de un libro, sino con los mandamientos de una persona, Jesucristo. Como dijo Lutero a Juan Staupits en una carta: "Porque los mandamientos de Dios adquieren dulzura cuando comprendemos que no sólo son para leerse en libros sino en las heridas del dulcísimo Salvador".

Al estudiar en grupo la palabra de Dios, no debiéramos hacerlo para disfrutar de una placentera discusión, sino para hallar la voluntad de Dios para nosotros y, habiéndola hallado, no debiéramos limitarnos a saber sino también obedecer.

Nos hemos referido a la actitud en el estudio. Pasemos ahora a considerar la técnica de nuestro estudio. Debemos aclarar primero que nuestro propósito, de principio a fin, es el de hallar el significado de la Biblia. Aunque esto suena relativamente fácil, es en este punto donde la tarea de estudiar, frecuentemente se ha complicado y concebido erróneamente.

Los antiguos sabios judíos solían decir que la Escritura tiene cuatro significados. Primero está *Peshat*, que es el simple significado literal! Segundo está *Remez*, el significado por alusión, que es al que llega el estudiante cuando no toma el pasaje como narración simple sino como alegoría Tercero está *Derash*, que significa la aplicación homilética del pasaje una vez que se le ha estudiado con todos los instrumentos al alcance. Y cuarto, está *Sod*, que es el significado íntimo al que sólo puede penetrar el perito espiritual. *Peshat, Remez, Derash, Sod*: las iniciales juntas de estas cuatro palabras es PRDS. En el hebreo no hay vocales, sólo consonantes; las vocales tienen que ser insertadas específicamente. Como las consonantes de la palabra hebraica para Paraíso son PRDS, ¡los antiguos eruditos sostenían que, si un estudiante penetraba totalmente en los cuatro significados, en ese mismo momento estaría en el Paraíso! Pero cometieron el error de descuidar el significado sencillo y literal y se dedicaron totalmente a los significados alegóricos y profundos, y una vez que empezamos a alegorizar las Escrituras podemos hacerlas decir cualquier cosa.

He aquí un ejemplo relativamente sencillo de cómo acostumbraban hacer algunas alegorías. Tomemos el pasaje de Eclesiastés 9:14-15, que dice:

Una pequeña ciudad, y pocos hombres en ella; y viene contra ella un gran rey, y la asedia y levanta contra ella grandes baluartes; y se halla en ella un hombre pobre, sabio, el cual libra a la ciudad con su sabiduría; y nadie se acordaba de aquel hombre pobre.

Esto no es más que una sencilla parábola de cómo la gente olvida lo que por ellos se hace e incurren en ingratitud. Ahora bien, una de las creencias básicas de los judíos es que hay dos naturalezas en el hombre: una buena y otra mala. La naturaleza buena impulsa al hombre a hacer el bien, y la naturaleza mala trata de seducirlo a pecar. Así que los rabinos

alegorizaron esta parábola: "Una pequeña ciudad", esto es el cuerpo. "Pocos hombres en ella", esto son los miembros del cuerpo. "Viene contra ella un gran rey", esto es la naturaleza mala, el impulso malvado. "La asedia y levanta contra ella grandes baluartes", estos son los pecados. "Se halla en ella un hombre pobre, sabio", esta es la naturaleza buena, el impulso bondadoso. "El cual libra a la ciudad con su sabiduría", esto es el arrepentimiento y las buenas obras mediante las cuales los hombres se salvan. "Nadie se acordaba de aquel hombre pobre", porque para entonces domina el impulso malvado y el impulso bondadoso ha sido olvidado. Es así como una sencilla historia de ingratitud se convierte en una complicada alegoría sobre la naturaleza humana.

Durante siglos, los eruditos cristianos actuaron exactamente igual. Los dómines de la Edad Media encerraban en cuatro líneas el cuádruple significado de las Escrituras:

*Litera gesta docet;
Quid credas, allegoria;
Mora lis , quid agat;
Quid speres, anagogia.*

Que podría traducirse así:

Lo literal dice lo que sucedió;
lo alegórico, lo que has de creer;
lo moral, lo que has de hacer;
lo anagógico, lo que has de esperar.

Schwartz en su *Biblical Translation* (Traducción bíblica) lo complementa así: "El sentido literal explica los contenidos históricos; el alegórico aclara los asuntos de fe, revelando la alegoría que se encierra en el texto bíblico; el sentido moral indica las reglas de la conducta humana, y el sentido anagógico trata del futuro a que debes aspirar (la vida venidera)".

El problema ha estado en que frecuentemente los cristianos se han acercado a la Biblia como a una cacería de significados ocultos, y así se han achacado significados místicos a relatos simples. Los griegos hicieron lo mismo con Homero, mucho antes de que los judíos comenzaran a hacerlo con el Antiguo Testamento. Consideremos, por ejemplo, lo que hacían los griegos con su dios Hermes. Primero les dio por decir que *Hermes* provenía del verbo *erein*, hablar. Luego agregaron que no había que considerar a Hermes como persona sino como símbolo, como alegoría del poder de la palabra. Sobre esa base pasaron a explicar las varias maneras en que Hermes puede ser descrito. Se le llama el *conductor*, porque la palabra *conduce* los pensamientos del hombre al alma de su prójimo. Se le representa con pies *alados* para figurar las *palabras aladas*. Se le llama el *guía de las almas* porque las palabras llevan consuelo al alma. Se le llama *el despertador del sueño* porque las palabras mueven al hombre a la acción. Lleva una vara con serpientes enroscadas que representan las naturalezas salvajes que son domadas por las palabras". Así fue como el dios Hermes fue convertido en alegoría del poder de la palabra.

Es lo mismo que acostumbraban hacer los judíos. Convirtieron a Sara y Agar en los símbolos de la verdadera sabiduría y de la filosofía pagana. La mujer de Lot simbolizaba para ellos el apego del alma a las cosas mundanas, lo cual produce ceguera hacia Dios y su verdad.

Es obvio que, si se toma así las Escrituras, se puede hacerlas decir casi cualquier cosa. El ejemplo más notorio de esto es la interpretación que San Agustín hace de la parábola del Buen Samaritano y que C. H. Dodd cita en su libro *Parables of the Kingdom* (Parábolas del Reino)

Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, el cual simboliza a Adán; *Jerusalén* es la celestial ciudad de paz y de cuya bienaventuranza Adán cayó: *Jericó* significa la

luna y ejemplifica nuestra mortalidad porque nace, crece, mengua y muere. *Los ladrones* son el diablo y sus ángeles. *Los cuales le despojaron* de su inmortalidad, *dejándole medio muerto*, pues un hombre vive mientras puede entender y conocer a Dios, y está muerto en tanto que el pecado lo consume y oprime, y por lo tanto se le considera *medio muerto*. *El sacerdote y el levita* que lo vieron y pasaron de largo, representan el sacerdocio y ministerio del Antiguo Testamento, que en nada aprovechan para la salvación. *Samaritano* puede tener la derivación hebraica de *guardián* que a su vez es un significado del Señor mismo. *Vendió sus heridas* indica la sujeción del pecado. *El aceite* es el consuelo de una buena esperanza, y el *vino* es la exhortación a laborar con espíritu fervoroso. *La cabalgadura* es la carne en que Cristo llegó hasta nosotros. *Poniéndole en su cabalgadura* es la fe en la encarnación de Cristo. El *mesón* es la Iglesia, que es donde los viajeros hallan refrigerio en su peregrinación de regreso al hogar celestial. *Otro día* es después de la Resurrección del Señor. *Los dos denarios* son los dos preceptos de amor o, posiblemente, los dos sacramentos. El *mesonero* es el Apóstol Pablo. La *promesa que hace de pagar todo lo que gaste* es, o su consejo de celibato o el hecho de que trabajó con sus propias manos para no convertirse en carga de sus hermanos.

Si tal fuera el verdadero significado de esta parábola no podría esperarse que una persona ordinaria lo descubriera jamás por sí misma; resulta asimismo evidente que prácticamente no hay límite a la cantidad de interpretaciones que podrían sacarse de las Escrituras.

En la Carta de Bernabé 9: 7 -9, se halla otro caso de los extremos a que se puede llegar con la alegorización. Bernabé parte del pasaje en Génesis 17:23, 27. Aprendemos allí el origen de la circuncisión y que Abraham circuncidó a todos los

varones de su casa. Cotejándolo con Génesis 14: 14 podríamos inferir que se trata de *trescientos dieciocho* varones en total. En la Septuaginta, que es la versión que emplea Bernabé, la cantidad 318 se expresa en el orden *dieciocho hombres y trescientos*. Pues bien, en griego las cantidades no se expresan con números sino con letras del alfabeto, que es como si en español la A fuera igual a 1, la B igual a 2, y así sucesivamente. Ahora bien, en griego las letras para *dieciocho* son la *iota*, I, que equivale a 10, y *eta*, la E larga griega, que equivale a 8. Es decir, que 18 es *IE* que, evidentemente, son las dos primeras letras del nombre *IESUS*, Jesús. La letra griega para 300 es *tau*, T, que tiene la forma de una cruz romana, como aquella en la que Cristo fue sacrificado. Así pues, Bernabé interpreta *trescientos dieciocho* como *IE*, que representa a Jesús, y la *T* como símbolo de la cruz: por tanto, cuando Abraham efectuó la primera circuncisión, lo hizo "mirando anticipadamente al espíritu de Jesús".

Este es un método desastroso para interpretar las Escrituras, y debiéramos evitarlo a toda costa. El significado que buscamos es el que tuvo originalmente para el escritor y no el que ingenios subsecuentes pusieron más tarde en el texto. Hasta hoy los predicadores apelan a la alegoría, aunque ciertamente no con la desviada ingenuidad de los antiguos intérpretes, sino de manera más restringida. Aun el renombrado predicador James S. Stewart, en su libro de sermones *The Cates of New Life* (Portales a la nueva vida) tiene un sermón basado en Hechos 27 : 29: "Y temiendo dar en escollos, echaron cuatro anclas por la popa, y ansiaban que se hiciese de día". Titula su sermón "Las anclas del alma". Llega a decir que cada alma debe tener cuatro anclas: la de esperanza, la del deber, la de la oración, y la cruz de Cristo. Veamos cómo una simple maniobra marina en medio de un temporal, se ha transformado en una alegoría de los apoyos del alma en la tempestad de la vida. El empleo de tal método, aun si lo usa predicador tan eminente, nos parece totalmente injustificado. Nuestro propósito debe ser buscar el significado

bíblico original.

Si nuestra tarea fundamental es la de averiguar el significado de las Escrituras, entonces debemos comenzar por estudiar las palabras. Daremos sólo dos ilustraciones sobre lo inspirador que puede resultar el estudio de las palabras.

Pablo menciona tres veces las *arras del Espíritu*. La palabra original para arras es *arrabón*, que forma parte del vocabulario comercial y de negocios. Un *arrabón* era parte del precio de compra o del precio contratado que se pagaba por adelantado en garantía del pago restante. Si una mujer vendía una vaca, recibía un *arrabón* suficiente como garantía de que se le pagaría el resto. O alguien contrataba a un exterminador de ratones. Los roedores causaban estragos en los viñedos durante la cosecha, así que el dueño del viñedo adelantaba al mata-ratas una cantidad como *arrabón* para que de inmediato se dedicara a exterminar la plaga. Si para la fiesta de la aldea se contrataba a un grupo de crotalistas, de inmediato recibían su *arrabón* que garantizaba el pago total después de su actuación. El *arrabón* era el anticipo del precio total que garantizaba el pago completo. En este sentido Pablo habla del Espíritu Santo como el *arrabón* de Dios. Es decir, para el cristiano el don del Espíritu Santo es el anticipo de la vida celestial y la garantía de que algún día esta vida llegará en toda su plenitud.

Frecuentemente al Espíritu Santo se le llama el Consolador. En la Versión Autorizada (inglesa) el Evangelio de Juan (14:16,26; 15:26; 16:7) se emplea el título del Consolador para describir al Espíritu Santo. Sin embargo, pocas cosas hay que hayan limitado y truncado tanto la comprensión de la verdadera obra del Espíritu Santo como el uso consistente de la palabra Consolador. En griego, la palabra es *Partiklétos*, que a veces se translitera directamente como Paracleto hasta en nuestros himnos. Esta palabra griega *Paráklétos* significa literalmente *alguien que ha sido llamado al lado de alguien*

más. En griego siempre se decide el significado de la palabra según el propósito para el cual ha sido llamada la persona. Puede significar alguien que es llamado a presentar evidencia para la defensa, un testigo a favor. Puede significar alguien llamado a defender la causa de uno, un abogado defensor. Puede significar alguien que ha sido llamado para proporcionar ayuda médica, un doctor. Se emplea para describir a alguien que arenga a un ejército deprimido y sin espíritu de lucha quien, por sus palabras y el impacto de su personalidad, le inyecta nuevo ánimo y valor.

Estos ejemplos nos permiten apreciar que un *paráklétos* es alguien llamado en ayuda de alguien que tiene dificultades para hacer frente a alguna situación. Así que, el Espíritu Santo es la persona a través de la cual llega a nosotros la gracia y fortaleza de Dios y que nos capacita para hacerle frente a la vida. Ciertamente, parte de su trabajo es consolar, pero sólo una parte. Llamar Consolador al Espíritu Santo y limitarse a eso es tener una perspectiva limitada y sentimentaloides del Espíritu, mientras que en el original la palabra está llena de poder y de la promesa de la habilidad dada por Dios para confrontar y dominar cualquier circunstancia de la vida.

¿Cómo, pues, se introdujo la palabra *Comforter* (Consolador) en la traducción inglesa de la Biblia? La introdujo Wycliffe alrededor de 1586 y allí quedó desde entonces. Sólo que en los tiempos de Wycliffe era una traducción perfecta. La palabra *comfort* se deriva del latín *fortis*, valiente, y originalmente significa alguien que inyecta valor. Tomando dos ejemplos de la aplicación de esta palabra por Wycliffe encontrarnos Efesios 6: 10 que traduce al inglés: "*Be ye comforted in the Lord*" (Confortaos en el Señor) y en 1 Timoteo 1: 12 lo vierte "I do thankings to him who comforted me" (Doy gracias a aquel que me confortó). En ambos casos la palabra griega es *endunamoun*, cuya raíz es *dunamis*, poder, de donde proviene la palabra *dinamita*. En tiempos de Wycliffe, *confortar* a una persona significaba llenarla con un

poder como de dinamita espiritual. El Espíritu Santo no viene a enjugar nuestras lágrimas sino que nos proporciona poder dinámico para enfrentarnos a la vida.

Así que, el primer paso en la técnica de estudio bíblico consiste en asegurarse del significado del pasaje en estudio: a partir de la investigación del significado de las palabras. Idealmente, esto significa que el grupo de estudio bíblico debe ser guiado por alguien que conozca el hebreo y el griego. Lo cual sería imposible. En su defecto, el grupo debiera tener acceso a alguien con tales conocimientos. Pero aun esto resulta imposible. Normalmente, el pastor podría ser esta persona, pero los métodos actuales de preparación pastoral no incluyen necesariamente el aprendizaje de las lenguas originales. Así que, probablemente, el grupo tenga que depender de comentarios fundamentados en dichas lenguas"

En nuestra búsqueda por hallar el significado bíblico encontrarnos otra necesidad. Para asegurarnos el significado de cualquier pasaje de las Escrituras, necesitamos emplear alguna traducción contemporánea. La Versión Autorizada (inglesa) siempre será conocida y amada como una de las realizaciones cumbre del idioma, pero existen cuando menos tres razones que la hacen inadecuada para el estudio de hoy.

I. Hay pasajes que han dejado de ser inteligibles a oídos contemporáneos o en los que con el tiempo se han alterado los significados de las palabras. Lo asombroso en una traducción hecha en 1611 no es que tales ejemplos existan en ella, sino que en su totalidad haya tan pocos. Pero aquí hay varios ejemplos al calce":

They fetched a compass (Ellos trazaron un compás) de siete días de camino (II R. 3:9).

De allí trazamos un compás (*we fetched a compass*) llegamos a Regio (Hch. 28:13). Trazar un compás significa recorrer un circuito.

En la Versión Autorizada (inglesa) sobrevive una acepción abandonada y frecuentemente equívoca, de la palabra *prevent* (prevenir).

Ligaduras del Seol me rodearon: me *previnieron* lazos de muerte (Sal. 18:5).

¿Por qué me *previnieron* las rodillas? (Job 3: 12). Y de mañana mi oración te *prevendrá* (Sal. 88: 13).

Los moradores de la tierra de Tema llevaron agua al sediento y *previnieron* con pan al que huía (Is. 21: 14).

En el inglés actual la palabra *prevent* (prevenir) significa estorbar, impedir, detener a alguien que hace algo. En el lenguaje de 1611 significa ir adelante, preceder y por lo tanto reunir o encontrar, pero sin traza de estorbo o prevención en el sentido actual del término.

La palabra *conversation* (conversación) tiene una aplicación todavía más equívoca.

Habéis oído acerca de mi *conversación* en otro tiempo en el judaísmo (Gá.1:13).

Sé ejemplo de los creyentes en palabra, *conversación*, amor (I Ti. 4: 12).

¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena *conversación* sus obras en sabia mansedumbre (Stg. 3: 13).

Sed santos en toda vuestra manera de *conversación* (I P. 1: 15). Teniendo vuestra *conversación* honesta entre los gentiles (I P. 2: 12).

Actualmente, *conversación* es la manera de hablar de una persona, su lenguaje, su pensamiento. Pero *conversación* viene del latín *conversare* que significa subir y bajar, ir y venir, y abarca no sólo al habla sino a la totalidad de la conducta. En los versículos anteriores no se trata de cuidarse al hablar sino

de nuestro comportamiento total, de nuestra vida y conducta. En el último versículo resulta doblemente engañoso pues *honesto* no significa allí decir la verdad. En 1611 *honesto* significaba comúnmente *honorable*. Así que 1 P. 2:12 significaría realmente: "En vuestro contacto con el mundo gentil, ved que vuestra conducta sea siempre honorable".

Queda pues claro que en nuestra búsqueda del significado bíblico necesitamos una versión en lenguaje actual, no del siglo XVII.

II. La Versión Autorizada (inglesa) tiene otra característica digna de mención, que es su lenguaje bellísimo aunque acompañado de cierto arcaísmo. El lenguaje es hermoso pero no del siglo XX, y es precisamente la combinación de belleza y arcaísmo lo que le confiere la solemnidad y dignidad que a muchos es tan cara. Ahora bien, una traducción debiera reproducir no sólo el significado sino también la atmósfera del original.

Por lo que toca al Antiguo Testamento, la atmósfera de la Versión Autorizada (inglesa) es irreprochable, pues el hebreo allí es clásico, de lo mejor. Más por lo que toca al Nuevo Testamento, la situación es muy distinta. El griego neotestamentario es coloquial, del tipo de lenguaje que se habla en las calles durante el siglo 1. No se trata de griego clásico. Ya señalamos que, aunque el Nuevo Testamento perdiera toda su importancia religiosa, todavía le quedaría la primordial importancia de ser el único monumento escrito que existe del griego popular del siglo 1. Lo que significa que mientras más solemne, elegante, bella y arcaica sea una traducción del Nuevo Testamento, peor será la traducción. No debe sonar bella y elegante y solemne y anticuada sino actual y popular, del tipo de lenguaje que se habla en la casa y en la calle, o que se lee en los periódicos. Sería peor una traducción solemne, clásica y arcaica del Nuevo Testamento, pues eso es precisamente lo que no es el lenguaje del Nuevo Testamento griego.

Cualquier traducción del Nuevo Testamento debe hablar a la persona en el lenguaje vernáculo del país; cualquier otra traducción es una mala traducción.

Así que, la Versión Autorizada (inglesa) era apropiada en 1611, pero no hoy. Cuando Lutero se refirió a su propia traducción de la Biblia, afirmó que el traductor no debía traducir para quienes hablaran latín. "Debemos preguntar de esto a la madre en el hogar, a los niños en la calle, al ciudadano común en el mercado; observar cómo mueven la boca cuando hablan, y después hacer nuestra traducción". Lo esencial para un estudio del significado del Nuevo Testamento es emplear una traducción en el lenguaje de nuestra propia generación".

III. El tercer hecho sobre la Versión Autorizada (inglesa) es el más serio de todos. Es obvio que ninguna traducción puede ser mejor que los manuscritos en que se funda. Antes de la invención de la imprenta, los manuscritos se copiaban a mano y con el máximo de cuidados, cada copia manual acarrearba nuevos errores a las copias sucesivas. Por lo tanto, mientras más antiguo sea un manuscrito, mayores posibilidades hay de que sea más correcto. Mientras más cercano esté al original y menos sean las diferencias entre la copia y el original mayor será su precisión. Además, mientras más manuscritos haya disponibles, mayores serán las probabilidades de que en algunos de ellos se preserven los textos originales.

La Versión Autorizada (inglesa) se publicó en 1611. Se tomó de un texto griego, o sea de un Nuevo Testamento que en gran parte fue el de Erasmo revisado por Beza y Estéfano. Dicho texto griego tenía como base un máximo de diez manuscritos griegos, el más antiguo de los cuales databa apenas del siglo X. Esto significa que la Versión Autorizada (inglesa) es traducción de un texto griego del Nuevo Testamento que resulta bastante inadecuado. No fue culpa de los traductores ni de los que recopilaron el texto empleado.

Ellos utilizaron el mejor que había en 1611. Pero desde entonces se ha hecho toda clase de descubrimientos y han aparecido muchos manuscritos desconocidos. En la actualidad contamos con manuscritos procedentes de los siglos tercero y cuarto, los cuales pueden contarse por veintenas y aun por centenares. Es decir, que en el siglo XX se cuenta con centenares de manuscritos que son seis o siete siglos más antiguos que los que sirvieron de base al texto griego de donde se tradujo la Versión Autorizada (inglesa).

Por más que amemos la Versión Autorizada como monumento de prosa inglesa; por más que nuestros corazones descansen en su musicalidad y en sus cadencias; no podemos menos que reconocer que ya no es una traducción adecuada en el siglo XX. Lo cual no significa que dejemos de leerla para propósitos espirituales y devocionales, sino que ya no puede utilizarse adecuadamente como base para el verdadero estudio bíblico. Para estudio (en inglés) sugerirnos emplear la Versión Revisada Estándar o, aún mejor, la Nueva Biblia Inglesa. No hacerlo equivale a cerrar los ojos deliberadamente al nuevo conocimiento de la Palabra que Dios ha puesto a nuestra disposición en nuestra época y para nuestra generación.

Una vez establecido el significado del pasaje, por lo que toca a las palabras mismas, el siguiente paso es colocarlas dentro de un contexto y ambiente. Es imposible entender a una persona sin saber algo de su ambiente y antecedentes. Por ejemplo, no podemos entender por qué alguien es como es, a menos que conozcamos algo de su hogar, sus padres y su formación. Es importante conocer *que* algo sucedió; pero más importante todavía es entender *por qué* sucedió. Para entender esto es necesario conocer el contexto y los antecedentes del evento. Veamos dos ejemplos de esto, uno de aspecto geográfico y otro sobre la vida y las costumbres.

Una de las diferencias supremas entre la antigüedad y la actualidad es la aniquilación de la distancia. Actualmente,

alguien desayuna en Londres y almuerza en Nueva York, a más de 4,800 kilómetros de distancia. Nuestro mundo actual se ha empequeñecido, y sus habitantes llevamos una vida sumamente móvil. En cambio, según lo que sabemos de Jesús, durante toda su vida en Palestina no viajó a más de 160 kilómetros de su casa.

Al leer la historia del niño Samuel (I S. 1 Y 2), parece como si el niño y su madre Ana estuvieran muy alejados. Cada año ella pasa a visitarlo y le lleva la nueva capa que ha tejido para él. Tal parece que Ana emprende toda una expedición y, sin embargo, Ramá donde vivía Ana, está a unos 27 kilómetros de distancia de Silo, que es donde servía el Niño Samuel. O tómese el caso del diluvio, que en Génesis 6 es visto como evento mundial. Mas para el escritor del relato el mundo se reduce a Mesopotamia y el Valle del Éufrates. El antiguo escritor no tenía la menor idea de la existencia de otros continentes como América, África y Australia. Para él, el mundo se limitaba a la pequeña porción que conocía. Y es un hecho histórico indudable que en esa región tuvo lugar un diluvio que destruyó al mundo conocido por el escritor de entonces. Pero no podemos pensar que la palabra *mundo* tuviera para él el mismo significado que el mundo donde 4,800 kilómetros se recorren en una mañana de viaje.

Aun podemos considerar un ejemplo más detallado. En la purificación del templo, que es una de las historias más impresionantes de los evangelios, es amenazante la imagen de un Jesús lívido de ira y con el látigo en la mano. Primero que todo, consideremos el Atrio de los Gentiles que fue donde tuvo lugar este incidente. El templo de Jerusalén constaba de varios atrios y el acceso a cada uno de ellos era cada vez más limitado. Cualquiera podría entrar a este atrio, fuera o no judío. En seguida estaba el Atrio de las Mujeres, más allá del cual ninguna mujer podía pasar. Entre ambos atrios estaba una pared baja en la que había una placa donde se advertía a los gentiles que no debían pasar más adelante, so pena de

muerte instantánea. Tras el Atrio de las Mujeres estaba el de los Israelitas, más allá del cual ningún laico podía pasar. Finalmente estaba el Atrio de los Sacerdotes, donde estaba el gran altar, el candelabro de los siete brazos, la mesa de los panes de la proposición y el altar del incienso, a donde sólo podían entrar los sacerdotes. Al extremo del Atrio de los Sacerdotes estaba el Templo propiamente dicho, el lugar Santo y el Santísimo, donde sólo el Sumo Sacerdote podía entrar, y eso únicamente en el Día del Perdón. Así pues, mientras más cerca se encontraban los atrios del Templo, menos gente podía entrar a ellos. El incidente de la Purificación del Templo tuvo lugar en el área donde los gentiles podían entrar, y que era el único lugar donde podían adorar y orar.

Luego del lugar, consideremos a los personajes involucrados. En primer lugar, los cambistas. Cada varón judío y prosélito debía pagar de impuesto al Templo medio siclo anual, que sería el equivalente de \$ 0.12 dólares / EUA. Las mujeres y los niños estaban exentos. Pero hay que tomar en cuenta que entonces el jornalero percibía diariamente el equivalente a \$ 006 dólares/EUA aproximadamente El impuesto pues, significaba casi dos días de salario, lo que es bastante significativo. Por otra parte, el impuesto del Templo tenía que pagarse en siclos del santuario o siclos galileos. Esto se debía a que eran las únicas monedas que no tenían ninguna efigie real grabada en ellas, lo que para los judíos representaba una imagen idólatra, especialmente si se considera que entonces había tantos monarcas a quienes se rendía culto como a un dios. En Palestina circulaba ordinariamente toda clase de monedas provenientes de Grecia, Roma, Fenicia, Egipto, Siria, etc. El impuesto se pagaba durante la Fiesta de la Pascua que atraía a judíos de todo el mundo quienes venían a celebrar la Pascua y a pagar su impuesto. Los peregrinos traían consigo toda clase de monedas. Era una obligación pagar este impuesto, y en Palestina las autoridades del Templo podían embargar los

bienes de quienes no lo hicieran. Así que los visitantes acudían a los banqueros o cambistas para convertir su dinero a siclos. Los cambistas cobraban un *maah* (equivalente a un centavo y medio estadounidense) pero si la moneda extranjera era por más de medio siclo, entonces le sobrecargaban un *maah* adicional por darle cambio. Recuérdese que el *maah* equivalía a la cuarta parte de un jornal de entonces. Así que el visitante tenía que invertir casi dos días de salario en el pago del impuesto al Templo, y casi otro medio día de sueldo porque le cambiaran sus monedas. Era un despojo colosal en que abiertamente se esquilmbaba a los peregrinos. Anualmente producía ingresos equivalentes a \$ 13,000 Y \$ 15,000 dólares/EUA, que serían sumas millonarias en la actualidad. La riqueza de la tesorería del Templo era tal que cuando Craso, general romano, lo saqueó en el año 54 a.C., se llevó el equivalente a \$4'100,000 dólares/EUA sin dejar exhausta esa riqueza. Tal cantidad tendría una capacidad de compra actual equivalente a cientos de millones de dólares. Los peregrinos, pues, eran víctimas de los cambistas.

También estaban allí los vendedores de palomas. Casi todos los visitantes acudían con alguna ofrenda para el Templo que, para los más pobres, significaba comprar al menos una paloma o un pichón. Los animales para el sacrificio en el Templo debían estar sin mancha ni defecto, lo que era verificado por los inspectores del Templo. Fuera del santuario había tiendas donde se podían comprar las palomas. Pero lo más seguro era que el inspector les encontrara algún defecto y por eso era menos riesgoso comprarlas dentro del Templo mismo, donde ya habían sido revisadas. En las tiendas de afuera se conseguía el par de palomas hasta por el equivalente a \$0.03 dólares/EUA, pero en las del Templo costaban hasta \$ 1.12 dólares/EUA. Desde luego que esto era una estafa mucho más lucrativa, y por eso las tiendas en el Atrio de los Gentiles eran mejor conocidas como el Bazar de Anás.

Ahora podemos comprender mejor el enojo de Jesús. Los

pobres peregrinos estaban siendo explotados, y el único lugar donde los gentiles podían adorar, se había convertido en un mercado oriental, dominado por gritos, ofertas y alegatos. También podemos entender por qué Anás y compañía odiaban a Jesús, pues los había atacado en sus intereses creados. Estos antecedentes muestran la enorme trascendencia de la Purificación del Templo.

Hasta donde sea posible, cada incidente bíblico debiera ser leído a la luz de sus antecedentes, lo que frecuentemente demanda trabajo e investigación para llegar a entender, pero los resultados valen la pena.

Existe otro hecho que con frecuencia juega papel preponderante en nuestra interpretación bíblica, particularmente en referencia al Antiguo Testamento. Para el judío no existían causas secundarias pues, en tiempos del Antiguo Testamento, todo se atribuía a la intervención directa de Dios. Actualmente, por ejemplo, oírnos un trueno y lo explicamos conforme a determinadas condiciones atmosféricas; los judíos se limitaban a decir: "Dios ha tronado" o "Dios ha enviado el trueno". Si alguna plaga destruye la cosecha, lo explicamos por las condiciones del suelo o la acción de las plagas. Los judíos decían: "Dios envió la plaga". El hombre contemporáneo explica las plagas y pestes refiriéndose a las condiciones que las ocasionaron. El judío decía: "Dios envió la plaga, la peste".

Un ejemplo vívido de esto lo encontraremos en II R. 19:35,36, que se refiere a la invasión de Palestina por Senaquerib, rey de Asiria, quien por entonces había levantado sitio contra Jerusalén. Todo parecía perdido y la caída de la ciudad era sólo cuestión de tiempo. Aquí intervienen estos dos versículos:

Y aconteció que aquella misma noche salió el ángel de Jehová, y mató en el campamento de los asirios a ciento

ochenta y cinco mil, y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos. Entonces Senaquerib rey de Asiria se fue, y volvió a Nínive, donde se quedó.

Sucede que hay otras dos versiones sobre este suceso histórico. La primera proviene del historiador griego Herodoto, quien relata que el rey de Asiria se retiró porque los ratones royeron las cuerdas de los arcos y las correas de los escudos de su ejército. ¿El ángel del Señor, o los ratones? La tercera versión proviene de Beroso, historiador caldeo, quien asienta que Senaquerib fue obligado a retirarse porque una plaga diezmó su ejército. ¿El ángel del Señor, los ratones, o una plaga? Pudiera ser que la respuesta sea... todos ellos. Fue una plaga lo que ocasionó el retiro armado, así que Beroso está en lo cierto. La plaga, especialmente la peste bubónica, es transmitida por ratas y ratones; así que Herodoto está en lo cierto. No era la voluntad de Dios que Senaquerib y sus huestes conquistaran Jerusalén, así que el historiador hebreo está en lo cierto. Los historiadores paganos señalaron causas secundarias de la retirada de Senaquerib; el historiador hebreo eliminó las causas secundarias y adjudicó el hecho directamente a Dios.

Cuando leamos el Antiguo Testamento, recordemos especialmente que todo se mueve en un mundo lleno de la presencia de Dios. Todo lo que sucede se atribuye a la acción directa de Dios y no a la causa secundaria. Como resultado, en el Antiguo Testamento se consideran como milagrosos muchos eventos de los que conocernos su causa secundaria. Bien podría decirse que para el judío era Dios *quien* obraba, mientras que nosotros sabernos más cómo es que obra Dios.

Aún existe otro punto importante sobre la interpretación. Hay porciones del Antiguo Testamento que son poesía, y tratarlos como prosa es mal interpretarlos y tratarlos injustamente. Tomemos Josué 10: 12, 13, ejemplo

sobresaliente de lo que decimos:

Entonces Josué habló a Jehová el día en que Jehová entregó al amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas:

Sol, detente en Gabaón;
y tú, luna, en el valle de Ajalón.
Y el sol se detuvo y la luna separó.
Hasta que la gente se hubo vengado de sus
enemigos.

Evidentemente tenemos aquí un pasaje que merece nuestro examen más cuidadoso a fin de alcanzar su correcta interpretación. Primero, no puede tomarse literalmente, por la sencilla y suficiente razón de que, de hecho, el sol no se mueve sino que siempre permanece inmóvil (en relación a la Tierra). La Tierra es la que se mueve y, si alguna vez hubiera dejado de moverse, toda forma de vida habría desaparecido repentina y catastróficamente. Además, si algo como esto hubiera sucedido en alguna forma, si en alguna ocasión se hubiera podido decir que el solo la Tierra se quedaron inmóviles, esto habría sido no sólo un acontecimiento de historia judía sino global, y habría quedado registrado en la historia de cada nación del mundo. No es posible tomar este pasaje con acérrimo literalismo.

Pero luego surge algo más. Vemos en Josué 10:13 que se trata de una cita del libro de Jaser, que se menciona en otra ocasión. Se toma a Jaser como fuente de la gran endecha de David por la muerte de Saúl (II S. 1: 18). Está, pues, claro que el libro de Jaser era un libro de poesía y su material era poético. La Versión Revisada Estándar (inglesa) imprime correctamente como poesía el relato de Josué.

Así que, en este pasaje nos habla un poeta que habla del sol al estilo del poeta del Salmo 19 (5,6), que habla del sol como esposo que sale diariamente de su tálamo y hace su

recorrido cotidiano de un extremo al otro de los Cielos. Este es lenguaje poético, el cual empleamos hasta en la conversación ordinaria. Decirnos, por ejemplo, "fue la hora más larga de mi vida", pero no hay hora que pase de los sesenta minutos. Cuando nos sentimos felices, decirnos que "el tiempo se fue volando", aunque el tiempo en sí transcurre siempre al mismo ritmo.

No nos preocupemos, pues, tratando de encontrar explicaciones al pasaje de Josué. Lo que significa es que, por la ayuda de Dios, ese día fue lo bastante largo para obtener la victoria: que por la gracia de Dios se acumularon en él los eventos que dieron el triunfo al pueblo de Dios. Mal servimos a la Biblia cuando tratamos de convertir en prosa la belleza de su poesía.

Llegamos ahora a lo que bien pudiera ser lo que más debemos recordar al tratar de interpretar la Biblia. Para escribirla, se necesitaron mil años, y cubre un período histórico de casi tres mil años, aparte de los hechos prehistóricos. Tomemos mil años en términos actuales; retrocedamos todo ese tiempo, y estaremos aproximadamente en el período de Alfredo el Grande. Es evidente que la vida y el pensamiento en aquella sociedad y civilización eran muy diferentes. Con la Biblia sucede algo muy semejante. Si la narración bíblica se extiende decenas de siglos, no puede haber en ella un solo nivel de pensamiento, religión y ética. Lo que ha de haber es desarrollo. Dios sólo podía decir a la humanidad lo que ella podía y quería recibir. El mensaje de Dios tenía que adaptarse a la condición de la mente humana cuando dicho mensaje fue emitido. Si se quiere enseñar álgebra a un bisoño, no se comienza por el teorema binómico sino que se le conduce gradualmente a él. Para enseñar a tocar piano a un niño, no se comienza por los preludios y las fugas de Bach, pues son cumbres y no elementos musicales. Para enseñar griego, no se comienza por Píndaro o por los coros de Esquilo, sino que se imparte al alumno el material

más elemental. Lo mismo pasa con la Biblia. Dios ha tenido que guiar la mente humana de menos a más, del nivel más bajo al más elevado, de la penumbra al deslumbramiento. Lo cual es obvio pues, si lo supiéramos todo, ¿qué necesidad habría habido de grandes profetas y, sobre todo, de que Cristo viniera al mundo? La revelación es siempre un proceso continuo.

En términos generales, esto es lo que se conoce como el principio de la *revelación gradual*. Por así decirlo, la revelación de Dios fue desarrollándose al desarrollarse la capacidad humana para recibirla. En lugar de una revelación gradual, sería mejor hablar de una *comprensión gradual de la revelación*. No es que Dios haya dosificado la revelación como con cuentagotas, sino que él siempre ofreció la verdad en todo su esplendor: pero la mente humana no estaba capacitada ni dispuesta a recibir más que una pequeña porción de ella.

Cuando en la Biblia encontramos algo sub-cristiano, no hay por qué explicarlo evasiva mente ni defenderlo. Ese algo representa la etapa que la humanidad había alcanzado hasta ese momento. Lo sabemos porque, más de una vez, Jesús advirtió: "Oísteis que fue dicho a los antiguos... pero yo os digo..." (Mt. 5:21, 27, 31, 33, 38, 43). Vivimos esto en la práctica, por cuanto no hay posiblemente un solo cristiano que practique las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento. Sabemos que en Jesucristo todas esas cosas quedaron atrás. No es que sean malas ni estén equivocadas, sino que se encontraban incompletas. Tras cada una de ellas hay una gran ley inmutable, y estas leyes antiguas son captaciones imperfectas de la verdad. Representan lo que los humanos hicieron con esa verdad en esa etapa particular. En la Biblia encontramos esto repetidamente, pero lo ilustraremos considerando primero ciertas prácticas religiosas y, segundo, ciertos principios religiosos que se han desarrollado posteriormente.

I. Consideremos primeramente la respuesta a la pregunta *¿Cómo muestro mi religión?* tal como se contesta en los pasajes legales del Antiguo Testamento.

(a) El judío dejaba ver su religiosidad absteniéndose de cierto tipo de comida. Todos saben que los judíos no comerían, ni comen, carne de puerco:

También el cerdo... 10 tendréis por inmundo. De la carne de ellos no comeréis, ni tocaréis su cuerpo muerto; los tendréis por inmundos (Lv. 11:7,8).

Esto queda establecido en el Levítico como ley, pero no nos impide comer tocino en el desayuno o chuletas en la comida.

(b) Los judíos mostraban su religiosidad portando sus capas con borlas, sus filacterias o cajitas de oraciones, y colocando la *mezuzah*, pequeño cilindro de madera con textos bíblicos, en el marco de las puertas. Las filacterias eran pequeños recipientes de cuero que contenían trozos de pergamino con textos impresos, y que durante la oración se ataban a la frente y en la muñeca:

Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles que se hagan franjas en los bordes de sus vestidos... y os servirá de franja, para que cuando lo veáis os acordéis de todos los mandamientos de Jehová (Nm 15:37-39). Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón ... y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales en tus ojos: y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas (Dt. 6:6-9).

Aún hoy el judío se cubre con su chal con borlas y sus filacterias al orar; todavía clava la *mezuzah* a la entrada de su casa o apartamento. Pero ninguno de estos mandamientos son vistos como obligatorios por el cristiano.

(c) Por sobre todo, el judío mostraba su religiosidad

mediante la circuncisión. Era señal del pacto y de penitencia al pueblo de Dios. Tanta es su importancia que está escrito:

Y el varón incircunciso, el que no hubiera circuncidado la carne de su prepucio, aquella persona será cortada de su pueblo; ha violado mi pacto (Gn. 17: 14),

Pero no hay cristiano que acepte la obligación ritual de circuncidarse.

El judío deja ver su religiosidad absteniéndose de ciertas comidas, adornándose con ciertos objetos, fijando ciertas cosas en su casa, y circuncidándose. Nadie menosprecie esto, pues son públicas demostraciones de fe del judío, y sería bueno que los cristianos mostraran su fe tan abiertamente. Sin embargo, los cristianos muestran su religión de la siguiente manera:

En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuvieris amor los unos por los otros (Jn. 13:35).

En el Antiguo Testamento hay maneras de demostrar la religión, y todas ellas son honorables. Se advierte el hecho de que la persona debe mostrar su fe, pero no se ha alcanzado la plena revelación de que la religión debe mostrarse mediante el amor. Para entender esto había que esperar a que Jesús viniera.

II. Consideremos a continuación la pregunta: *¿Cómo protejo mi religión? ¿Cómo la mantengo a salvo de cualquier infección que le robe su pureza?*

En la contestación a esta pregunta encontrarnos algunas de esas cosas que nos horrorizan de sólo leerlas. Si en tiempo de guerra se rinde una ciudad, todos sus habitantes deben ser sometidos a trabajos forzados.

Mas si no hiciere paz contigo, y emprendiere guerra contigo, entonces la sitiarás. Luego que Jehová tu Dios la entregue en tu mano, herirás a todo varón suyo a filo de

espada. Solamente las mujeres y los niños, y los animales, y todo lo que hay en la ciudad, todo su botín tomarás para ti... Pero de las ciudades de estos pueblos que Jehová tu Dios te da por heredad, ninguna persona dejarás con vida, sino que los destruirás completamente (Dt. 20:12-17).

Estas instrucciones se aplicaron durante el sitio de Jericó, y los resultados fueron:

Y destruyeron a filo de espada todo lo que en la ciudad había; hombre y mujeres, jóvenes y viejos, hasta los bueyes, las ovejas y los asnos (Jos. 6 :21).

En la guerra contra Amalec, Samuel transmite a Saúl las órdenes de Dios:

Vé, pues, y hiere a Amalee, y destruye todo lo que tiene, y no, te apiades de él; mata a hombre, mujeres, y niños, y aun los de pecho, vacas, ovejas, camellos y asnos (I Sam. 15:3).

Todo esto parece, y es, demasiado sanguinario. Pero recordemos que aquí no había odio personal, ni sed de sangre, ni había pasión asesina de matanza. Tras todo estaba algo más: toda fe extranjera era un foco de infección, una amenaza a la pureza del culto a Jehová, y había que eliminar todo lo que con ello se relacionara por razones de pureza y seguridad. Y así se expresa claramente, pues las instrucciones en Deuteronomio concluyen con las palabras que muestran la razón tras ello:

para que no os enseñen a hacer según todas sus abominaciones que ellos han hecho para sus dioses y pequéis contra Jehová vuestro Dios (Dt. 20: 18).

El hecho es que todas estas naciones eran idólatras y, por tanto, enemigas de Dios; había que suprimirlas para prevenir que sus prácticas paganas infectaran y mancharan la pureza de la religión hebraica.

Pero cuando Jesús viene, trae consigo un nuevo concepto, que no es ya la eliminación de los enemigos de Dios arrebatándoles la vida: hemos de eliminar su enemistad mediante su conversión. Durante la guerra civil norteamericana, se acusó al Presidente Abraham Lincoln de ser demasiado considerado y amable con los estados sureños. "Son tus enemigos -le decía la gente- y tu misión es destruirlos". A lo que Lincoln replico:

“¿Y no destruyo a mis enemigos cuando los hago mis amigos?”

El Antiguo Testamento muestra sólo la mitad de la verdad: los enemigos de Dios deben ser destruidos. Pero cuando Jesús viene, nos descubre que la manera de destruir a los enemigos de Dios es convertirlos en amigos de Dios.

III. La tercera pregunta resulta natural: *¿Qué es lo que debo dar a Dios? ¿Qué ofrenda debo presentarle para agradecerlo "*

Buena parte del Antiguo Testamento habla de ovejas, corderos, becerros, toros, bueyes, palomas, pichones, vino, harina y aceite: todo como parte de los sacrificios ceremoniales ofrecidos a Dios. La teoría subyacente es bien clara. Quien adora se dice: "Debo ofrendar a Dios mi posesión más valiosa", y en una sociedad agrícola esto significa, animales y cosechas que tantos sudores cuestan.

Pero aun en el Antiguo Testamento se deja ver lo inadecuado de todo esto. Isaías oye la voz de Dios, que le dice:

¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios?

Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de cebo de animales gordos;

no quiero sangre de bueyes,

ni de ovejas, ni de machos cabríos.

¿Quién demanda esto de vuestras manos,

cuando venís a presentaros delante de mí para hollar

mis atrios?
No me traigáis más vana ofrenda;
el incienso me es abominación ...
Lavaos y limpiaos;
quidad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis
ojos;
dejad de hacer lo malo;
aprended a hacer el bien;
buscad el juicio,
restaurad al agraviado,
haced justicia al huérfano,
amparad a la viuda (Is. 1: 11-13; 16: 17).

Tal como Isaías lo vio, todo el aparato de sacrificios llegó a ser un vasto despropósito. Miqueas dijo lo mismo:

¿Con qué me presentaré ante Jehová,
y adoraré al Dios Altísimo?
¿Me presentaré a él con holocaustos,
con becerros de un año?
¿Se agradará Jehová de millares de carneros,
o de diez mil arroyos de aceite?
¿Daré mi primogénito por mi rebelión,
el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?
Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno,
y qué pide Jehová de ti:
solamente hacer justicia, y amar misericordia,
y humillarte ante tu Dios (Mi. 6: 6-8).

Y en Oseas hallarnos lo que pareciera ser el texto favorito de Jesús:

Porque misericordia quiero y no sacrificio (Os. 6:6; Mt. 9:13; 12: 7),

Esto deja claro que Dios nunca quiso el sacrificio de animales. Los judíos pensaron todo lo contrario porque en los animales veían a sus posesiones más valiosas, y estaban dispuestos a ofrecérselas a Dios. Pero los profetas vieron, y

más que nadie Jesús, cuán fuera de lugar resultaba el sacrificio de animales. Lo más precioso de una persona es su corazón, su propio ser; corazón y ser llenos de amor por Dios y por el ser humano. Ese es el único don que Dios espera de nosotros.

Vemos, pues, cómo en el Antiguo Testamento se percibe vez tras vez una gran verdad, pero que se percibe de manera imperfecta. Para su comprensión total hemos de esperar a que venga Jesús. No es que el Antiguo Testamento esté errado. Lejos de ello, es una etapa esencial cuya meta es Jesucristo.

Tomemos ahora dos de los grandes conceptos de la fe cristiana y veamos cómo se desarrollaron a través de la Biblia hasta su culminación en Jesucristo.

Observemos primero el concepto del *perdón de nuestros enemigos y de los que nos ofenden*.

I. Al principio, lejos de todo deseo de perdón, aparece un clamor ilimitado de venganza. Génesis 4:23, 24 es uno de los más antiguos fragmentos bíblicos; en él resuena el clamor de venganza:

Y dijo Lamec a sus mujeres:
Ada y Sila, oíd mi voz;
mujeres de Lamec, escuchad mi dicho:
Que un varón mataré por mi herida,
y un joven por mi golpe.
Si siete veces será vengado Caín,
Lamec en verdad setenta veces siete lo será.

Lamec alardea de cobrar venganza por heridas. Mató a quien lo hirió y anhela cobrarse una venganza que sea setenta veces siete mayor que el daño recibido. Este es el pasaje bíblico más primitivo, sin ningún concepto de perdón; sólo el de venganza.

II. La siguiente etapa del Antiguo Testamento ha sido y sigue

siendo mal interpretada. Frecuentemente se dice que el Antiguo Testamento cree en "ojo por ojo y diente por diente", y que ésta es "una de las leyes más sanguinarias del Antiguo Testamento".

Mas si hubiere muerte, entonces pagará vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe (Ex. 21 :23-25). Y el que causare lesión en su prójimo, según hizo, así le sea hecho: rotura por rotura, ojo por ojo, diente por diente; según la lesión que haya hecho a otro, tal se hará a él.

El que hiere algún animal ha de restituirlo; mas el que hiere de muerte a un hombre, que muera (Lv. 24: 19-21). Y no le compadecerás: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie (Dt.19:21).

Calificar como sanguinarias a estas leyes es mal interpretarlas totalmente; son precisamente lo contrario.

En la antigüedad, la venganza o contienda cruenta era típica de la sociedad tribal. En dichas contiendas, si alguien hería algún miembro de otra tribu, todos los que a ella pertenecían tenían el deber de aplicar la máxima venganza posible contra la tribu del agresor. De esta manera, una herida relativamente ligera podía conducir a la guerra entre dos tribus, con la consiguiente pérdida de vidas. Las leyes citadas antes fueron el primer intento por establecer límites a la venganza. Si había que vengarse, había que hacerlo sólo en la medida exacta de la herida infligida; así ya no podía provocar una sanguinaria guerra tribal.

Esta ley de retribución precisa fue modificada posteriormente. Supongamos que alguien perdía por agresión un diente, y que dicho diente estaba dañado: sería injusto romperle al agresor un diente sano. O si el ojo herido estaba dañado, sería injusto sacar un ojo perfectamente sano como retribución. Así fue como se llegó a tasar en dinero cada

herida, y ya no sobre la base de un intercambio de heridas. Lo importante es que aquí aparece un primer paso hacia el control de las venganzas, lo que constituye un gran paso en la dirección correcta.

III. En la tercera etapa se estimula el perdón sin revancha, pero con ciertas limitaciones y bajo ciertas condiciones.

(a) Se fomenta el perdón, pero sólo dentro del pueblo hebreo:

No aborrecerás a tu hermano en tu corazón: razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado.

No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová (Lv. 19:17-18).

Esto es suficientemente claro, pero el perdón se limita a *tu hermano* y a *los hijos de tu pueblo*. No es necesariamente aplicable a los gentiles.

(b) Se estimula el perdón porque la venganza corresponde a Dios, y si la causa es justa, el ofendido puede dejar la venganza en manos de Dios.

No digas: yo me vengaré:

Espera a Jehová, y él te salvará (Pr. 20:22).

Se observa la misma actitud en el libro intertestamentario *El testamento de los Doce Patriarcas*:

Amaos los unos a los otros de corazón: y si un hombre pecare contra ti, echa fuera el veneno del odio y háblale pacíficamente sin mantener malicia en tu alma. Si confiesa su pecado y se arrepiente, perdónalo. Pero si fuere desvergonzado y persiste en su mal obrar, aun así perdónale de corazón y deja la venganza a Dios (El Testamento de Gad 6: 3, 7).

Cierto, se llama al perdón, pero Dios será el vengador del bueno.

(c) en el más común de los casos se invita al perdón para ganarse el favor de Dios.

Si el que te aborrece tuviere hambre, da le de comer pan,
y si tuviere sed, dale de beber agua:
porque ascuas amontonarás sobre su cabeza
y Jehová te lo pagará (Pr. 25: 21-22).
Cuando cayere tu enemigo, no te regocijes,
y cuando tropezare, no se alegre tu corazón:
no sea que Jehová lo mire y le desagrede.
y aparte de sobre él su enojo (Pr 24: 17-18).

Aun en Lamentaciones 3: 30 se lee:

Dé la mejilla al que le hiere,
y sea colmado de afrentas.

Lo cual proviene del hecho de que:

Bueno es Jehová a los que en él esperan.
al alma que le busca (Lm. 3:25),

Lo mismo sucede en el pasaje de Eclesiástico 28:2:

Perdona a tu prójimo el mal que te ha hecho,
y entonces serán perdonados tus pecados cuando oraes.

Y también:

Si alguien te quiere hacer mal, hazle el bien y ora por él, y entonces el Señor te redimirá de todo mal (El Testamento de José 18:2),

Uno de los pocos pasajes del Antiguo Testamento donde no hay límite ni condición al perdón, se encuentra en Proverbios 24:29:

No digas: como me hizo, así le haré:
daré el pago al hombre según su obra.

Así pues, el Antiguo Testamento comienza con venganza ilimitada; pasa a un intercambio de castigos estrictamente

limitados, y avanza aun más a la demanda de perdón, pero dentro de ciertos límites y condiciones.

IV. Llegamos finalmente a Jesús y a la esencia de su enseñanza sobre el perdón, que se encuentra en el Sermón del Monte:

Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: no resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra... Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen: para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto (Mt. 5: 38-48).

No hay límites ni condiciones; el perdón es absoluto. Hay una recompensa, pero la recompensa consiste en que el que perdona llega a ser como Dios. Lo dijo San Pablo:

Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo (Ef. 4:32),

El círculo, pues, se ha cerrado; comienza con venganza ilimitada y termina en Cristo con perdón ilimitado". Otra afirmación al respecto debe ser inequívoca: *Juzgo mi deber perdonar no según el Antiguo Testamento sino según el Nuevo Testamento; no por la ley sino por el evangelio; por ningún otro que no sea Jesucristo*. Así que cuando alguien nos cite el

Antiguo Testamento, tendremos que aclararle con franqueza: *Esa es la etapa que la humanidad había alcanzado entonces; la porción de revelación divina que habían sido capaces de captar. Pero en Jesucristo tenemos la plena revelación y sólo de él tomamos nuestras órdenes y patrón de conducta.*

La segunda gran idea que debemos considerar es *la vida después de la muerte*. Veamos cómo se desarrolla a través de la Biblia.

I. Inicialmente, los hebreos carecían de una verdadera creencia tocante a una vida más allá. Creían que las almas de los muertos iban al Seol o Hades. El Seol no era el infierno, sino el lugar a donde iban los muertos. Se trataba de un territorio gris y sombrío, de donde se había extraído todo colorido, fortaleza y significado. Estaba separado tanto de Dios como del hombre, y las almas llevaban allí una existencia espectral. No se trataba de extinción vital, pero no era más que la sombra de la vida. Una y otra vez surge en el Antiguo Testamento esta desesperanza.

Porque en la muerte no hay memoria de ti;
en el Seol, ¿quién te alabará? (Sal. 6:5).

¿Qué provecho hay en mi muerte cuando descienda a la
sepultura?
¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará tu verdad? (Sal. 30:9).

Déjame y tomaré fuerzas,
antes que vaya y perezca (Sal. 39: 13).

Porque mi alma está hastiada de males, y mi vida
cercana al Seol.
Soy contado entre los que descienden al sepulcro;
soy como hombre sin fuerza.
Abandonado entre los muertos:
como los pasados a espada que yacen en el sepulcro,

de quienes no te acuerdas ya
y que fueron arrebatados de tu mano ...
¿Manifestaras tus maravillas a los muertos?
¿Se levantarán los muertos para alabarte?
¿Será contada en el sepulcro tu misericordia,
o tu verdad en el Abadón ?
¿Serán reconocidas en las tinieblas tus maravillas,
y tu justicia en la tierra del olvido? (Sal. 88: 3-12).

No alabarán los muertos a Jah,
ni cuantos descienden al silencio (Sal. 115: 17) .

Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos: ni tiene más el hombre que la bestia: porque todo es vanidad. Todo va a un mismo lugar: todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo (Ec. 3: 19-20).

Aún hay esperanza para todo aquel que está entre los vivos; porque mejor es perro vivo que león muerto. Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en el olvido ... Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol a dónde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría (Ec. 9:4-10).

Porque el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte;
ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad (Is. 38: 18).

Porque si el árbol fuere cortado, aún queda de él esperanza; retoñará aún, y sus renuevos no faltarán.
Si se envejeciere en la tierra su raíz,
y su tronco fuere muerto en el polvo,

al percibir el agua reverdecerá,
y hará copa como planta nueva,
mas el hombre morirá, y será cortado;
perecerá el hombre, ¿ y dónde estará él?
Como las aguas se van del mar,
y el río se agota y se seca,
así el hombre yace y no vuelve a levantarse:
hasta que no haya cielo, no despertarán.
ni se levantarán de su sueño (Job 14 :7-12).

Claramente, en el Antiguo Testamento se encuentra poca esperanza después de la muerte; una tierra de sombras y oscuridad, de silencio, de olvido: abandonada de Dios y de los hombres. J. E. McFadyen escribió en *The Message of Israel* (El mensaje de Israel):

"En la larga historia de la religión, hay pocos casos tan maravillosos como los de los seres humanos que, durante siglos, vivieron vidas de suprema nobleza, cumpliendo con sus deberes y soportando sus aflicciones sin esperanza de recompensa futura; y lo hicieron así porque en todos sus ires y venires estaban firmemente fincados en Dios". McFadyen añade: "Un erudito norteamericano ha dicho que 'nunca ha sido posible para el hombre, el hombre pensante, sobre *la única base de esta vida*, hacer de la vida algo que no sea absurdo y carente de sentido'. El Antiguo Testamento es una refutación contundente de tal aserción". La religión hebrea primitiva no creía en una vida real más allá de la tumba y al otro lado de la muerte.

II. Pero en el Antiguo Testamento esto no se queda allí. Contiene muchos pasajes que, al menos, se encaminaron hacia la creencia en la vida después de la muerte. Isaías pudo decir:

Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán.
¡Despertad y cantad, moradores del polvo!
Porque tu rocío es cual rocío de hortalizas,

y la tierra dará sus muertos (Is. 26: 19).

Encontrarnos la misma convicción en Daniel:

Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad (Dn. 12:2-3).

Tracemos el proceso y las razones mediante las cuales surgió la verdadera fe en la vida después de la muerte.

(a) Mientras mayor fue el concepto que se tenía de Dios, mayor fue la certidumbre de que no había parte del universo fuera del ser de Dios. Cuando se pensaba que el Dios era sólo el Dios de la propia nación, y aun cuando los humanos estuvieron dispuestos a conceder que cada nación tuviera su propio dios, la percepción que se tenía del poder de Dios era muy reducida. Pero cuando se llegó a creer en un sólo Dios, Dios de todos los hombres, de todas las naciones y de todos los mundos posibles, ya no se pudo evitar el concebirlo también como el Dios de ese mundo que está más allá de la muerte:

¿ A dónde me iré de tu Espíritu?
¿ Y a dónde hu iré de tu presencia?
Si subiere a los cielos, allí
estarás tú; y si en el Seol
hiciera mi estrado,
he aquí, allí tú estás (Sal. 139:7-8).

Una vez que los hombres comenzaron a creer en un Dios de todo el universo, concluyeron que esta vida y cualquiera otra están ante la presencia de Dios, y el concepto sobre el Seol tenía que cambiar.

(b) A veces la vaga noción del hombre respecto a una vida

venida era como un salto en la oscuridad. Para comenzar, no se trataba de una creencia establecida. Era más bien como un salvavidas en un mar de aflicciones, como se aprecia en el caso de Job. Ya citamos las palabras de un Job desesperado; y vaya si podía desesperar:

Como la nube se desvanece y se va,
así el que desciende al Seol no subirá (Job 7: 9).

Pero Job presintió que todo sería diferente si solamente pudiera esperar algo. Como dijera Galloway: *Los enigmas de la vida disminuyen, al menos su frustración, cuando hallamos reposo al pensar que éste no es el último acto del drama humano*. Por eso Moffat traduce así la esperanza de Job:

Si solamente el hombre muriera y volviera a vivir
yo soportaría mi agotante guardia hasta que llegue mi relevo;
entonces me llamarías y yo acudiría a ti
cuando anhelaras la vida que tú mismo hiciste (Job 14: 14-15).

Así pues, en el corazón de Job estaba latente ese deseo: ¡si solamente hubiera algo aún por venir! Y, de repente, da el salto en la oscuridad:

Yo sé que mi redentor vive,
y al fin se levantará sobre el polvo;
y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios;
al cual veré por mí mismo,
y mis ojos lo verán, y no otro (Job 19 :25-27).

No se trata de una doctrina establecida, de una fe razonada, ni es parte de un credo. Es más bien el primer salto en la oscuridad para asirse de Dios en esta vida para siempre.

(e) La creencia en la vida venida no llega a veces por este tipo de salto súbito, sino a través de una convicción creciente de que existe una relación, una conexión, una amistad, un

vínculo esencialmente indisoluble con Dios, y esto simplemente porque Dios es Dios. Quien en este mundo había encontrado a Dios creía que, puesto que Dios es siempre Dios, no podía perderlo. Eso es exactamente lo que significaría decir que el amor es inmortal, y por eso el Salmista escribe:

Con todo, yo siempre estuve contigo;
me tomaste de la mano derecha.
Me has guiado según tu consejo,
y después me recibirás en gloria.
¿ A quién tengo yo en los cielos sino a ti?
Y fuera de ti nada deseo en la tierra.
Mi carne y mi corazón desfallecen;
mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para
siempre (Sal. 73: 23-26).

A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está
a mi diestra, no seré conmovido.
Se alegró por tanto mi corazón y se gozó mi alma: mi
carne también reposará confiadamente: porque no
dejarás mi alma en el Seol,
ni permitirás que tu santo vea corrupción.
Me mostrarás la senda de la vida;
en tu presencia hay plenitud de gozo:
delicias a tu diestra para siempre (Sa116 :8-10).

En estos dos pasajes está expresada la confianza de un corazón que ha establecido un contacto con Dios, el cual, está convencido, no terminará con la muerte.

(d) Pero tal vez lo que más contribuyó a que los hebreos llegaran a creer en una vida más allá, fue simplemente el hecho de que, a menos que insertaran otro mundo en el esquema de las cosas, jamás podrían cumplirse las promesas de Dios a la nación y al individuo. Hubo una época en que el hombre esperó la recompensa y el castigo de Dios en el presente. El Salmista decía:

Joven fui, y he envejecido,
y no he visto justo desamparado,
ni su descendencia que mendigue pan (Sal. 37 :25).

Pero cada vez fue siendo menos posible afirmar eso. El hombre bueno podía morir, o agonizar, a manos de un cruel perseguidor. El hombre de principios era, y sigue siendo, odiado por el mundo. Israel era el pueblo escogido; pero se encontraba subyugado por asirios, babilonios, persas y romanos. Simplemente, si no había otra vida, resultaba imposible creer en la justicia o en el amor de Dios. Según renombrada expresión, el nuevo mundo estaba llamado a corregir el desequilibrio del antiguo. Fue así como entre ambos testamentos fue fortaleciéndose esta creencia en la vida por venir, de tal manera que quienes habían sido fieles a Dios pudieran ser premiados y así se cumplieran las promesas de Dios.

Los que temen al Señor se levantarán a vida eterna;
su vida estará en la luz y nunca cesará (Sal. de Salomón 3:
12).

Después de eso, cuando se cumpla el tiempo de la venida del Mesías, él regresará a los cielos en gloria. Y entonces resucitarán todos aquellos que durmieron con su esperanza en él (Ap, de Baruc 30: 1).

Puesto que el hombre de Dios jamás había recibido la bendición en esta vida tormentosa, los hombres fueron llevados a creer en la vida después de la muerte.

III. Todo esto, en el mejor de los casos, no pasaba de ser simple esperanza, y no fue hasta la venida de Cristo cuando esta esperanza se tornó certidumbre. Lo dijo Jesús :

En la casa de mi padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo

estoy, vosotros también estéis... porque yo vivo, vosotros también viviréis (Jn. 14:2,3,19).

Según Pablo, para el cristiano la seguridad de la vida venidera proviene de un hecho: el Salvador de los cristianos, habiendo estado muerto, está vivo de nuevo:

Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados (I Ca. 15:22).

En Jesucristo, lo que había sido esperanza se convirtió en realidad: la teoría se hizo práctica. Hemos, pues, visto el desarrollo bíblico de la creencia en la vida venidera a partir del Seol, gris y som brío, hasta la vida para siempre con el Señor. Y confirmando, cuando se traen a colación los lúgubres pasajes veterotestamentarios correspondientes a la época en que no existía en realidad una creencia en la vida venidera, no es necesario que nos sintamos obligados a defender o explicar con evasivas dichos pasajes. Podemos contestar una vez más: *Sí, eso es lo que la humanidad había comprendido hasta entonces. Pero los cristianos no creen así. Representa pasos en el camino hacia la convicción de la vida en Cristo aquí y en el más allá.*

Hay una demanda aún mayor que el estudio de la Biblia nos impone. Para entender cualquier libro, hay que tratar de penetrar en la mente, el corazón, la vida y las circunstancias del autor. Debemos tratar de percibir cómo funciona su mente y de comprender cuál es su perspectiva general del mundo. Esto se aplica a la Biblia y a cualquier otro libro. Debemos tratar de adentrarnos en la mente de quienes la escribieron. El modo más seguro para malinterpretar la Biblia es acercarnos a ella con los ojos, con las ideas y los conceptos preestablecidos del hombre occidental del siglo XX. Debemos tratar de pensar como se pensaba en la época y lugar en que se escribió cada libro. Tenernos, además, que recordar constantemente el objetivo que perseguían los escritores bíblicos: mostrar los caminos de Dios con el hombre. Su meta única era mostrar la

vida en términos de la soberanía de Dios. Su propósito era exclusivamente religioso. No pretendían escribir historia, pues no sabían más de la historia como ciencia que cualquiera de sus contemporáneos. No escribieron tratados científicos, pues la ciencia que conocían era tan primitiva como su época. Lo que se proponían era mostrar a Dios en acción.

Nada hay de extraño en todo esto. Cada quien es experto en algo. Mi madre nada supo de hebreo ni de griego, ni de teología, pero jamás he conocido una mujer más santa. Yo no habría acudido a ella para que me tradujera alguna palabra o me expusiera alguna doctrina, pero sí para renovar mi aprendizaje de cómo vivir en la compañía constante de Dios. Así que, para empezar, no acudo a la Biblia en busca de historia o ciencia, sino en busca de Dios. ¡Y lo encuentro! Vamos, pues, a considerar algo de lo que debemos recordar, si hemos de penetrar en la mente de los escritores sagrados.

I. Tenían una diferente concepción del mundo. Para ellos la Tierra era el centro fijo del universo y el sol salía cada mañana en su carrera a través de los cielos (Sal. 19:4, 5). Para ellos la Tierra era como un plato plano sobre las aguas, cubierto por el techo sólido del firmamento, a través del cual viajan las grandes luminarias, el sol y la luna, y el cual se abría para dejar caer la lluvia (Gn. 1:1-19). Lo importante, sin embargo, no es lo que ellos creían acerca de la Tierra, sino lo que creían acerca del hombre y de Dios, estando ciertos de que, fuere la Tierra como fuera, tras ella está el poder creador de Dios.

II. Tenían un concepto muy diferente de la enfermedad. Atribuían la enfermedad a los demonios o a los pecados del enfermo. La enfermedad mental no era lo único que achacaban a los demonios, sino que pensaban que cualquier parte del cuerpo podía ser ocupada y quedar afectada por algún demonio. Creían que tras toda enfermedad se encontraba algún pecado.

Nosotros hemos dejado de atribuir la enfermedad a los demonios; tampoco la atribuimos al pecado del enfermo mismo. Pero, en cierto modo, estos pensadores de la antigüedad eran peculiarmente modernos. Para decirlo en términos actuales, ellos creían que la enfermedad era psicósomática. Psyché es la palabra griega para alma y soma para cuerpo. Decir que la enfermedad es psicósomática significa que su causa va más allá de lo físico; que hay también una causa espiritual. Puede ser que sólo el efecto, y no la causa, sea físico. Lo que significa que no basta con ver al hombre como cuerpo, sino que también posee un espíritu, y que el cuerpo jamás estará sano hasta que el espíritu recobre la salud. Esta es siempre algo más que una cuestión física, y así lo comprendieron, a su modo, los escritores bíblicos.

III. Tenían un modo diferente de pensar, lo cual es el punto más importante y difícil de todos. En tiempos bíblicos, pocos o tal vez ninguno de los hebreos podía discurrir o argumentar en términos abstractos. Pensaban pictográficamente. Ahora bien, esas imágenes mentales eran imágenes de su propia época, eran parte de su panorama de todos los días, por la sencilla razón de que esas eran las únicas imágenes que la gente de entonces podía entender. Así pues, nosotros confrontamos inevitablemente un fragmento de verdad intemporal, pero captada dentro de una imagen local y temporal. Y nuestra tarea, vez tras vez, es la de penetrar más allá de la cascara de la imagen y hasta la médula de la verdad.

Este proceso tiene un nombre que, lamentable e injustamente, se ha convertido en una mala palabra: desmitologización. El problema con la palabra mito es que significa una cosa en español y otra muy distinta en griego. En español un mito es algo irreal, y equivale a decir que es falso. Pero en griego un mito es un relato que tiene como propósito aclarar a cualquier persona alguna verdad difícil o imposible de expresar en el lenguaje común. Mito es una verdad expresada en imágenes.

Tenemos, por ejemplo, el famoso mito en el séptimo libro de La República de Platón. Describe una caverna donde hay unos hombres encadenados y que sólo pueden ver hacia adentro. Lo único que pueden ver es la pared frente a ellos. A sus espaldas hay un camino ascendente, tras el cual hay la luminosidad de un gran fuego. Siempre hay transeúntes en este camino entre el fuego de afuera y las espaldas de los encadenados en la cueva. Las sombras de la gente y de las cosas se reflejan continuamente en la pared que ellos tienen al frente. Inevitablemente los prisioneros llegarían a pensar que las sombras son la realidad, pues estarían totalmente imposibilitados para contemplar los seres y objetos como realmente son. Y aunque fueran liberados, resultaría sumamente difícil convencerlos de que las sombras son irreales y que todo lo real lo es en verdad. Este es un mito diseñado para demostrar cómo los hombres que se aferran a las sombras de la vida llegan a ser incapaces de ver las realidades. Este es el concepto griego del mito. Mito es el relato encaminado a demostrar, ilustrar y hacer comprender una verdad que, de otra manera y expresada en lenguaje abstracto, no causaría impacto alguno en nadie.

Cada vez que estudiemos la Biblia nuestra tarea será captar la verdad eterna tras la imagen temporal. Los eruditos del siglo XX estaban lejos de ser los primeros en reconocer esta necesidad. Orígenes, el gran maestro, sabía esto perfectamente y lo expresó de manera clara y enfática a mediados del siglo tercero (De Principiis 1:16):

¿Qué hombre razonable supondría que el primero, segundo y tercer días, y la tarde y la mañana,, existieron sin el sol, la luna y las estrellas? ¿Quién es tan necio como para creer que Dios, como un campesino, plantó en el Edén un jardín donde puso un árbol de vida que podía verse y tocarse de manera que cualquiera que probase de su fruto con sus labios mortales obtendría la vida? ¿O, más aún, que uno se convertía en participante

del bien y el mal por comer de lo arrancado de un árbol ? Y si se dice que Dios se paseaba durante la tarde por el jardín y que Adán se ocultó bajo un árbol, no supongo que haya quien dude que estas cosas figuradamente señalan algunos misterios, y que la historia sea aparente pero no literalmente cierta. De ningún modo. Los evangelios mismos están llenos con este tipo de narraciones. Tómese, por ejemplo, el relato del diablo que lleva a Jesús a lo alto de una montaña, para mostrarle desde allí los reinos del mundo y su gloria: ¿Quién que razone no condenaría a quienes enseñan que desde allí contempló Jesús los reinos de los persas, escitas, indios y partos, y el modo como se glorificaba a sus gobernantes, y que lo hizo con la visión física, que requiere de una altura mayor para siquiera ver los terrenos inmediatos?

Orígenes comienza por señalar que en la historia de la creación se dice tres veces que hubo tarde y mañana antes de que fueran creados el sol y la luna (Gn. 1:5,8,13,14). Lo que Orígenes está diciéndonos es que aquí tenemos una verdad, pero expresada en imágenes. La imagen es la cascara; la verdad es el meollo. Repasemos brevemente los tres relatos a que se refiere Orígenes.

(a) Tenemos el relato de la creación o, mejor dicho, los dos distintos relatos de la creación. Si se pregunta a cualquier chiquitín avisado qué dicen, en pocas palabras, Génesis 1 y 2 , contestará de inmediato : "Dicen que Dios creó el mundo". Esa es la respuesta. No se pregunta el método de que se valió para hacerlo. El meollo es el hecho de que el poder creador de Dios está tras el universo, y que es responsable de su existencia, independientemente de cómo se aplicó dicho poder creador.

(b) Tenemos el relato de la Caída del hombre en Génesis 3. De hecho, éste es el relato de la caída de todo ser humano. Vale la pena hacer notar que el nombre Adán no es en manera

alguna un nombre propio, sino la palabra hebrea que corresponde a hombre. Esta es la historia de todo hombre. Quien la escribió posiblemente ni siquiera conocía la palabra psicología, pero jamás se ha escrito una historia más psicológicamente cierta que ésta. Veámosla paso a paso:

I. Dios da una orden.

II. En eso interviene la tentación de transgredirla. El pecado siempre implica que sabemos más que Dios: consiste en poner nuestro deseo por encima de la voluntad de Dios.

III. Lo malo es atractivo (v. 6). Parece bueno y sabroso; arrancarlo sería obtener algo aparentemente provechoso. El pecado es siempre atractivo: yo sería feliz si tan sólo pudiera obtener esto. La tentación carecería de poder si lo prohibido fuera feo y repulsivo. El poder de la tentación estriba en que lo prohibido se ve atractivo, deseable y ventajoso.

IV. Se cae en pecado y, entonces, el primer intento es esconderse (v. 8). Tan pronto como alguien comete pecado, desea ocultarlo al prójimo, a Dios y, si es posible, hasta a sí mismo. Y no hay mayor torpeza que pensar que algo pueda escondérselo a Dios.

V. Cuando se confronta al hombre con su pecado, por instinto trata de culpar a alguien más. Adán dijo: "A mí no me culpes, culpa a Eva"; y ésta no hizo sino repetir: "A mí no me culpes, culpa a la serpiente". El pecador culpa a todos, menos a sí mismo.

Génesis 3 es un relato que nunca tuvo el propósito de contar algo que sucedió en cierto momento. Es la historia de lo que le sucede a Adán, es decir al hombre, a ti y a mí.

(c) Consideremos finalmente la historia de la tentación de Cristo (Mt. 4:1-11; Le. 4:1-13). Orígenes tenía razón y es algo que debiera hacernos pensar: no hay montaña alguna desde la

que puedan contemplarse todos los reinos de la Tierra. Jesús había salido al desierto para decidir como realizaría la tarea que Dios le había encomendado. ¿Apelaría a la fuerza, a los medios materiales, a lo sensacional, a las componendas... o a la cruz? Esta historia no relata un suceso externo y visible, sino algo que ocurriría en la mente de Jesús. Estaba librando una batalla con todo aquello que quería desviarlo de lo que Dios quería que hiciera. Si el lector lo hubiera visto en ese momento, sólo habría visto a un hombre solo, aunque con Dios. Tal como nos sucede a nosotros, la tentación llegó a Jesús, no en la carne y de manera visible, sino en el ataque a la mente y el corazón.

Cuando leamos la Biblia, recordemos siempre que fue escrita por hombres acostumbrados a pensar en imágenes. No hay para qué perder tiempo discutiendo si esto sucedió física y literalmente así. Espiritualmente es una verdad perenne; dentro de la cascara del relato encontramos el meollo de la verdad, y por medio de ella vivimos.

Nos quedan tres cosas por añadir respecto a la lectura y el estudio de la Biblia.

I. Debiéramos estudiarla detalladamente, pero para aprovecharla mejor, y, si es posible, también leerla en porciones extensas. Debiéramos leer, por ejemplo, todo el Evangelio de San Marcos de corrido, y ver el drama en cuatro actos desarrollarse ante nosotros: preparación, conflicto, tragedia y triunfo. Puede ser que a veces gastemos demasiado tiempo en los detalles y demasiado poco en la visión panorámica y dramática del conjunto.

II. No importa cuánto leamos la Biblia o qué tan devotamente la estudiemos, siempre habrá pasajes difíciles y que no podamos entender. Se dice que un hombre se acercó cierta vez a Spurgeon quejándose de que la Biblia tenía pasajes que no entendía, y que por lo tanto había dejado de leerla.

Spurgeon le contestó: "Cuando estoy disfrutando de un buen pescado y me toca llegar a las espinas, no desecho el pescado; pongo las espinas a un lado, allí las dejo, y sigo disfrutando del pescado". Así, cuando lleguemos a una porción bíblica que aun estudiándola no podemos entender, podemos dejarla de lado y seguir adelante. Llegará el día en que podamos entenderla, pero disfrutemos por el momento de la riqueza a nuestro alcance y con lo que podemos continuar.

III. Queda mucho que decir sobre la lectura regular y sistemática de la Biblia. Pero diré una última cosa. Howard Spring, en su autobiografía... *And Another Thing* (Y algo más) nos habla del hábito que adquirió. Fue en 1940, durante la guerra, cuando todo iba de mal en peor. Descubrió que la amenaza que pesaba sobre el país le impedía concentrarse cuando se sentaba al escritorio. Poco antes alguien le había obsequiado un ejemplar de las *Meditaciones* de Marco Aurelio; comenzó a leerlo y, de alguna manera, la gallarda y grave filosofía estoica produjo su efecto. "De allí en adelante —escribió él— cada mañana me hice al hábito de no sentarme al escritorio con la mente inflamada por la creciente incertidumbre de los tiempos, sino de quedarme de pie y erecto mientras durante media hora leía a Marco Aurelio. Resultó ser una costumbre saludable y vitalizadora... De esta manera leí dos veces las *Meditaciones*, y para entonces había descubierto que no debía comenzar el día sumergiéndome en los problemas pendientes, fueran cuales fueran. Unos cuantos momentos de quietud, en compañía de una mente suprema y tranquila, llegaron a producir dividendos que envidiaría el mejor promotor de negocios. Es tan fácil querer empezar el día con una lectura apresurada del periódico o la correspondencia, para luego correr al trabajo inmediato, cosa que ahora me parece tonta e innecesaria. Equivale a querer tocar el violín sin antes afinarlo, para luego padecer chirridos durante todo el concierto". Pero eso no fue todo, sino que Howard Spring fue más allá: "Después de leer dos veces las *Meditaciones* —añade— comencé cada día leyendo la Biblia, y fue durante la

lectura de este libro, olvidado durante un cuarto de siglo, cuando mi mente captó la suprema importancia de un Dios de amor, así como el amor de los hermanos".

Howard Spring encontró que la lectura diaria de la Biblia trajo serenidad y fortaleza a su vida, y que a través de la lectura Dios tomó posesión de su mente. Nosotros también debíamos leerla regularmente. En el caso de Howard Spring, él podía, siendo autor, trabajar en casa sin ser esclavo del reloj. Tal vez para quienes debemos tomar el tren para llegar a la oficina y tenemos una familia con la cual convivir, la lectura matinal puede resultar imposible o al menos sumamente difícil. Pero bien podría transferirse esta lectura para la última hora de la noche, y así entregarse al descanso meditando en Dios y en sus caminos con los seres humanos.

No siempre resulta el mejor plan leer la Biblia precisamente de principio a fin. Si adoptamos la lectura regular de la Biblia, sería mucho mejor valemos de algún esquema de lecturas diarias con comentarios, como el que ofrece el Compañerismo de Lectura Bíblica o la Asociación Internacional de Lectura Bíblica. Así nuestra lectura se vería guiada con explicaciones de las dificultades del pasaje y sus significados, además de que nos haría sentir dentro de un gran compañerismo de lectores alrededor del mundo. La mejor manera de aprovechar la Biblia es leerla con sistema y con ayuda, pues así recibiremos fortaleza para la jornada, sabiduría para la mente y el amor de Dios para nuestro corazón.

¿Cuál versión nos convendría más? Muchos hay que están preocupados por la gran cantidad de traducciones existentes; pero nunca tendremos suficientes. No existe la traducción perfecta capaz de trasladar cabalmente las palabras de un lenguaje a otro. Cada traducción tiene algo que ofrecer. Por ejemplo, allá por 1560, la Biblia de Ginebra era la más popular (en inglés), pero mientras tanto estaba planeándose la Biblia de los Obispos como traducción oficial. John Bodley, padre del

fundador de la famosa biblioteca de Oxford, tenía los derechos de impresión de la Biblia de Ginebra, y se preguntaba si acaso podría continuar imprimiéndola cuando apareciera la nueva versión. Pero Matthew Parker, Arzobispo de Canterbury, no tenía duda alguna. Aunque se estaba planeando el volumen oficial, escribió que "sin embargo, en nada estorbaría, sino que resultaría muy provechoso el tener diversidad de traducciones y lecturas". O sea, entre más versiones mejor, para que cada quien pudiera hallar lo que le hablara directamente, y que la lucha por la perfección pudiera seguir adelante.

Las traducciones pueden variar grandemente. Hay o hubo una biblioteca para niños titulada Kelly's Keys to the Classics (Las claves de Kelly a los clásicos), cuya traducción es absolutamente literal pero no tiene nada de inglés, como podría apreciarse en el Oedipus Coloneus de Sófocles, en el que Edipo es el que habla:

O dearest son of Aegeus, exemption from old age and death comes to gods alone. But all-powerful Time brings everything else to confusión. The strength of the earth decays, the strength of the body decays, faith dies and faithlessness arises and the same spirit no longer exists between friends or between city and city. With some at once and with others later on, what is a source of pleasure becomes bitter, and then again is pleasant.

(Oh amadísimo hijo de Egeo, excepción de la vejez y la muerte viene a los dioses sólo. Pero el todopoderoso Tiempo trae todo lo demás a confusión. La fortaleza de la tierra decae, la fortaleza del cuerpo decae, la fe muere y la infidelidad surge y el mismo espíritu deja de existir entre amigos o entre ciudad y ciudad. Con algunos de inmediato y con otros después, lo que es una fuente de placer se vuelve amargo y luego otra vez es placentero).

No cabe duda de que el estudiante obtendrá con eso una

buena calificación, pero la mágica belleza de Sófocles ha desaparecido. Aquí está el mismo pasaje, en la traducción de Gilbert Murray:

*Fair Aegeus' son, only to gods on high
Not to grow old is given, nor yet to die,
All else is turmoiled by our master, Time.
Decay is in earth's bloom and manhood's prime.
Faith dies and unfaith blossoms like aflower,
And who of men shall find from hour to hour,
Or in loud cities or the moris thereof,
Or silent chambers of his own heart's love,
One wind blows true forever? Soon or late
Hate shall be love and love veer back to hate.*

(Oh, hermoso hijo de Egeo, de los excelsos dioses sólo es el no envejecer, y el no morir.

En todo lo demás domina el tiempo, nuestro dueño.

Todo muere: las flores, el vigor del hombre;

muere la fe, mas la infidelidad florece.

¿Quién puede hallar, de uno a otro instante,

en el tumulto de plazas y ciudades,

o en el claustro silencioso del propio corazón,

que el viento sea constante? Más tarde o más temprano
tórñase en amor el odio, conviértese en odio el amor).

Aquí resuena de nuevo la belleza del griego, lo que nos permite apreciar qué distintas pueden resultar las traducciones.

Pero suponiendo que halláramos una buena traducción, ¿por qué no habríamos de aferrarnos a ella? ¿Para qué tantas? Pues existen muchas razones. Nada cambia de modo tan rápido e imperceptible como el lenguaje, y hay que recordar que el Nuevo Testamento fue escrito en el lenguaje coloquial del pueblo común. Yo no hablo como mi hijo, ni él como yo. Y, repito, continuamente surgen nuevos descubrimientos. Por ejemplo, hace medio siglo existían más de 600 palabras neotestamentarias que se catalogaban como "griego bíblico".

En la actualidad quedan menos de cincuenta. Ha habido un continuo descubrimiento de cartas, títulos de propiedad y otros documentos de esa época. Y las palabras que antes se consideraban raras, resultaron ser de uso popular, por lo que sus significados se han establecido con mayor precisión. También se han descubierto otros manuscritos del Nuevo Testamento. Actualmente contamos, cuando menos, con setenta fragmentos de manuscritos neotestamentarios que datan del año 150 de nuestra era. Posiblemente son dos siglos más antiguos que cualquier manuscrito que los eruditos bíblicos tenían a su alcance hace 75 años. Ni el lenguaje ni la investigación permanecen estáticos. Y si la Biblia es, como creemos, la palabra de Dios, entonces sólo podrá ser aceptable la traducción más exacta. La traducción es una tarea interminable. Que emplee el estudiante de la Biblia todas las traducciones que pueda encontrar, y que dé gracias a Dios por ellas.

CAPITULO VI

EL LIBRO INSPIRADO

¿Qué queremos decir exactamente cuando afirmamos que la Biblia es inspirada? Para decirlo de otra manera ¿qué tenemos en mente cuando decimos que la Biblia es la palabra de Dios? Aunque ésta no sea una pregunta fácil de contestar, el cristiano necesita enfrentarla, pues de su respuesta dependerá el lugar que otorgue a la Biblia en su vida y en su fe.

Al principio de este libro, afirmamos que no es difícil demostrar que la Biblia es un libro único; que tiene un efecto singular en la vida de los seres humanos. Sólo añadiremos dos ejemplos al respecto. Cuando Sir Walter Scott estaba a punto de morir, pidió a su yerno Lockhart que viniera a leerle algo. Por un momento Lockhart pensó en todos los libros que Sir Walter había escrito y en la gran biblioteca allí en Abbotsford, repleta de arriba a abajo con millares de volúmenes ; así que prefirió preguntarle: " ¿De qué libro leeré ? ". El escritor replicó: "¿Acaso necesitas preguntar? Sólo hay un libro". En el crepúsculo de la vida y ante el alba de la eternidad, sólo hay un libro posible.

Una de las famosas anécdotas en torno a la Biblia es la de Tockichi Ishii. Este fue un renombrado criminal japonés que contaba con una larga cadena de crímenes bestiales. En sus hechos, Ishii mostraba una brutalidad diabólica y la crueldad del tigre. No había tenido escrúpulos para asesinar por igual a hombres, mujeres y niños. Por fin, fue capturado, condenado a muerte, y estaba en capilla esperando su ejecución. En esa situación recibió la visita de dos damas canadienses. Todo en vano, pues Ishii no quería hablar ni contestar, y se limitó a contemplarlas con una mirada de bestia feroz. Al salir, sin

embargo, las damas le dejaron una Biblia. Inexplicablemente, el criminal comenzó a leerla, y luego ya no pudo suspender la lectura. Cuando, sin haber interrumpido la lectura, llegó a la historia de la Cruz y a las palabras de Cristo, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen", el corazón se le quebrantó. "Me detuve —declaró después Ishii— y me sentí herido como si tuviera atravesado el corazón por un clavo de doce centímetros. ¿Diré que fue el amor de Cristo, o su compasión? No sé cómo llamarlo. Lo único que sé es que yo creí, y que cambió la dureza de mi corazón". Cuando llegó la hora de marchar al patíbulo, no era ya su aspecto adusto, endurecido, brutal y casi bestial, como antes fue, sino que en su rostro resplandecía la serenidad y una sonrisa gentil pues, el asesino Tockichi Ishii había nacido de nuevo al leer la palabra de Dios.

Casos así disipan toda duda en cuanto a la singularidad de este libro. Describimos tal singularidad diciendo que es un libro inspirado; que es la palabra de Dios. Pero ¿qué es lo que queremos decir con eso?

A veces se ha contestado diciendo que este libro fue escrito por Dios; que cada palabra, sílaba y letra, que cada página, párrafo y oración, fueron todos trazados por la mano misma de Dios, o que es la palabra misma de Dios. Tal punto de vista representa la llamada inspiración verbal. Es, en realidad, una antigua teoría inspiracionaria, según la cual el escritor humano no tuvo mayor intervención que la que tiene la pluma del autor o la máquina de escribir que transcribe este capítulo. En el Nuevo Testamento llamado de Whittingham, precursor de la llamada Biblia de Ginebra, justamente se omite de la Carta a los Hebreos el nombre de Pablo, y se añade una aclaración: "En vista de que el Espíritu de Dios es el autor de esto, en nada disminuye su autoridad que no sepamos con qué pluma lo escribí". Desde esta perspectiva el autor de la Epístola, quienquiera que haya sido, no fue más que una pluma en la mano de Dios.

Atenágoras decía en sus escritos que "Dios mueve las bocas de los profetas como si fueran instrumentos musicales". Describía al Espíritu usando a los escritores como un flautista que toca la flauta. Justino Mártir lo veía como el Espíritu Santo que desciende del cielo y se vale de hombres como un plectro que tañe las cuerdas del arpa o la lira. Teófilo de Antioquía habla de los profetas "quienes vinieron a ser instrumentos de Dios". Clemente de Alejandría ve a los escritores sacros como "órganos de la voz divina". Macario explica que así como el aliento habla al soplar a través de una flauta "así también habló el Espíritu a través de hombres santos y espirituales". Según todo esto, quienes escribieron las Escrituras no tuvieron que ver con los escritos más allá de lo que tiene que ver una pluma en manos de un autor o un instrumento musical con la música del compositor. Significa que la Biblia es la palabra de Dios literal y hasta físicamente, por así decirlo. Resulta imposible mantener esta posición, por varias razones.

I. Para comenzar, existe un hecho bien simple. Todos los manuscritos de la antigüedad fueron escritos a mano y, al copiarlos, se infiltraron cambios y errores. Se calcula que hay unas 150,000 lecturas variantes en los manuscritos griegos del Nuevo Testamento. Cierto, a veces se trata solamente de diferencias ortográficas, del orden de las palabras o de la sustitución de un sinónimo por otro. Cierto, además, que de estas 150,000 variantes, menos de 400 afectan el sentido; menos de 50 tienen alguna importancia, y no existe un solo caso dudoso en relación a algún artículo de fe o a precepto moral alguno. Todo ello es cierto, pero el lector tiene todavía que decidir, por su cuenta, cuál de los delecteos o de las variantes constituyen la palabra de Dios en el sentido literal del término. Pudiera decirse que la palabra de Dios lo fue el primer manuscrito, tal y como salió de la mano del escritor original. Si esto es así, entonces el manuscrito original se ha perdido y desaparecido para siempre.

Pongamos por caso la Biblia en inglés. A finales del siglo

XIX, un comité de la Sociedad Bíblica Americana revisó seis ediciones de la Versión Autorizada y encontraron casi 24,000 diferencias entre ellas. Ciertamente, las diferencias no eran de mayor importancia, pero si un libro es la palabra literal de Dios, entonces las palabras deben permanecer fijas, así como su significado, lo cual no sucedió con la Biblia. Hubiera sido realmente extraño que Dios hubiera dictado el original y luego no hubiera tenido el mismo cuidado para asegurar su transmisión infalible.

II. Se agrega el hecho de que, quienesquiera que hayan sido los escritores bíblicos, fueron mucho más que simples plumas en manos de Dios, o instrumentos a través de los cuales sopló el Espíritu Santo. De haber sido así, tendríamos una Biblia escrita en un estilo uniforme, pero es el caso de que cada escritor del Nuevo Testamento escribe con estilo propio. Si a un conocedor del griego se le muestra cualquier página del Nuevo Testamento, y se le pide que identifique al autor, aunque no conozca el pasaje señalado al azar, podrá fácilmente decir si fue escrito por Marcos o Lucas, por Juan o Pedro, por el escritor de la Epístola a los Hebreos o por el Juan del Apocalipsis. De hecho, este último escribe haciendo con frecuencia caso omiso de las reglas gramaticales y sintácticas, de modo que su estilo es inequívoco. Su griego es tan deficiente que cualquier estudiante de hoy saldría reprobado si escribiera así. En ningún caso se ha suprimido la personalidad del escritor, tal como lo expresó G. E. Ladd tan acertadamente cuando dijo que la Biblia es la palabra de Dios, pero definitivamente en palabras humanas. En ningún momento ha dejado de lado la personalidad de los escritores bíblicos. Una pluma o un instrumento musical son cosas, pero sin lugar a dudas los escritores bíblicos jamás dejaron de tener su propia personalidad.

La autonomía de los escritores sagrados se advierte en la manera de relatar el mismo suceso. En el caso del endemoniado gadareno, Mateo (8:28-34) lo cuenta en siete

versículos; Marcos (5:1-20) necesita veinte versículos, y Lucas (8:26-39) lo dice en sólo catorce. No se encuentra a los evangelistas escribiendo al dictado divino o de cualquier otro tipo. En lo que escriben expresan su personalidad y hacen las cosas cada quien a su modo.

III. Aun más, existen las variantes y diferencias concretas entre evangelio y evangelio. Por ejemplo, el incidente de la limpieza del Templo viene al final de los tres primeros evangelios (Mt. 21:12-13; Mr. 11:15-17; Le. 19:45-46), mientras que en el cuarto evangelio aparece al principio del ministerio de Cristo (Jn. 2:13-17). También está el caso de las diferentes maneras en que se registra la misma expresión. Con frecuencia es legítimo explicar las variantes de las mismas expresiones de Jesús, aduciendo que él las repitió de diferentes maneras en diferentes ocasiones. Pero existen ciertas ocasiones que son exactamente las mismas, y sin embargo las palabras que se registran de Cristo son muy diferentes. Tenemos, por ejemplo, lo que Jesús dice en los tres primeros evangelios después de Cesárea de Filipo y antes de la Transfiguración:

De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino (Mt. 16:28).

De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder (Mr. 9:1).

Pero os digo en verdad, que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios (Lc. 9:27).

Es incuestionable que aquí tenemos tres versiones de la misma expresión y, si los evangelios hubieran sido escritos por dictado divino, seguramente no habría tres versiones diferentes de lo mismo.

Y vayamos a lo que Jesús dice sobre sí mismo en el juicio, y que hizo inescapable su condenación por los judíos:

Mas Jesús callaba. Entonces el sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo (Mt. 26:63-64).

Mas él callaba, y nada respondía. El sumo sacerdote le volvió a preguntar, y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? Y Jesús le dijo: Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo (Mr. 14:61-62).

¿Eres tú el Cristo? Dínoslo. Y les dijo: Si os lo dijere, no creeréis; y también si os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis. Pero desde ahora el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios. Dijeron todos: ¿Luego eres tú el Hijo de Dios? Y él les dijo: Vosotros decís que lo soy (Lc. 22:67-70).

Aquí están tres versiones diferentes de la misma expresión

Una de las más sorprendentes variaciones de los relatos es que los evangelios difieren en cuanto al tiempo cuando Jesús fue crucificado. No hay duda en los tres primeros evangelios de que la Última Cena fue la celebración de la Pascua (Mt. 26:17-20, Mr. 14:12-17, Lc. 22:7-14); y que, por lo tanto, Jesús fue crucificado después de la Pascua. En el Evangelio de Juan no cabe duda que se dice que Jesús fue crucificado antes de la Pascua: primero se nota que los judíos se niegan a entrar en el salón de juicios de Pilato, por temor a ser declarados inmundos y quedar incapacitados para participar de la Pascua; segundo, repetidamente se llama el día de la crucifixión como la víspera de la Pascua (Jn. 18:28; 19:31, 42). Además, según Marcos, Cristo fue crucificado a la hora de tercia —9 am—

mientras que en Juan no se toma la decisión de crucificarlo hasta la hora sexta —mediodía—. Es altamente improbable que en un dictado divino hubiera habido una discrepancia de tal magnitud.

IV. En una rarísima ocasión puede haber más error que variación. Marcos, al relatar cómo los discípulos arrancaron espigas de los sembradíos, violando así la ley sabática, muestra a Jesús recordando a los fariseos lo que hizo David en los días del sumo sacerdote Abiatar (Mr. 2:26). Tanto Mateo como Lucas omiten este nombre (Mt. 12:1-8; Le. 6:1-5). El sacerdote en cuestión no fue Abiatar sino Ahimelec (I S. 21:1-6) hijo de Abiatar (II S. 8:17). Una equivocación así es perfectamente explicable en una mente humana, y no tiene importancia alguna, pero es algo inconcebible en un dictado divino.

V. Hay ocasiones en que el estudiante de la Biblia necesita escoger cuál de dos porciones de la Escritura debe seguir. Esto resulta especialmente aplicable a la enseñanza de San Pablo sobre el matrimonio. En I Co. 7 Pablo se refiere al matrimonio y, en general, se muestra contrario a él. Si se casan, no quiere que se separen, sino que cada quien cumpla con los deberes y obligaciones del matrimonio. Pero cuando Pablo escribió este capítulo, no consideraba que el matrimonio fuera la mejor opción. Es mejor para el hombre no tocar mujer, pero se aprueba el matrimonio como defensa contra la tentación sensual (v. 1,2). Es mejor que la gente se quede sin casar. Pero si no pueden controlarse, entonces que se casen, porque es mejor casarse que arder en pasiones (v. 8,9). ¡La actitud principal es que el matrimonio se justifica para salvar al hombre de algo peor! ¿A qué se debe esta actitud? A que por entonces, Pablo espera que Jesucristo regrese de un momento a otro: podría venir hoy, mañana o en una semana. Por lo tanto, no quiere que el hombre se distraiga en lo más mínimo sino que se concentre en el fin venidero del mundo.

Quisiera, pues, que estuviéseris sin congoja. El soltero tiene

cuidado de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero el casado tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer. Hay asimismo diferencia entre la casada y la doncella. La doncella tiene cuidado de las cosas del Señor, para ser santa así en cuerpo como en espíritu; pero la casada tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. Esto lo digo... para que sin impedimento os acerquéis al Señor (I Co. 7:32-35).

Pablo escribió esto alrededor del año 55 de nuestra era, cuando él y toda la Iglesia estaban obsesionados con la venida de Cristo. En vista de eso el matrimonio resultaba una segunda buena opción, una de las muchas distracciones para el breve período de espera. Pero pasaron unos ocho años y Pablo escribió a los Efesios. Pero ahora entendía que él y los creyentes vivían en una situación mucho más permanente y, en un grandioso capítulo, compara el matrimonio con la relación entre Cristo y su Iglesia. Un hombre deja padre y madre por su esposa. Es "un gran misterio". Es decir, es el símbolo de algo espléndido. El matrimonio no es otra cosa que el símbolo de la relación entre Cristo y su Iglesia (Ef. 5:21-33). Ahora bien, si se me pregunta cuál es la enseñanza de Pablo sobre el matrimonio, ¿dónde buscaría yo la respuesta, en Corintios o en Efesios? Seguramente que en Efesios 5, pues el maestro tiene el derecho a ser juzgado por sus mejores enseñanzas. En I Corintios, Pablo realmente dice: "Y a los demás yo digo, no el Señor..." (7:12) y luego explica: "No tengo mandamiento del Señor; mas doy mi parecer como quien ha alcanzado misericordia del Señor para ser fiel" (7:25). Aquí no está escribiendo un dictado divino sino expresando su opinión. Con los años dicha opinión cambió, y la doctrina cristiana sobre el matrimonio no se encuentra en I Corintios 7 sino en Efesios 5.

Hemos visto lo suficiente como para comprender que el concepto de un libro infalible, dictado divinamente como producto de la inspiración, crea más problemas que los que

solucionada. Debemos, pues, trazar otra ruta y volver a empezar.

I. Si la Biblia es la palabra de Dios, eso quiere decir que, de alguna manera, en la Biblia se establece un contacto especial entre Dios y el hombre. De alguna manera, Dios y el hombre se encuentran en la Biblia. El hombre que es característicamente el que busca, se junta en este libro con Dios, que es característicamente el que se revela. En un sentido único, la Biblia es el punto de reunión entre el Espíritu de Dios y el espíritu humano. Esta es la primera base esencial de cualquier doctrina de revelación e inspiración.

II. Esto significa que hay que encontrar el significado de la inspiración en la situación humana o, mejor dicho, en la situación divino-humana. El significado de la inspiración ha de hallarse en la relación que se establece entre el Espíritu de Dios y la mente del hombre.

III. Por lo tanto preguntamos, ¿cuál es la situación humana? En la situación humana se encuentran dos elementos. El primero es que el hombre es creación de Dios; y no sólo eso, sino que, además, está hecho a imagen de Dios (Gn. 1:27). Lo cual debiera significar, como asienta Suzanne de Dietrich, que "es la vocación del hombre vivir en una relación de confianza con Dios". Para decirlo de otro modo, Dios no es solamente Creador; también es Padre. Pero ahora viene el segundo elemento en esta situación humana. Para ello es esencial que el hombre nazca libre. La relación entre hombre y Dios debe ser el resultado de una invitación libre y una respuesta libre. Para citar de nuevo a Suzanne de Dietrich, "En toda la creación, el hombre es el único que puede decir 'sí' o 'no' a Dios". De hecho, el hombre ha dicho "no"; ha utilizado su independencia para seguir su propio rumbo. Esta es la esencia de la historia de la Caída. El ser humano no alcanza a comprender que la única verdadera libertad y su única realización verdadera pueden venir únicamente de su obediencia a Dios. De esta manera el hombre se coloca en

situación tal que se encuentra viajando en sentido opuesto, buscando la felicidad donde no puede encontrarla; buscando la libertad donde no hay libertad, y su realización donde no existe realización alguna. Esto es el pecado. La situación humana es aquella en que el hombre se aleja de Dios para confiar en sí mismo.

IV. Puesto que Dios es amor él tiene que hallar algún medio para normalizar la situación. Y no puede hacerlo interviniendo directamente y desde afuera. Esto es así porque la relación entre Dios y el hombre debe permanecer libre y espontánea o no sería una relación de amor. Es por tanto, necesario, que Dios apele a medios humanos para solventar la situación. Así lo hizo, y los medios que empleó para atraer a sí a los humanos fueron los profetas.

Hay que tener presentes dos cosas. El profeta no era tanto alguien que predecía como alguien que proclamaba la voluntad y el propósito de Dios. La gran función de la profecía no es la de predecir sino la de proclamar la voluntad de Dios y anunciar las consecuencias que acarrearán el no obedecerla. Además, para los judíos, la palabra profecía tenía un significado mucho más amplio que para nosotros. Tal como lo vimos al estudiar el desarrollo del Antiguo Testamento, los libros históricos eran conocidos como proféticos anteriores; así que la historia es profética. Moisés fue considerado un profeta; por lo tanto, la ley es profética. Toda la Escritura es profética, ya que el profeta es quien trae a sus semejantes la voz de Dios. Es decir que, característicamente, el profeta es la persona que establece la relación entre Dios y el hombre; profeta es quien habla la palabra de Dios, es la persona inspirada.

V. Si esto es así y si podemos entender precisamente lo que es el profeta, habremos avanzado mucho en la comprensión de lo que significa la inspiración y la palabra de Dios. Suzanne de Dietrich apunta dos características acerca del profeta.

(a) El profeta es la conciencia de la nación. Es "la conciencia viviente del pueblo en un momento en que todas las demás voces permanecen calladas".

(b) El profeta se encuentra bajo el absoluto control de Dios.
Si el león ruge,
¿quién no temerá?
Si habla Jehová el Señor,
¿quién no profetizará ? (Am .3:8).
El profeta es alguien que habla porque debe hablar.

(c) Profeta es quien de manera especial ha estado en el consejo secreto de Dios.

Porque no hará nada el Señor Jehová, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas (Am .3:7).

El profeta no expresa una opinión ni hace una sugerencia. El profeta no se caracteriza por la expresión "yo digo" sino por decir: "Así ha dicho el Señor". Y como afirma Wheeler Robinson, ésta es la diferencia entre el pensamiento griego y el hebraico. La verdad para el griego es algo que la mente humana descubre en su búsqueda; para el hebreo la verdad es algo revelado por el Espíritu de Dios. La típica declaración hebrea es: "El te ha declarado lo que es bueno" (Miq. 6:8). No "Tú has sido capaz de describir lo que es bueno", sino "Dios te ha declarado lo que es bueno". Podemos ver muy claramente, pues, que el profeta debe escuchar antes de hablar, es alguien que presta atención, que entiende y que comunica. La única función del profeta es la de restaurar, establecer, mantener y desarrollar la relación entre Dios y el hombre. No es ni científico ni historiador. Toda su función tiene que ver con la relación entre Dios y el hombre.

VI. Ahora diremos lo mismo de otra manera: claramente el profeta debe ser alguien que conoce a Dios. De otra manera ni siquiera puede comenzar a ser profeta. "Lo que esta iglesia necesita es un hombre que conozca a Dios algo más que de

segunda mano", fue lo que dijo el padre de Thomas Carlyle cuando la congregación de la cual era anciano buscaba un ministro. El profeta conoce a Dios de primera mano.

Vil. Pero surge de inmediato la pregunta: ¿Qué significa conocer? Ante todo, hay gran diferencia entre saber acerca de una persona y conocerla (knowing about y knowing him en inglés). En el mundo político, social, académico y deportivo abundan las grandes figuras, acerca de las cuales sabemos algo sin que las conozcamos personalmente. Además, la palabra conocer es sumamente elástica. Conocemos a mucha gente: su cara, su voz, su nombre, su trabajo, la historia de su vida. Les hablamos cuando los encontramos, y hasta pasamos buena parte del día con ellos. ¿Pero a cuántas personas conocemos en realidad? ¿Cuántas personas existen en cuyas mentes y corazones podemos penetrar con simpatía y comprensión, de modo que sepamos lo que piensan y sienten? Este tipo de conocimiento depende de algo más: depende del amor. Para que haya verdadero conocimiento, debe haber amor. El profeta que trae la palabra de Dios, no sólo debe conocer a Dios sino también amarlo.

VIII. Pero es necesario que avancemos un paso más. Amar, implica necesariamente obedecer. La prueba del amor es la obediencia.

"Vosotros sois mis amigos —dijo Jesús— si hacéis lo que yo os mando" (Jn. 15:14). Por tanto, profeta es alguien que obedece a Dios. En la inspiración existe un elemento moral; quienes ven a Dios son de limpio corazón (Mt. 5:8). El hombre que recibe la bendición, tiene limpias las manos y puro el corazón (Sal. 24:4,5).

Llegamos pues a una definición aproximada, que nos pone a medio camino de nuestra meta:

Un libro inspirado, un libro que es la palabra de Dios, es

aquel que efectúa una relación entre Dios y el hombre y, por tanto, sirve de correctivo a la situación humana, que se ha torcido. Está escrito por alguien que conoce a Dios porque ama a Dios, y cuyo amor ha redundado en obediencia, que lo capacita para ser instrumento de Dios.

Pero no hemos terminado aún, pues hay una línea más que se une a ésta. Para el judío la revelación de Dios no era de ninguna manera una revelación en palabras; era una revelación en los acontecimientos. Para el judío, la gran revelación de Dios es la historia de Israel y, especialmente, su liberación del yugo egipcio. Dios se revela a sí mismo en la historia, en los acontecimientos y en la acción divina. Cualquiera que lea los Profetas, encontrará que gran parte de lo que dicen no es sino interpretación de los acontecimientos históricos. El profeta ve la mano de Dios revelarse en el evento; ve en el evento lo que Dios ha hecho y lo que Dios quiere decir.

Por tanto, podemos afirmar con absoluta certidumbre que Dios se revela en la acción y el evento, y que la Biblia son los anales e interpretación de estos eventos, más que la revelación misma. La Biblia es la historia de un Dios que actúa y de hombres que interpretan, o no interpretan, la acción de Dios. Y ahora llegamos a la cima de este asunto.

El evento supremo es Jesucristo. El es la Palabra. Esta Palabra no es una página impresa. Las palabras de Dios son acontecimientos; Dios habla en ellos. Y por lo tanto, el acontecimiento supremo, la revelación suprema, la suprema palabra es Jesucristo.

En el Antiguo Testamento la Biblia nos habla de la preparación para la venida de Cristo; en los evangelios relata el evento de su venida; en Los Hechos describe el resultado de ésta, y en las Epístolas encontramos las interpretaciones

acerca de su venida. Para leer correctamente la Biblia hay que comenzar a mitad de ella, con el acontecimiento salvífico de Jesucristo; luego, regresar a la preparación de este evento, y de allí a la historia de la Iglesia y a las interpretaciones de tal evento.

La suprema importancia de la Biblia radica en que en ella y sólo en ella encontramos a Jesucristo. Sin ella careceríamos de un recuento de SU vida y enseñanza. Podría argumentarse que, aunque no tuviéramos la Biblia, todavía tendríamos la tradición de la Iglesia; pero es la Biblia la que impide las distorsiones de la tradición. La Biblia es la piedra de toque; es la garantía de que nadie puede pervertir los hechos o inventar hechos nuevos, pues allí está Jesucristo.

Creo que la Biblia es la palabra de Dios, porque en ella estamos frente a frente con quien, en sentido único, es la Palabra de Dios. Así que, volvemos al gran principio de la Reforma en palabras de Lutero: 'La verdadera piedra de toque para probar cualquier libro; es descubrir si enfatiza o no la prominencia de Cristo... Lo que no enseña a Cristo no es apostólico, aunque lo enseñen Pedro o Pablo. Por otra parte, lo que predica a Cristo es apostólico, aunque pudiera venir de Judas, Anas, Herodes o Pilato".

He aquí, pues, la prueba más simple: la Biblia es la palabra de Dios, porque a través de ella encontramos a Jesucristo. Podemos entonces resumir finalmente nuestras conclusiones:

I. La Biblia es la palabra de Dios, porque es donde se restaura la relación rota entre el hombre y Dios.

II. La Biblia es la palabra de Dios, porque fue escrita por personas que conocían a Dios, porque lo amaban y obedecían.

III. La Biblia es la palabra de Dios, porque habla de los hechos salvíficos por medio de los cuales Dios se revela a sí mismo, y que culminan en el evento de Jesucristo.

IV. La Biblia es la palabra de Dios porque en ella y sólo en ella nos confrontamos con la vida y las enseñanzas de Jesucristo.

BIBLIOGRAFÍA EN ESPAÑOL

Auzou, Georges. La palabra de Dios. Acercamiento al misterio de las Sagradas Escrituras. Madrid, Ed. Fax, 1964.

Báez-Camargo, Gonzalo. Los manuscritos del Qumrán. México, Casa Unida de Publicaciones, 1957.

Báez-Camargo, Gonzalo (Pedro Gringoire). Los rollos del Qumrán. Crónica y significación del descubrimiento y versión castellana directa del original. México, Editores Asociados Mexicanos. 1984.

Barclay, William. El Nuevo Testamento comentado. 16 Vol., Buenos Aires, Ediciones La Aurora, 1984.

Bright, John. Instituciones del Antiguo Testamento. Barcelona, Herder, 1964.

Cullman, Oscar. La fe y el culto en la iglesia primitiva. Madrid, Ediciones Studium, 1971.

Biselen, Frederic Cari. Comentario bíblico de Abingdon. Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1937.

Eislen, S. C. El cristiano y su Biblia. México, Casa Unida de Publicaciones, 1978.

Fohrer, Georg, editor versión alemana. Diccionario del hebreo y arameo bíblicos. Versión castellana Rene Krüger. Buenos Aires, Ed, La Aurora, 1984.

Hans-Ruedi, Weber. La invitación. La misión cristiana según

- San Mateo. Casa Unida de Publicaciones, 1979.
- Heaton, Eric. La vida en Tiempos del Antiguo Testamento. Madrid, Taurus, 1959.
- Hoskyns, Edwin y Davey, Noel. El enigma del Nuevo Testamento. Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1984.
- Jamieson, Roberto y otros. Comentario exegético y explicativo de la Biblia. El Paso, Casa Bautista de Publicaciones.
- Jeremías, Joachim. Jerusalén en tiempos de Jesús. Estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento. Madrid, Ediciones Cristiandad, 1977.
- Manley, G. T. y otros. Nuevo auxiliar bíblico. Una introducción comprensiva al estudio de las Escrituras. San José, Editorial Caribe.1958.
- North, Martin. El mundo del Antiguo Testamento. Madrid, Ed. Cristiandad, 1976.
- Obermuller, Rodolfo. Teología del Nuevo Testamento. Buenos Aires. Ed. La Aurora, 1984.
- Pop, F. J. Palabras bíblicas y sus significados. Buenos Aires, Ed. La Aurora, 1984.
- Smith, Roy L. Cómo se formó la Biblia. México, Casa Unida de Publicaciones, 1955.
- Vaux, R. de. Instituciones del Antiguo Testamento. Barcelona, Herder, 1964.
- Wigth, Fred. Usos y costumbres de las tierras bíblicas. México, Publicaciones de la Fuente, 1961.

Clave Lingüística del Nuevo Testamento Griego. Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos, Asociación Ediciones La Aurora. Buenos Aires, 1986. (Distribuidor Casa Unida de Publicaciones).

Nueva luz en la antigua lámpara. Introducción a la nueva revisión de la Biblia, 1960. Sociedades Bíblicas en América Latina.

BIBLIOGRAFÍA EN INGLES

Fosdick, H. E. A guide to understanding the Bible, 1938.

Harvey, A. E. The New English Bible, Companion to the New Testament, 1970. Koch, K. The Growth of the Biblical Tradition (The Form-Critical Method), 1969.

Ladd, G. E. The New Testament and Criticism, 1967.

Moulton, H. K. Papyrus, Parchement and Print. World Christian Books, 1967.

Neil, W. One Volunte Bible Commentary, 1962.

Neill, S. What we know about Jesús. World Christian Books, 1970.

Nelson. Atlas of the Bible. Edited by L. H. Grollenberg.

Peake, A. S. The Bible: Its origin, Its significance and Its Abinding Worth, 1913.

Smart, J. D. The Strange Silence ofthe Bible in the Church, 1971.

Cambridge History ofthe Bible. Edited by P. R. Ackroyd and C. F. Evans, 1970.

The Daily Study Bible. St. Andrew Press.

The Interpretéis One Volume Commentary on the Bible. Abingdon Press (USA), Collins. (GB).

The Moffat Commentary. Hodder and Stoughton.

The New Century Bible. Oliphants.

The Torch Commentary. Student Christian Movement Press.

The Tyndale Commentary. The Tyndale Press.

VERSIONES DE LA BIBLIA

Biblia Comentada. Texto de la Nácar-Colunga. Por profesores de Salamanca, Madrid, La Editorial Católica, 1960.

Biblia de estudio Mundo Hispano, La. El Paso, Mundo Hispano, 1977.

Biblia de Jerusalén. Edición dirigida por José Ángel Ubieta, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1977.

Dios habla hoy. Versión Popular. Traducción directa de los textos originales: hebreo, arameo y griego. Canadá, Sociedades Bíblicas Unidas, 1976.

Dios habla hoy. La Biblia con deuterocanónicos. Traducción directa de los textos originales: hebreo, arameo y griego. Corea, Sociedades Bíblicas Unidas. 1976.

Nueva Biblia Española. Traducción por Luis Alonso Schókel y Juan Mateos. Madrid, Ed. Cristiandad, 1975.

Sagrada Escritura, La. Texto y comentarios por profesores de la Compañía de Jesús, Antiguo Testamento. Madrid, La Editorial Católica, 1968-1971.

Santa Biblia, La. Antigua Versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602), otras revisiones: 1862, 1909, 1960. Con referencias. Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

WILLIAM BARCLAY (1907-1978) obtuvo la Maestría en Artes y el Doctorado en Divinidades en la Universidad de Glasgow (Escocia) y en la de Marburg (Alemania). Por muchos años fue ministro de la *Trinity Church of Scotland* (Iglesia Trinidad de Escocia). Impartió las cátedras de Divinidades y Crítica Bíblica en la Universidad de Glasgow. Como expositor de la Biblia alcanzó una gran popularidad en la Gran Bretaña, por su inigualable habilidad para combinar la erudición y ejemplos que tienen la virtud de aclarar incógnitas no resueltas por una gran mayoría de estudiosos.



De William Barclay han aparecido también en español *El Nuevo Testamento comentado*, *Las bienaventuranzas*, *La sociedad permisiva*, *Guía ética para el mundo de hoy y Cristo y nuestra época*.

En *Introducción a la Biblia*, el Dr. William Barclay propone al lector sumergirse en ese mundo maravilloso de historia, literatura y sabiduría, que es la Biblia. La intención es ayudar al lector a descubrir las riquezas que la Biblia encierra para su vida.

El autor da testimonio del valor de la Biblia como libro inspirado; establece una guía confiable para el estudio; dice cómo los textos bíblicos alcanzaron el rango de Escritura Sagrada; y explica la importancia y la situación de los libros apócrifos. Pero, por sobre todo, el Dr. William Barclay presenta la Biblia como la palabra de Dios que no pierde su vigencia con el paso del tiempo.

Para el Dr. Barclay el estudio bíblico constituye uno de los retos más desafiantes en nuestros días. Por un lado el activismo occidental arrasa con el tiempo destinado a la meditación; por otro, la Biblia ha sido libro de cabecera pero no objeto de estudio serio y constante. Este escrito surge en respuesta a ese reto y es deseo del autor allanar el camino a las personas que no tienen estudios de teología.



COLECCION Práxis Bíblica (5)